

CARLOS SOTO

DRAMA DE SU VIDA

TRAGEDIA DE SU MUERTE

NTINA?
POR UN REPORTER

BUENOS AIRES

Imprenta de LA PATRIA ARGENTINA, calle de Bolívar núm. 92 112

1883

CARLOS SOTO

DRAMA DE SU VIDA

TRAGEDIA DE SU MUERTE

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR UN REPORTER



BUENOS AIRES

Imprenta de LA PATRIA ARGENTINA, calle de Bolívar núm. 92 1/2

1883

CÁRLOS SOTO

DRAMA DE SU VIDA

TRAGEDIA DE SU MUERTE

I.

La historia tenebrosa de las tiranías Sud-Americanas, que han llenado de asombro á las naciones modernas, pues desde los tiempos primitivos de la humanidad ella no presenciaba escenas mas cargadas de sombra, sangre y muerte como las suyas, no ofrece en sus anales nefandos un hecho ni mas conmovedor ni dramático como el que nos vá á ocupar, por las especiales circunstancias que lo rodearon, por los actores que en él tomaron parte, por la extraordinaria circunstancia de haber ocurrido al final de una comida, por las mil vinculaciones que él tenia y que han venido á hacerlo célebre, y por el desenlace inesperado de los sucesos que se hubieran producido, si el puñal alevoso sepultado doscientas veces en aquel bravo pecho no hubiera puesto término á una existencia llamada tal vez á alcanzar los mas grandes destinos.

Alma templada en el fuego de la bravura, corazón animoso capaz de acometer las mas arriesgadas empresas y de producir individualmente uno de aquellos acontecimientos que inmortalizan un nombre y lo trasportan de generacion en generacion y de siglo en siglo, Carlos Soto pertenecía á esa clase de hombres cuyo valor espartano los levanta del nivel de sus se-

mejantes por donde cruza su estelo luminoso que es fuerza que todo lo avasalle, onda que todo lo derriba y calor que todo lo consume.

Con el mismo estoicismo de la Scævola hubiera hundido su mano en las llamas si hubiera errado un golpe, pues casi sobrepasando la accion legendaria del guerrero romano, herido Soto en el combate del 10 de Noviembre de 1870, á las puertas de Montevideo, y contrariado por la demora de un cirujano, tomó un cortante puñal, lo hundió en su pierna derecha de donde hizo saltar la bala que allí una arma enemiga habia sepultado y continuó batiéndose con el denuedo de un espartano.

Este rasgo por si solo es bastante para dar la idea de un hombre, ó mas bien dicho de un héroe con tanta voluntad como fé, de aquella de quien se dijo capaz de cambiar de sitio las montañas.

El año de 1864 tuvimos el gusto de conocer personalmente á Carlitos Soto, como le llamaban todos sus amigos.

Tendria entonces 20 años y era cronista de *La Reforma Pacifica*, diario que entonces redactaba en Montevideo el Sr. D. Nicolás A. Calvo y que corria indudablemente allí como uno de los primeros y mas acreditados.

Carlitos era un muchacho jugeton y lleno de vehemencia para expresarse.

La pasion de la política lo dominaba en absoluto, siendo su constante preocupacion.

Carlitos era el mas generoso amigo que pudieran encontrarse. El compartia con sus compañeros los cigarros, la ropa, el dinero: todo cuanto tenia; pero que no se le contrariara en sus opiniones políticas.

Pertenecia apesar de su corta edad en cuerpo y alma al partido blanco, por cuyos principios era capaz de romper para siempre con el mejor de sus amigos.

A la noche, estos con frecuencia solian visitarlo en una de las salas de la imprenta.

Si la cuestion política se tocaba y la traian a discusion otros jóvenes colorados, el tole tole era de tal calibre, que alguna vez tuvo que bajar de sus salas de arriba el mismo señor Calvo a poner en órden la discusion.

Pasado el momento de esplosion de su carácter, en que la pasion política lo dominaba en absoluto, Carlitos recobraba su habitual jovialidad que caracterizaba el menor de sus actos.

El joven Soto, era alto, desarrollado, sin que por ello pudiera llamarse grueso, sinó persona de miembros repartidos.

Era apuesto, elegante, vistiendo aunque no con lujo, pero si con aquella distincion que revela a primera vista al hombre de buena cuna.

Su fisonomía era viva, animada por dos ojos negros y penetrantes que se destacaban de fondo rosado de su cutis que acusaba un temperamento sanguíneo.

Su cabello era negro como el bigote que sombrea su lábio mas bien grueso que fino, y que solia entreabrir la expresion burlesca de una fisonomía epigramática, que rápidamente solia cambiar la expresion del asombro, de la admiracion, del sentimiento, de la indignacion ó de la amenaza, que fácilmente expresaba su semblante, segun los sentimientos que animaban su espíritu agitado por las ideas ó impresionado por los hechos, ya fuese en ellos actor ó espectador.

Era franco, inteligente, de penetracion rápida, de modales finos y de maneras insinuantes.

Soto era en toda la estension de la palabra un joven verdaderamente simpático.

Miembro de una de las principales familias de Montevideo, enlazada a otra de las mas distinguidas de Buenos Aires, perteneciendo además a la redaccion de uno de sus principales diarios,

¿qué puerta podia permanecer cerrada a la que llamara la mano vigorosa del joven Carlos?

Entonces, y apesar de no haber faltado nunca en la vida del pueblo oriental alguna lucha civil que perturbara el órden de su existencia, la sociedad montevideana era rica y feliz, el comercio y la navegacion prosperaban y la fuerza de su odificación era tanta que casi se puede afirmar que de aquella época arranca la transformacion de Montevideo, que viendo invadida por la poblacion su vieja ciudad, levantó la nueva, de espaciosas calles, nutrida de grandes y bellos edificios.

El cardillaje habia sido siempre una enfermedad endémica, que levantaba el poncho en las cuchillas; pero todavia no habia surgido el monstruo de ese militarismo que fundaba el gobierno en los cuarteles, y levantaba el patibulo en sus solitarios muros para hacer del asesinato, la única política con que oprimiria al pueblo tal vez mas bravo y batallador de Sud América.

Las familias de Montevideo no habian visto aún los principales miembros de su seno arrebatados a sus hogares y embarcados en buques sin rumbo, condenados eternamente a vagar en las procelosas ondas, donde largo tiempo permanecieron pasando toda clase de angustias, infortunios y privaciones y donde como malditos por la humanidad, no hallaban ni abrigo ni descanso, cerrándoseles los puertos donde recababan pidiendo socorro.

Entonces nuestros infortunados hermanos los orientales no habian sido declarados aún por sus verdugos y opresores los judios de la América del Sud, condenados eternamente a vagar en tierras lejanas sin hogar y sin patria como muchos argentinos que rindieron la vida en los campos de batalla del Perú combatiendo por una causa justa, santa y noble, pero que no era por la que hubieran deseado morir!

Los verdugos de cuartel no habian segado aún las primeras vidas, ni apagado traidoramente el noble aliento de hombres esforzados para convertir la independencia, los fueros y la honra de un país, en dominios particulares de conquista, de crimen y de botin, donde por la menor sospecha, la vida le es arrancada al ciudadano, a todo el que no piensa como los verdugos, yendo diariamente el producido de la renta de aduana, a aumentar el tesoro particular del cacique, que lo remite en depósito al Banco de Inglaterra, a cuyo país se dirigirá a gozar de los bienes ajenos y aturdir en los placeres la conciencia cargada de crímenes y lavar las manos manchadas de sangre, el dia que calcule haber sonado la hora postrera de su dominacion.

Antes de aquellos hechó la mas latente alegría animaba las calles de Montevideo que durante las noches se convertían en el mas bello jardín, particularmente la de 25 de Mayo.

Las familias abrían sus salones donde con toda sencillez y fraternidad era acogido el

Carlitos Soto era una de las primeras piernas de los bailes, y á decir la verdad mas de una bella hubiera dado un rulo por bailar con Carlitos.

En las bellas tardes de verano, Carlos Soto, como casi todos los jóvenes distinguidos de la entonces feliz sociedad de Montevideo, en un soberbio *fiete* y en compañía de otros amigos se dirigía al Paso del Molino, que era el Palermo de aquel hermoso país. El Palermo en cuanto reunía bajo su frondoso arbolado los mas lujosos carruages y soberbios caballos que ostentaba la opulencia de sus paseantes; poco bajo otro punto de vista, el Paso del Molino, ofrece atractivos propios, por ser un sitio privilegiado por la naturaleza, donde corre un caudaloso arroyo, cuyas márgenes han sido embellecidas por la mano del hombre que supo plantar allí árboles que para su solaz le dieran fresca sombra.

El opulento Buschental, el millonario Esteves y muchos otros caballeros que en este momento no tenemos presentes, completaron la obra de la naturaleza, levantando allí palacios tales de recreo que dieran envidia á muchos y afamados de Europa.

En ellos tenían lugar, en el mes de Febrero, bailes de fantasía, para lo cual los salones y los jardines habían sido adornados á designio, coronando el ramaje de los árboles y formando graciosas ondas de diversos matices y colores la mas caprichosa y profusa iluminación veneciana.

Las jóvenes orientales que el genio de la belleza perfiló en el humano mármol, dando vida al coral de unos labios ondulados por la pasión mas dulce y voluptuosa, quitando á la noche sus luceros, para engarzarlos entre aquellas pestañas que suelen plegarse para transparentar la mirada que parece una alma que se levanta al cielo, aumentaban todos sus atractivos soberbios con trajes de seda y pedrería, formando un conjunto cuya vision transportaba á mundos soñados.

Todas aquellas bellezas supremas penetraban á los salones de aquel hombre millonario cuyo lujo hemos visto asombrar en la misma Europa y todas aquellas bellezas quedaban sorprendidas por los raudales de luz que allí brillaban, capaces de dealumbrar el dia; por la atmósfera embalsamada, cuyo perfume era capaz de adormecer las flores, al deslizar su pié en un fantástico pavimento donde corría arrebatado por la danza en la fuga de su ritmo y la delicia de su misterioso acorde.

Los entapizados soberbios, el mueblaje primorosamente tallado, los enormes espejos cuyo principio y cuyo fin se perdían en sus mismas combinaciones, daban un efecto tal á aquellos bailes que la realidad de su existencia parecia imposible, una vez pasada.

Sus mismos moradores imprimíanle una poesia indescriptible al Paso del Molino, pues la voz de Ercilia Reyes, que la pasión astremecia, solía sollozar entre los árboles, cuando en la llamada noche entonaba una de aquellas romanzas que roñó el amor para subyugar el alma.

Bajo otro grupo de árboles solía arpeggear el arpa para hacer escuchar tal vez su timbre de amor á la distancia, llevando el acento del recuerdo al oído que tal vez con tanto afán la escuchaba.

Grandeza, alegría, poesia y amor, habia allí por todas partes, como riqueza y prosperidad en Montevideo, haciendo la felicidad de sus habitantes.

Hoy todo ha cambiado. El militarismo que levantó el patíbulo como unico sistema de gobierno, convirtió en una tumba aquel indecible centro de alegría.

Los palacios del Paso del Molino, ni existen como entónces, ni son ya la mayoría de sus propietarios los primeros caballeros del comercio y de la industria.

Los mas suntuosos pertenecen á los verdugos de aquel noble país, que han levantado las mas enormes fortunas á costa de su sacrificio y de su sangre.

Carlos Soto como cronista de la *Reforma Política* era siempre uno de los primeros en los paseos y en los bailes del Paso del Molino, pero como en la fecha de nuestro punto de partida tomaba cuerpo la revolucion del General Flores cuyas tropas de vanguardia muchas veces se

presentaron hasta en los suburbios de Montevideo, y la guerra tomó un carácter sumamente grave con la intervención del Brasil á favor de la revolucion, el jóven Soto se consagró en cuerpo y alma á las tareas de la prensa que tal situacion hacia indispensable.

Los sucesos se precipitaron: cayó Paysandú, capituló Montevideo y siendo empastalada la imprenta de la *Reforma* á cuyo frente se hallaba esclusivamente Soto, pues el Sr. Calvo habíase ausentado, para Europa, Cárlos tuvo que emigrar á la República Argentina estableciéndose provisoriamente en Buenos Aires.

Fué aquí presentado á las principales familias cuyo trato principiá á frecuentar y donde halló una acogida que le hacia merecedor su carácter franco.

Los datos que se nos han suministrado no tienen referencia alguna de interés respecto á su permanencia en esta ciudad hasta el año 68, en que por la influencia de personas de valer que lo protegian obtuvo el nombramiento de tesorero en Chivilcoy, de la Sursural del Banco de la Provincia, en cuyo punto se estableció.

Contaba entónces, 24 años, de manera que su figura gallarda, su carácter fogoso, su valor á toda prueba y los mil atractivos de su persona le hacian con frecuencia amado de las mujeres.

Establecido en Chivilcoy, principiá como era natural á frecuentar la sociedad, donde conoció á una jóven que se hallaba *seriamente vinculada* con un médico italiano, el de mas fama de la localidad.

Soto principiá á galantearla y á ser correspondido de tal manera, que muy pronto los dos jóvenes se vieron dominados por una pasion tan grande que los subyugó por completo.

El doctor se aperció del desvio de la jóven y lo que era mucho mas grave, comprendió que habia perdido su coazon, pues lejos ya de reinar en él, se hallaba sustituido por otro.

Al mismo tiempo que tal conocia, los celos se habian despertado en su alma con tal vehemencia que lo trastornaban.

Principió en el médico italiano una lucha terrible en la que tenia que sucumbir.

Amaba perdidamente á una mujer cuyo corazon no le pertenecia, de la que queria separarse pero sin la cual le era imposible sobrellevar la vida.

La tempestad de los celos y de una imposible lucha principiá á rugir en el corazon del médico italiano.

El comprendia que no podia vivir sin la posesion de esa mujer, pero no ignoraba que el objeto de aquel cariño sublime tenia que compartirlo con otro!

Sabia el doctor que Ruperta, pues así llamaremos á la jóven, frecuentaba la casa de una jamaica donde se veia con Soto.

Le prohibió terminantemente que allí fuese pero quedó asombrado cuando oyó de los labios de la jóven que toda imposicion aceptaria, menos la de no ver á su amiga.

—Ya lo veremos! exclamó.

—Ya lo veremos, respondió ella.

Al dia siguiente, Ruperta al llegar la noche se atavió como de costumbre y dió la última mano á su toilette para dirigirse á la casa donde habia de ver á su nuevo amante.

El doctor se recordó la prohibicion que le habia hecho y se interpuso para impedirle la salida á la calle.

La jóven lo apartó bruscamente, jurándole que si insistia en semejante pretension llegaria dia en que nunca mas la volveria á ver, y salió resueltamente.

Aquel hombre quedó anonadado por tanto, muy luego que en condiciones tales no era posible continuar un dia mas.

Resolvió romper para siempre con Ruperta, pues la consideraba indigna de su amor y un sér completamente despreciable.

Pero, apesar de las sospechas, ó mas bien dicho de la certeza que tenia de la infidelidad de la jóven ¿tendria suficiente carácter para romper con ella el médico italiano?

El amor es capaz de iguales grandezas, como de grandes abyecciones, así es que con frecuencia se le vé abdicar y doblegarse miserablemente.

Por una casualidad esa noche demoró Ruperta mucho mas que nunca, así es que el doctor resolvió romper con ella para siempre; pero su misma ausencia larga le demostraba, apesar de sus reflexiones, lo monótonas que pasaban las horas fuera de su lado.

Será mejor, pensó, aplazar el asunto para mañana, y dejando su casa que tanto le apenaba en este momento, salió á la calle tomando rumbo contrario al que podria traer la jóven, haciendo propósito de no regresar á ella hasta la madrugada.

El médico italiano habia perdido la partida.

Efectivamente, al dia siguiente recibia una carta de la jóven donde le decia que ya no podia amarle.

Que habia sido bondadoso para ella, que con ninguna palabra podria encarecerle los mucho favores que le debia, pero ante una farsa engañosa que tendria, que sostener á cada instante, preferia hacerle la confesion de hallarse enamorado de otro y que de ella se olvidara para siempre.

En otro barrio del pueblo, Ruperta alquiló una casita que atavió modestamente, apesar de que nada en ella faltaba que fuera indispensable para las necesidades de la vida, pero donde sin zozobras podria recibir las visitas de Cárlos, á quien habia cobrado una de aquellas pasiones

que se identifican, [que llegan á ser la misma vida.

Los meses transcurrían en medio de su mayor felicidad pero el demonio de los celos parece que también vino á morder su corazón.

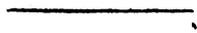
Se aproximaba el carnaval de 1939.

Una amiga, de aquellas condesas que nunca faltan, le había informado que otra muchacha del pueblo amaba perdidamente á Carlos.

un baile de máscaras acometería su conquista.

Esperó á que viniera Carlos y entonces le pidió encarecidamente que no fuera al baile.

El le respondió que no tuviera el menor cuidado pues segura podía estar de su amor, pero que tenía que cumplir el compromiso imprescindible de acompañarlo al baile, y que de no hacerlo, le cual no tenía costum-



Ante la contestacion de Carlos, Ruperta quedó pensativa.

Era la primera negativa que recibia de su amante, de un hombre por el que todo lo habia sacrificado, así es que apagándose su voz que velaba el sentimiento, le dijo á Carlos que ya conocia la causa verdadera que lo llevaba al baile y la que motivaba una negativa que nunca hubiera esperado de él, un hombre tan galante que siempre la habia llenado de las mayores consideraciones.

Que esa negativa tenia por única causa el encuentro de otra mujer que hallar pensaba en el baile de máscaras.

—Así sois los hombres, exclamó Ruperta, con voz que entrecortaban los sollozos á la vez que surcaban sus mejillas dos gruesas lágrimas: así sois los hombres. Todo lo prometéis cuando empezais á amar á una mujer: la mayor consagración á ella, el mas tierno cariño, y una dedicación que nada puede distraer.

Sois amados, pero apenas transcurre el tiempo, ya unas veces el café, otras los amigos, y por último los bailes, acabais por olvidar la mujer que con tanta abnegación se sacrificó, sustituyéndola por otra.

Carlos conocia que en las palabras de la joven habia un gran fondo de verdad, pues efectivamente le constaba que otra muchacha tenia grande interés de conocerle.

Jóven de imaginación volcánica, lo inesperado le seducia, así es que por nada del mundo hubiera dejado de asistir al baile, á pesar de los ruegos de la tierna Ruperta.

Por otra parte y á pesar de los lazos que lo ligaban á la joven, él queria conservar una independencia absoluta de acciones.

Trató pues de disuadirla, de tranquilizarla á toda costa pero ¿cómo hacerlo?

Insistiendo en su primera negativa es evidente que seguiria adelante la desesperacion de la joven, así es que resolvió engañarla haciéndole una falsa promesa que dió el mejor resultado.

La joven volvió á su habitual alegría y ya las lágrimas no vinieron á enturbiar sus ojos; pero pasaron pocos dias y llegó la noche en que tendria lugar el primer baile de máscaras.

En vano pretendió retener á Carlos á su lado. Pretestando éste un viaje urgente á Buenos Aires, lo dijo á la joven que tenia que ausen-

tarse por tan solo dos dias, lo cual venia perfectamente para alejarse de toda clase de diversiones que en Chivilcoy tuvieran lugar.

El mismo dia que debia tener lugar el baile, Carlos se despidió de su amada, pues segun decia, debia ponerse inmediatamente en viaje á Buenos Aires.

Esto pasaba un sábado, así es que como el dia siguiente era domingo, y Ruperta se hallaba completamente sola, resolvió ir un momento á casa de su amiga buscando en su compañía tener el natural desahago que necesita un corazón que empieza á contristarse.

Pero, como las mujeres todo se lo cuentan sin pensar muchas veces en las consecuencias fatales que pueden acarrear sus confidencias, la amiga de Ruperta le refirió con pelos y señales como el héroe del baile habia sido Carlitos, el cual no solamente habia conquistado la muchacha respecto de la cual ella le habia hablado con anticipación sino muchas otras cuya cuenta era difícil de llevar.

La diligente amiga ni siquiera dió tiempo á Ruperta para que le refiriera de como Carlos habia hecho viaje para Buenos Aires, así es que la nueva hirió como un pistoletazo el corazón de la joven que se consideró desde ese momento una mujer engañada, y la mas infeliz del mundo.

Ruperta era de un carácter noble y reconcentrado. Ella hubiera juzgado deshonradas sus lágrimas, si hubieran corrido ante otros ojos que los de su amante.

Ante aquella noticia cambió de color, sus ojos tomaron una espresion estraña, y su voz se hizo bronca aunque de una manera imperceptible.

—Sí, exclamó, con una aparente serenidad de que nadie la hubiera creído dueña. Tanto me regó Carlitos que por fin accedí para que fuera al baile, pero, francamente, nunca pensé que hubiera de emplear tan perfectamente su tiempo!

—Ché! replicó la amiga, pero que diablo habia sido el tal Carlos. Se lo pasó rodeado de muchachas hasta el extremo de parecer imposible como podia atender á tantas; pero á la que te dije se consagró por completo hasta el extremo de darme que tomar por ti.

Este último golpe que inocentemente le descargaba su amiga habia traspasado el corazón de Ruperta de parte á parte.

—Bueno, hijita, gracias, me voy á retirar, dijo

con precipitacion, y dominando un ligero temblor que habia corrido por su cuerpo, púsose de pié con una rijidez estraña, inusitada en ella—parecia la rijidez de un cadáver.

—¿Tienes algo Ruperta? dijole su amiga al besarla y estrecharla como de costumbre. Si tienes las manos yertas!

Era así la verdad, porque aquel frio que helaba su mano venia rectamente del corazon.

La jóven se retiró á su casa, y llamando á la morena que la servia, le dijo que á escepcion de Cárlos no se hallaba visible para nadie.

Penetró á su alcoba, y corrió la llave para hallarse por fin completamente sola.

Entónces tiró del cajon de su pequeño velador donde allí guardaba varios papeles íntimos y cubrió de besos el retrato de su amante que entre ellos se hallaba, mientras un raudal de lágrimas principió á brotar de sus amantes ojos.

Entónces su imaginacion arrebatada empezó á vagar por un mundo de ideas estrañas.

Su pasado, su presente y su porvenir, en su encadenamiento misterioso, cruzaban como sombras y fantasmas ante los ojos de una inteligencia que tal vez principiaba á perder su verdadero centro de reposo.

Repentinamente, su mano se entreabrió y dejó rodar en el suelo el retrato que hasta entónces sus dedos con tanta pasion oprimian.

Ya no pensaba en Cárlos!

Y no pensando en su Cárlos ¿á qué abismo rodó el pensamiento de Ruperta?

¡Misterios insondables del alma!

En procesion confusa principiaron á desfilar ante ella todos los seres que la habian ligado á la vida y que ya no existian.

Primero vió la imágen de una amiga de colegio que desde léjos la llamaba diciéndole que la siguiera, que ella la conduciria á un sitio eterno de reposo donde no se escuchaban llantos ni suspiros.

Donde el hombre no era enemigo del hombre, ni el hermano del hermano, donde todos se

amaban con un afecto desconocido—afectos puros del alma porque allí no existen los cuerpos.

Despues oyó Ruperta la voz de su cariñosa madre que la llamaba, lo mismo que su amiga, y como en el cajon del mismo velador hallábase una pistola de dos tiros, Ruperta la tomó y resueltamente fué á montarla con la intencion de descargarla contra su mismo pecho.

Al poner la mano sobre el gatillo y dirijir el cañon sobre la sien derecha, un golpe sonó en la puerta, pausado y suave, y la cariñosa voz de Cárlos que la llamaba mas tiernamente que nunca.

¿Era la providencia aquel golpe y aquella voz?

¿Eran los espíritus detodos aquellos invocados por su recuerdo que habian tocado el corazon de Cárlos misteriosamente para hacerlo llegar á la alcoba y detener la muerte de su amante?

Un rayo que hubiera caido no hubiera detenido mas rápidamente la accion de la jóven como aquel golpe y como aquella voz.

Electrizado su brazo, fué lentamente descendiendo de la altura que hacia dominar por la pistola su sien derecha, hasta que su mano se apoyó en su falda, quedando completamente inmóvil.

Un segundo golpe, despues del cual, volvió nuevamente á escucharse la voz de su amante, la hizo volver completamente á la realidad, y colocando la pistola en el mismo sitio de donde la habia tomado, se dirijió á la puerta y la abrió.

Se hallaba hondamente conmovida.

Las situaciones supremas dan una expresion sublime á la fisionomia humana, así es que Ruperta era bella en aquel momento, pero bella como la misma pasion desencadenada.

Abrió por fin la puerta, de cuyo fondo se destacaba Cárlos con los brazos abiertos para estrecharla sobre su corazon; pero su brazo rígido se levantó como un espada en direccion á su pecho, donde apoyó su erizada mano, rechazándole.

IV.

Aunque Cárlos sabía que Ruperta podía estar ya al cabo de su infidelidad y descubierta la broma de su imaginado viaje á Buenos Aires, puesto que los secretos en los pueblos de campo son como los del Dr. Anchuélos que los sabian siete en cada casa, lo que prueba su mucha discrecion, nunca se imaginó que la travesura tal impresion hiciera en el ánimo de su amada hasta el extremo de imprimir en su semblante esa honda expresion de dolor que reflejaba, ese completo trastorno en su fisonomia, sobre la cual veia frescas las lágrimas y ese desórden moral de sus facciones que solo es producido por la negra pena que es roedor del alma; pero lo que mucho mas asombró al jóven fué verse por ella rechazado de aquella manera brusca y con aquella dureza de que nunca fué capaz manantial tan sublime de dulzura.

Si Cárlos conocia que habia cometido una lijera falta, no tenia costumbre de ser tratado asi por las damas y mucho menos por Ruperta cuya consideracion hasta ese momento habia sido grande.

No hacia la diferencia tal vez entre un rasgo de carácter y la actitud demente de un corazon á quien la mas loca pasion principiaba á trastornar. Cárlos no insistió pues en su primera actitud cariñosa, bajó los brazos, penetró adelante y se sentó en un pequeño divan que adornaba la alcoba.

Los sentimientos que en ese momento agitan á Ruperta eran lógicos con su actitud—romper para siempre con Cárlos.

Muda como una estátua giró repentinamente y fué á sentarse en el sitio que habia ocupado momentos antes.

Entónces Cárlos comprendió todo el dolor de que era víctima la jóven, que á la verdad le sobraba razon para estar enfadada, y rompiendo su propósito de esperar esplicaciones que justificaran su primitiva actitud se acercó á ella interrogándola tiernamente respecto del sentimiento que la aquejaba, declarando él con toda franqueza que la cosa no era para tanto. Ante tales esplicaciones y muchas otras que omitimos, Ruperta abundó mas en lágrimas que en palabras y se resignó á las disculpas que le daba su amante bajo la promesa de no asistir al baile que tendria lugar el sábado siguiente.

Los dias de la semana corrieron y como el sábado malhadado volviera á aproximarse, nuevas desconfianzas agitaron el ánimo de Ruperta que corrió á casa de su amiga á tomar lenguas de lo que se decia con respecto del baile.

—Malas noticias tengo para tí, le dijo la amiga, Cárlos volverá á engañarte pues las cosas han marchado mucho mas de prisa de lo que sospechaba.

Me acaban de asegurar que la individua consabida ha tenido la osadia de escribirle á Cárlos comprometiéndole para que se deje ver en el baile.

Entónces Ruperta, se esplayó con Dolores, que así se llamaba su amiga y le refirió—omitendo la escena de la pistola—todo lo que entre ella y Cárlos habia pasado y la promesa que éste hizo de ser absolutamente indiferente á toda fiesta que tuviera lugar.

—Ay! Ruperta, respondió Dolores: ya sabes lo que son los hombres!

Las dos amigas se separaron, pero la jóven hondamente contristada cayó en un profundo abatimiento y resolvió, si Cárlos iba al baile, quitarse resueltamente la vida.

Al efecto, y una vez que hubo llegado á su casa, se quiso cerciorar si la pistola se hallaba corriente y en el sitio que la dejaba Cárlos.

Desgraciadamente para sus designios ella habia desaparecido.

Este contratiempo, léjos de desanimarla, no hizo sino tan solo modificar su plan.

Empleando medios que no han podido verificarse, ya por terceras personas ó por ella directamente, lo cierto del caso es que Ruperta consiguió un pequeño frasco que contenia una regular dosis de veneno, y con esa resolucion pasmosa de las mujeres en las situaciones extremas de la vida, resolvió inapelablemente que si Cárlos asistia al baile de máscaras, á su regreso hallaria su dadáver para su eterno remordimiento.

Era la víspera del primer dia del carnaval de 1869, y la ciudad de Chivilcoy, pueblo esencialmente laborioso, pensaba resarcirse de las fatigas de un año de trabajo para celebrar uno de los mas alegres carnavales que en él haya tenido lugar, entregándose á toda clase de fiestas.

Ya en las primeras horas de la tarde, y ape-

nar de ser sábado, los baldes de agua cruzaban de acera á acera, sin ser por ellos respetadas las mogingangas que con sus trages grotescos paseaban las calles enancadas de á dos en un caballo.

Al entrar la noche el juego se hizo general en toda la línea, á tal extremo que nunca se vieron sus muchachas mas entusiasmadas.

Pero lo que llamaban la atencion verdaderamente, eran los preparativos que se habian hecho para el baile de máscaras que tendria lugar en el club, para el que habian sido invitadas no solo todas las familias del pueblo sinó algunos mozos de la ciudad que con motivo de ir y de regresar á sus establecimientos, de campo se hallaban allí de paso.

A las once de la noche los salones fueron abiertos, los cuales adornados de luces y de flores presentaban un agradable aspecto, al que no poco contribuian los acordes de una regular orquesta que habia sido organizada en la ciudad.

Las mascaritas principiaron á entrar formando un bullicio endiablado, con sus vocecitas de falsete, que parecian una bandada de cotorras volando en peloton asustadas por la detonacion de una escopeta.

Los buenos mozos del pueblo habian echado el resto presentándose muchos de ellos de frac y guante blanco; pero, á la verdad no habia en toda la sala una figura mas varonil ni mas gallarda que la de Cárlos Soto.

La negra ropa llevada con la gentileza del que nació con ella, parecia entallada por manos primorosas sobre los contornos de su cuerpo.

Su frentes erguida, inteligente y noble reflejaba, casi se puede decir, el hondo pensamiento de sus ojos profundos y brilladores y negros como la noche.

Las máscaras, en torno de él formaron círculo, dirijiéndole cada una de ellas bromas intencionadas, muchas de las cuales aludian tal vez á Ruperta.

Para todas tenia repuestas oportunas, descubriendo á muchas, ya en los ojos, ya en el timbre de su voz, las cuales entónces ponía en derrota, pues en lugar de embromar salian embromadas por mil referencias que él hacia de la vida tuitima de cada cual que indudablemente conocia con algunos detalles.

Repentinamente una máscara se acercó y asíéndole de un brazo dijo que tenia que comunicarle cosas que verdaderamente le interesaban. ¿Seria acaso la mascarita que tan profundos celos inspiraba á Ruperta?

Cárlos dió el brazo á aquella máscara que era sin duda una mujer esbelta, de simpático timbre de voz y de mirar apasionado, y apartándose del grueso de la concurrencia tomó asiento con ella en uno de los divanes.

La máscara se dirigió á Cárlos declarándole que hacia mucho tiempo sentia por él una de aquellas pasiones que aunque se combaten al principio es imposible dominar despues.

Que le amaba, como el marino al mar, como el soldado á la patria, como el apóstol á su religion, como á su misma vida.

Que prendada por él se iba á quitar la careta para que contemplara sus facciones, inmensamente bellas y dignas de su amor, y sus ojos que no volverian á mirar jamás á otro hombre.

Efectivamente cayó el antifaz y Cárlos pudo contemplar el rostro de la mujer mas bella que habia visto en la vida.

En este mismo instante ¿era un demente el que habia cruzado corriendo el salon y con el cabello erizado se detenia delante de Cárlos?

Su acento fatigado demostraba que de alguna distancia venia, y que algo extraordinario y espantoso habian visto sus ojos, que parecian saltar de sus órbitas.

Cárlos contemplaba el rostro de la máscara que debia extasiarlo, pues no reparó en la presencia del desconocido que con una voz cavernosa exclamó:

—Ruperta se ha envenenado! corre á salvarla.

Aunque esta frase terrible tan solo habia sido escuchada por Cárlos y por la hermosa máscara que con tanta pasión le hablaba en el diván, la concurrencia toda habia notado la presencia en el baile del desconocido que de tan inusitada manera se habia presentado llamando de todos la atencion.

¿Quién era este hombre que como el espectro de un evocado habia caido allí como del cielo?

¿Quién era este insensato que así hollaba las leyes de la etiqueta?

¿Quién era este furioso que como un huracán habia entrado de la calle, salvando de tres en tres las escaleras, cayendo como un aerolito en el salón?

¿Era un marido celoso que hallado hubiera desierto el lecho conyugal y que suponiendo ya en brazos de otro la esposa infiel fuese allí por el rastro de su aventura?

¿O era un hombre burlado completamente en su honor, con las plenas pruebas en su mano que allí venia tras de la consumacion de una de las mayores venganzas?

Todos estos comentarios y muchos otros que dejamos en el tintero se hacia la concurrencia en presencia de este hombre que franqueaba la puerta con los cabellos en desórden, los ojos estraviados, el rostro descompuesto, sin sombrero, con las solapas del levita al viento, con baston en la mano.

El cruzó la entrada y penetró en el salón mirando á todas partes.

Repentinamente se dirigia á la derecha como á la izquierda, al frente, como retrocedia, para hundir su mirada interrogadora en los mas confusos grupos, como en busca de alguien que no estuviese allí y se hubiese perdido.

Las máscaras principiaron á rodearle y á seguir sus estraños pasos que á veces parecian la huida procelosa de un sér acosado por un espectro de quien quisiera alejarse pero sin hallar carrera capaz de apartarlo de sí.

Repentinamente miró á la derecha, y notando una máscara que apasionadamente hablaba con un caballero en el momento de quitarse el antifaz, á él se dirigió apresuradamente y dejando á todos suspensos, pronunciando aquellas terribles palabras que no habrán olvidado nuestros lectores.

¡Rupert se ha envenenado! corre á sarvarla
A fin de tener al lector al corriente de todos los incidentes de este drama, mucho mas complicado de lo que hasta aquí se pueda juzgar, retrocedamos algunos momentos.

La enamorada Rupert, una vez que se aproximó el sábado, víspera de carnaval, habia vuelto á sus ruegos para que Cárlos no asistiera al baile.

Aquellos habian sido tales que su amante le prometió que así lo haria.

—¿Me lo juras,? exclamó Rupert.

—Te lo prometo, respondió Cárlos.

—Pues si faltas á tu promesa, concluyó la jóven con un acento de estraña firmeza, habras de arrepentirte mientras vivas.

Cárlos se despidió de Rupert afectuosamente y se dirigió á su casa.

Principiaba á oscurecer, realizándose ese fenómeno que no por ser frecuente debe perder su suprema belleza—la transicion de la plena luz á las hondas tinieblas donde apesar de su gradacion misteriosa en el *diminuyendo* de la irradiacion, la oracion se hace, melancólica y triste, como la agonia donde parece que espirará la naturaleza.

Indudablemente esta horapostera de la tarde tiene un secreto misterioso.

En ella el marino realiza las últimas maniobras del dia pero siempre con alguna modificacion que pnda resguardarlo de los accidentes imprevistos que hallar podrá donde no alcanza la vista del hombre en la incansable investigacion del firmamento.

En ella el soldado abate las armas y el bélico clarín de la batalla troca el fuego de su entusiasmo, por un son funerario que parece una súplica por los muertos.

Y en ella, por último, las aves se cobijan, las fieras se recojen, cerrando su amante pétalo la fragante flor y plegándose el frondoso ramaje de los árboles.

El espíritu del hombre se lanza á la meditacion, así es que Cárlos tocado por este sentimiento armónico, pensó en Rupert, en la estrañeza de sus últimas palabras, y principió á interrogarse seriamente y por la primera vez, si en efecto faltaba á los deberes del cariño asistiendo al baile.

—Yo la amo hasta la idolatría, se dijo, es feliz y nada le falta ¿qué malo puede haber entonces en que yo me divierta?

¿Voy á dejar en el baile algun jiron de mis ropas, de mis carnes ó de mi corazón?

Aunque las bellas me dispensaran favores y los aceptara pasageramente yo, ¿irán por eso á disminuirse los fuertes lazos que nos unen con Ruperta?

Pero, sus últimas palabras: *si faltas á tu promesa habras de arrepentirte mientras vivas*— las escucho todavia con el acento extraño que hirió mi corazón!

Pobre Ruperta! ¿qué mal existe en que yo me divierta si soy incapaz de suplantarle por otra? pero así mismo, no lo haré, terminó Cárlos llegando á su casa y penetrando en ella.

Su negro, fiel compañero que no lo abandonaba desde Montevideo, le tenia á su amito la comida preparada.

Era hora ya, pues Cárlos absorto en sus meditaciones habia caminado lentamente y deteniéndose mucho tiempo en la calle.

Daban las ocho de la noche cuando se sentaba á la mesa

Los últimos sorbos de café apuraba Cárlos entre bocanada y bocanada del humo perfumado de su habano, cuando repentinamente dieron tres golpes á la puerta de la calle.

Salió el fiel moreno á ver lo que se demandaba, y halló á la puerta una preciosa paisana que llevaba una carta en la mano, pidiéndole se la entregara á su amo.

Recibióla de mano de la mensajera y la entregó al instante.

—No conozco la letra, dijo Cárlos, examinando el sobre, mas, veamos.

Rasgó uno de sus extremos, la abrió y leyó su contenido, que era el siguiente:

Cárlos:

Si eres verdaderamente caballero y un hombre de corazón, suplico á tu noble hidalguía asietas esta noche al baile de máscaras que tiene lugar en el club, pues tengo que comuni-

carte algo de muchísima importancia, no solo para tí, sino que se refiere á tu patria.

Una amiga desconocida.

El billete se hallaba perfumado y todos los detalles de su forma acusaban un evidente origen de distincion.

Cárlos volvió á leerlo deteniéndose en las siguientes palabras: *algo de muchísima importancia, no solo para tí, sino que se refiere á tu patria.*

Si su contenido respondia á una intriga, ella se hallaba perfectamente preparada, pues á una cita que se referia á asuntos vinculados á la patria, un hombre como Soto seguramente no faltaria.

El tiro venia, pues, de mano maestra.

Despues de volver á leer y á meditar el último párrafo, el noble jóven recordó la palabra empeñada con Ruperta, y á la que se hallaba resuelto á no faltar por consideracion alguna.

Pero, pensaba, ¿compromisos puramente de un órden galante, deben detenerme cuando se trata talvez de una revelacion que puede referirse á la suerte futura de mi patria?

Cárlos no era un hombre de vacilar en tales casos, así es que en breves instantes su resolucion estaba hecha y ella era la de asistir al baile de máscaras.

Formada ya esta resolucion, Cárlos hizo su toilette como lo hemos descripto cuando lo dejamos en el baile de máscaras, y una vez terminado aquel se dirigió al lugar de la cita.

La máscara que lo esperaba, grande interés debiera tener en hablar con Cárlos, pues apenas pasado el vestíbulo y en un saloncito de la entrada se hallaba allí tan solo esperando la llegada del gallardo jóven.

Preparábase este á penetrar al salon principal cuando recibió un golpecito imperceptible en el hombro, al mismo tiempo que exclamaba la máscara:

—Si recibiste esta noche un billete mio en tu casa, sígueme porque tengo que hablarte, y lo introdujo al pequeño salon á que antes hemos hecho referencia, tomando asiento en dos sillones que se hallaban próximos á la puerta.

Mientras esta intriga tenia lugar ¿qué era de Ruperta?

VI.

A pesar de la promesa de Cárlos de no asistir al baile, Ruperta tenía un presentimiento: que la engañaría, y se propuso cerciorarse por sí misma.

Al efecto, mandó un mensaje á su amiga para que llegase á su casa una vez que lo recibiera, á lo cual Dolores siempre diligente y cariñosa se prestó al momento.

—Aquí me tienes, hijita. ¿Qué deseas? Apenas me dijo tu morena que me necesitabas y ya me tienes en tu casa.

—Gracias, amiga mía. Te llamo porque he resuelto que esta noche me acompañes al baile.

—¿Estas loca, mujer?

—Quiero ir al baile! quiero cerciorarme por mis propios ojos si Cárlos me engaña. . . . Oh! . . . Si me engañara—y la fisonomía de la jóven se contrajo, tomó una expresion del mas indescriptible sentimiento, y bajando su acento que parecia de la tumba, terminó su frase—si me engañara no me volvería á ver jamás sobre la tierra!

—Me asustas Ruperta: esa voz, la expresion de tu fisonomía. . . .

Pues buena cosa que tu vayas al baile!

Cárlos, pues que te lo prometí, indudablemente no habrá ido, pero, aunque estuviera ¿habrías de adelantar algo con presentarte allí?—Y además, bien por ello Cárlos podría enfadarse.

Como se ve, la noble amiga de Ruperta trataba de disuadirla á toda costa, que se presentara en el baile.

La veía en un estado moral que nada bueno le presagiaba y se decía: si nos presentamos allí disfrazadas, tan solo á presenciar alguna escena galante, cuyo protagonista puede ser su mismo amante ¿qué podría ser de esta desgraciada amiga?

Dolores con ese buen tino que caracteriza á muchas mujeres cuando se trata de un consejo desinteresado, calculaba que nada bueno podía resultar de semejante aventura y si, por el contrario complicarse el asunto de una manera fatal.

Aunque ella tenía con Cárlos una relacion superficial, no así su hermano Enrique que lo conocía á fondo, el cual le había referido la buena y grande estrella que tenía para las mujeres; de manera que era lójico pensar—apesar del mucho cariño que tenía Cárlos por Ruperta—que cedaría á la mascara que por él se interesaba y de lo

cual ella misma había dado la voz de alarma, concurriendo todo ello á una catástrofe.

Volvió de nuevo á la carga con sus súplicas, pero todo fué en vano, pues se estrellaban en una negativa inquebrantable.

En esta situacion de las dos amigas, llamaron á la puerta, cuyo golpe no dejó de inquietarlas un tanto.

Cuando nos hallamos bajo una fuerte impresion moral, todo nos sobrecoje, el menor accidente, el menor ruido; mientras tanto, el que así llamaba no tardó en hacerse presente.

Era Enrique que venia en busca de su hermana.

Era Enrique, amigo de Cárlos, pero que á la verdad, en cuestiones de mundo no había inventado la pólvora.

Criado, como vulgarmente se dice, entre las polleras de la casa, era un jóven que carecia completamente de iniciativa, gracioso, pesado, repetidor, sin oficio ni beneficio, un corre, vé, y dile, de sandeses y de majaderías.

Enrique pegaba sus tostadas á las relaciones de familia, así es que habiendo sido Cárlos presentado en su casa, donde conoció á Ruperta, le hizo tres mil protestas de amistad hasta que consiguió ser tolerado por aquel franco y bondadoso carácter.

Enrique caía allí como mandado llamar, de manera que Ruperta en el acto lo comprometió á que las acompañara al baile por cortos instantes á mosquetear.

El majadero léjos pues de apoyar á su hermana en el comenzado propósito de alejar toda idea del ánimo de Ruperta, de lanzarse á esas aventuras, declaró, por el contrario, que pasarían así un rato agradabilísimo y para evitar el menor recontamiento, él mismo se quedaria en la calle hasta su regreso ó se disfrazaria.

Dolores replicó, pero sin esperar razones de ninguna clase, Enrique salió diciendo que iba volando por unos disfraces con los cuales efectivamente se presentó despues.

Ruperta no queria otra cosa.

Así como tuvo los disfraces en sus manos, invitó á su amiga á pasar al interior de las habitaciones de donde aparecieron momentos despues convertidas en dos perfectas mascaritas; mientras tanto Enrique estaba ya vestido

de Marques, y los tres se dirigieron al baile. Apenas habian llegado allí y subido las escaleras, no tuvo necesidad Ruperta de penetrar al salon para hallar lo que con tanto afán buscaba.

Cárlos se hallaba en la pequeña pieza de descanso donde lo dejamos, próximo á la puerta, en el mas animado diálogo de la desconocida de quien recibiera el billete.

Aquella, antes de entrar en materia, lo interrogaba, se conoce, para confirmar la idea que tenia de su franco carácter y para darle otra ademas, ¿de la pasion que por alguien sentia y que allí le llevaba, le preguntó con acento que la vehemencia desmayaba:

—¿Tú amas la patria?

—Ah! respondió Cárlos herido en la fibra mas noble y mas sensible de su corazon: voy á responderte dirigiéndome á ti como si fueras ella, como si fueras mi patria, porque recuerdo que la libertad la representa una bella mujer: si tú fueras mi patria, ah! volvió á repetir, por tí derramaría hasta la última gota de mi sangre; por tí, arrostraría el hambre y la sed y la miseria y las eternas tinieblas: por tí... (en este instante Ruperta suavemente se aproximó á la puerta y escuchó) lo sacrificaría todo, no solo los lazos que me ligan á los seres de la tierra, sino mi misma eternidad del cielo: por tí, sería esclavo, mártir, homicida: por tí, sería vida! luz! sombra! muerte!

—Basta ya! dijo Ruperta, con tan apagada voz, que nadie pudo escucharla.

Hay maldiciones, hay palabras siniestras, hay revelaciones impías que antes de oirse, mas á uno valiera dormir uebajo de la tierra!

A un cadáver podrido y seco se le dá con el pie, se le aplasta su cráneo que es nido de

gusanos, pero no se le arranca el corazon, palpitando vivas sus entrañas!

Basta ya, dijo Ruperta, que se retiró breves pasos de aquel sitio y se apoyó á la pared para no caer.

—Yo tambien, continuó, todo aquel fuego santo, todo aquel amor que templa el alma en el martirio y en el apostolado, te lo consagré al darte la existencia.

¿Para qué?

Para venir á este sitio donde tiemblan mis carnes, donde el dolor me encorva con su entumecimiento paralítico, y donde podria ver, el que me descubriese, la mitad de mis cabellos que acaban de encanecer!

Ah! prosigió—roedor del alma que te llamas hombre, reptil inmundo que te arrastras por el lodazal de todas las perfidias, lo mismo vendes por mayores bienes la libertad de la patria que inmolas por variar de placer la mujer prometida!

—Vamos! Enrique.

Vamos, Dolores, dijo Ruperta, llamando á sí á sus compañeros que nada de lo acontecido habian notado, distraidos en la conversacion con otras máscaras.

Despues, continuó,—con un dominio sobre sí misma que en lance tan supremo nadie la hubiera creido capaz—despues, vosotros que sois jóvenes y que sois libres podeis regresar á acabaros de divertir.

Ruperta se apoyó del brazo del joven y silenciosamente bajó las escaleras; pero cualquiera que la hubiese observado habria creido que no era la misma mujer que momentos antes acababa de subir.

Antes ascendía una joven.

Ahora descendía una persona que casi parecia agobiada por los años y ajitada por un temblor imperceptible que semejava al de la senectud.

VII.

Otro hombre que no hubiera sido Enrique habria notado indudablemente los estremecimientos nerviosos que de tiempo en tiempo conmovian á Ruperta; pero Enrique, era un desgraciado á quien no se alcanzaban tales cosas, y ante cuyos ojos pasaban desapercibidos los sentimientos recónditos del corazon humano, los movimientos intimos del alma que para comprenderlos hay que hallarse iniciado en ellos, en las grandes luchas de la vida donde el hombre de mundo ha sido actor.

Enrique en este momento se hallaba profundamente preocupado de sus negocios propios, así es que no podia notar la tempestad que rugia en el corazon de su compañera.

Imaginense ustedes que él venia resolviendo el endiablado problema de quien pudiera ser una mascarita que en el vestibulo el hombre le tocára diciéndole ¡picaron!

Algunas probabilidades le hacian creer pudiera ser la máscara, nada menos que una rolliza muchacha hija de un vasco chacarero; pero tambien otras conclusiones le llevaban á barrantar en la fuerte presión de la mano, la pesada de Serafina, mandadera y cebadora de mate de una familia de su relacion.

Pero si Enrique venia preocupado de todas estas gravísimas cuestiones hasta el extremo de no prestar la menor atencion en su compañera, no así Dolores que, apesar de las bromas cambiadas ligeramente con sus amigos cuando aquellos entraban al salon, no habia descuidado la observacion de su amiga, siguiendo el menor de los movimientos de Ruperta: cuando esta se acercó á escuchar la conversacion que Carlos seguia en el saloncito con la máscara de la cita; durante el tiempo que allí permaneció; y cuando se retiró bruscamente y tan conmovida que tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Dolores lo habia notado todo, dándose mas ó menos cuenta de la situacion que pasaba su amiga, así es que no se atrevia á romper el silencio que reinaba desde que bajaron las escaleras hasta el punto en que se hallaban, que era la mitad del camino para llegar á su casa.

—Algo ha escuchado Ruperta de los labios de Carlos—se decía—algo que ha colmado la medida de su desventura, y pesara de la oscuridad de la noche y del antifaz que llevaba, se volvía

hacia su amiga para interrogar su pensamiento, pero tan solo hallaba un sér que caminaba como á la ventura y cuya cabeza inclinada, envuelta en los pliegues de la capucha semejava la misma estatua del silencio.

Así, Ruperta, como el combatiente infortunado que perdió en el campo de batalla hasta la misma enseña de la patria, se retiraba de una derrota cuyas consecuencias habrian de ser eternas pues una tumba habia de interponerse para siempre entre su corazon y el de su amante.

Laban las dos en el rol del pueblo y llegaban por fin los tres máscaras á la puerta de la habitacion de la jóven.

Dolores y Enrique se ofrecieron á pasar adelante y acompañarla, pero Ruperta deseaba hallarse sola y les agradeció íntimamente su ofrecimiento diciéndoles con todo el disimulo posible para ocultar la desesperacion de que se hallaba dominada que lo mas acertado seria que regresaran al baile á divertirse pues ella iba á descansar.

Dolores no insistió comprendiendo la intencion de su amiga, pero resolvió regresar á su casa, en vez de ir al baile, y á la media hora mandar á su hermano á informarse de como estaba Ruperta pues mucho temia por su salud.

Se despidieron cariñosamente y los acompañantes tomaron el rumbo de su casa.

Ruperta despachó á descansar á su negra, penetró á su alcoba y dando un prolongado suspiro, exclamó:

—Por fin estoy sola!

Entónces se quitó la careta y el disfraz.

Habian pasado veinte años por ella!

La fiebre nerviosa crecia por momentos—no lloraba pero dos lágrimas parecian esparcidas y como cristalizadas en sus ojos, dándoles una expresion tan extraña como si mirasen desde la honda eternidad.

Ruperta tomó asiento delante de su pequeña mesa donde tenia útiles de escribir, poniendo sobre ella el retrato de Carlos que desde pocos dias en ningun momento abandonaba, un hermoso rulo que tenia de éste, varios papeles reservados, correspondencia querida, cartas tal vez de su mismo amante y el frasco de veneno de que se habia muido.

Colocó on sitio conveniente al retrato para

que de él no se apartaran sus ojos como otras veces lo hacia y empezó á extasiarse en la evocacion de los recuerdos que á la memoria le traian todos los incidentes de su vida desde el instante que conoció y amó perdidamente al bello, bravo y noble guerrillero que veremos mas tarde inmolar su vida por la patria.

—Ah! pensaba,—en el éxtasis de su recuerdo —¿con qué pasion me dijo que me amaba!

¿Qué acento de ternura tan inesplicable el de su voz?

¿Qué fuego el de sus ojos capaz de consumir el alma?

Quebraba sumrada entre los mios, como el plateado rayo de la luna, que en la noche ondulaba las tranquilas aguas.

Sus negros rizos rodaban por su frente, no impelidos por el beso de las auras enamoradas: electrizados por el inmenso fuego de su pensamiento!

Su noble pecho como seno del aquietado mar era magestuoso y tranquilo pero tambien desde sus entrañas ajitado por las tempestades cuya ola bravia bate furiosa para derribar.

Yo le amé hasta la idolatria ¿y quién le vió jamas que no le amare?

Era de noche y yo como todos los concurrentes nos dirijimos á casa de mi amiga donde penetramos.

La inmensa luz todo lo irradiaba: el oro brillaba en las paredes cubiertas de tapiz y de enormes espejos.

Flores de esquisita fragancia, música arrebatadora, mujeres de sin igual belleza, jóvenes gallardos, pero él era el primero.

Alguna secreta simpatía lo impulsaba, porque todo fué verme y dejó sus amigos y cuanto le rodeaba.

Se acercó, me tendió su mano y me invitó á la danza.

Que cosas mas divinas escuché de sus labios —fueron tan bellas que le entregué mi corazón como ahora voy á darle mi eternidad.

Salimos á los jardines como otros lo hacian,

pues tambien se hallaban iluminados, y entonces —ah! entonces—consagramos la vida el uno para el otro sellando aquel pacto el calor de sus labios ardientes sobre mi frente.

Todo lo abandoné por él y mas que hubiera tenido mas hubiera abandonado.

Salí de allí y fui suya porque le amaba, pues para [serle] hubiera cruzado entre las llamas.

Pero, el infame lo ha olvidado todo faltando á la santa fé y al sagrado juramento.

Se ha consagrado á otra, en el baile de máscaras. Yo moriré — y terminando así la última frase de su pensamiento, tomó la pluma, papel y escribió.

Cárlos:

Debia vivir mientras fuese tuya,—me abandono, adios, no puedo ser de otro.

Ruperta.

Una vez que hubo terminado estas breves líneas, las colocó en un sobre donde indicó tambien su direccion.

Tomó el retrato de su amante, lo cubrió de besos y destapando el frasco del veneno apuró unos tragos con estoica calma y espantosa resolucion.

Ah! suicidas que asesinais así vuestra existencia.

¿Cuál fué el delito de Cárlos?

Haber ido á un baile.

Haber hablado con una mujer.

Haber pronunciado palabras que fueron mal entendidas.

Así son todas!

Así son todos!

Por una falta imaginaria, por el fuego fátuo de una discusion, derrumbais, sobre la conciencia humana, no una montaña, ni un mundo;

El siniestro peso de un cadáver!

La desgraciada Ruperta, volvió, contemplando el retrato, á apurar nuevamente el veneno, deseando indudablemente besarlo por última vez y guardarlo eternamente sobre su corazón.

VIII.

Entreabrió las ropas de su seno, nido de flores, y allí colocó el retrato de Cárlos para que le acompañara muerta conforme la había acompañado en vida.

Aquella mártir del error ó de una demencia inexplicable, exclamó:

—Que felicidad, morir cuando hay que perderlo!

Yo, continuó, me habria resignado á la miseria y á la sed—á barrer las piedras con la lengua!—pero á no ser de él, á tener que entregarme algun dia á los brazos de otro—jamás—jamás, repitió y destapando nuevamente el frasco apuró por última vez el resto de su contenido y estrellándole contra el suelo lo hizo saltar en mil pedazos.

Ya era tiempo de que tomara sus últimas determinaciones, pues el veneno principiaba á hacer sus primeros efectos, produciéndole un repentino y violento dolor en el estómago, como si le arrancaran las entrañas.

Ruperta llevó á él su mano temblorosa y maquinalmente se puso de pié aunque encorvado su cuerpo por el dolor de los primeros calambres y apoyándose primero en la mesa, despues en la pared, y por último en el velador, llegó á su cama permaneciendo delante de ella unos breves momentos y donde pensaba rendir el último suspiro al apagarse en ella el último recuerdo de Cárlos.

Pero la escena postrera de aquel drama cuyo cuadro final tendria lugar en la tumba precisaba la luz siniestra del contraste que diera relieve á sus formas laceradas.

Repentinamente se oyó preludiar una guitarra pulsada por alguno de tantos jóvenes que vestido de paisano regresaba á esa hora de algun baile de máscaras, y al pié de la reja de su bella entonaba trovos de amor que en sus alas la esperanza llevaban.

Aquella alma exaltada por el sentimiento que la arrastraba engañosamente á un sacrificio estéril, magnetizada así por la música y la poesia, dominó momentáneamente sus padecimientos para prestar atencion por vez postrera á lo que nunca mas volvería á oír en la tierra.

No esfuerces nunca la barca de la vida, decía el cantor, cuando vayas vogando por el negro y proceloso mar de la existencia, por que los pa-

los á que amarras las velas serán tronchados por el huracan y entónces, verás rodar al abismo los palos, las velas y la barca que desaparecerán en sus hondas entrañas.

En esta escena de su muerte, recien, esta trova hizo brotar las primeras lágrimas á la infeliz Ruperta.

Nunca llores, siguió el cantor, cuando presencias la partida del hijo de la montaña que deja su querida aldea para correr la tierra y mejorar la suerte de sus padres.

Nunca llores su suerte:

Vuelve á la tierra el hombre y la arena al mar.

Al llegar aquí el cantor, Ruperta lanzó un grito, metálico, fino, extridente y se desplomó sobre su cama, pensando tal vez, que habria obrado de ligero al envenenarse, y que perseverando, Cárlos hubiera sido siempre suyo.

Este hondo y terrible grito coincidió con la llegada, á la puerta, de Enrique que venia mandado por Dolores á saber por la salud de su amiga, pues tal vez aguardaba una catástrofe.

Este que lo ayó, golpeó de una manera tremenda hasta el punto de recordar en breve tiempo á la morena que abrió inmediatamente, pudiendo aquel así penetrar á la casa.

Llegó á la sala sin sombrero y corrió á la alcoba de Ruperta.

La vista de esta, en la posicion que la hemos dejado fué para el joven una revelacion.

Por la primera vez en su vida pensaba cuerdamente, deduciendo del desórden de la habitacion, del grito que habia escuchado, de la posicion de Ruperta derribada en la cama, que algo muy extraordinario tenia lugar, y que lo mas acertado era, primero, procurarse un médico, y segundo correr á darle aviso á Cárlos.

Enrique corrió á casa de uno de los médicos del pueblo y apesar de las pocas ganas que este tenia de dejar á esa hora su lecho, consiguió que se levantára trayéndolo enseguida á casa de la joven.

Ya la morena, como Dios le dió á entender, habia desvestido á su ama y colocádola en el lecho, la cual empezaba á volver recien de su desmayo.

Enrique y el médico se presentaron, y pulsando éste último á la enferma y haciéndose cargo

del desorden de sus facciones como de la agitación de su espíritu, comprendió que de algo muy grave se trataba.

Exhortó á la enferma á que le diera los antecedentes de su situación, sin lo cual, le dijo, marcharía en tinieblas y no podría conjurar males verdaderamente fatales.

Entonces Ruperta confesó que se habia envenenado y que era indispensable llamaran á Carlos, mientras el facultativo daba sus primeros socorros.

Enrique que tal oyó, no atinó á tomar su sombrero lanzándose á la calle como alma que llevan los demonios.

Así corrió sin descanso hasta llegar al Club donde tenia lugar el baile, donde penetró con el aspecto desaforado que antes hemos descrito, cuando retrocedimos hasta inquirir como se habian desenvuelto los sucesos en casa de Ruperta.

Enrique buscó á Carlos en el salon, del vestíbulo donde lo habia dejado; pero como tres horas largas, cuando menos, habian pasado desde que habia tenido lugar aquel apasionado diálogo, ya las cosas presentaban un aspecto muy diverso.

Carlos habia penetrado al salon, del brazo con su máscara, donde se vió rodeado por otras que iban de momento en momento despertando su curiosidad; así es que aplazando para mas tarde á la desconocida del billete, se habia intriguado con otras máscaras con muchas de las cuales se vió verdaderamente confundido.

Así corrieron las horas hasta que él se halló con aquella interesante máscara que le invitara á tomar asiento en el divan donde se quitó el antifaz.

Enrique pues, habia casi perdido la esperanza de hallar á Carlos, hasta que repentinamente, y sin notar la mucha gente que ya lo seguia, lo descubrió, corrió á él y le dijo aquellas palabras.

—Ruperta se ha envenenado; corre á salvarla!

Carlos, apesar de haber asistido al baile, amaba entrañablemente á Ruperta, así es que tales palabras cayeron como un rayo sobre su corazon.

Como Dios le dió á entender, se despidió de su compañera é interrogando precipitadamente á Enrique respecto de los sucesos que habian tenido lugar, salieron en breves instantes del salon, se vieron en la calle, donde mas bien volaban que corrian, deseando llegar cuanto antes al sitio donde la inesperada catástrofe habia tenido lugar.

Aunque la habitacion de la desgraciada jóven no se hallaba tan cerca, ellos, con aquel afán indecible que todo lo alcanza y vence, llegaron por fin á la casa y no pararon hasta la misma alcoba de Ruperta.

Carlos se dirijió á su lecho, é interrogándola dulcemente aunque con el ascendiente que tenia sobre ella, le arrancó una plena confesion del estravio que contra su vida la habia llevado á atentar.

En seguida llamó á una pieza contigua al facultativo que le habia prestado los primeros socorros, y le exigió como hombre de conciencia le dijera la verdad del peligro que corria la jóven.

—Caballero, respondió el cirujano, es mayor mi conciencia que mi ciencia en este trance desgraciado, así es que como hombre recto debo declarar que este caso es tan grave que no respondo, no diré de la vida de la enferma, pero no podré diagnosticar ni pronosticar, ni obrar en fin vigorosamente como el caso requiere si no me acompaña aquí un médico reputado, con quien compartir tan grande responsabilidad.

Carlos quedó anonadado.

No habia en Chivilcoy, ni en veinte leguas á la redonda, mas médicos, que el cirujano con quien hablaba y el Dr. italiano, que se habia hallado vinculado á Ruperta, con el cual él la hizo romper y venir á su lado y entre quienes mediaba un hondo é insalvable abismo.

La fuerza, pues, terrible del destino ponía la vida de Ruperta en manos del médico italiano. ¿Y á él recurriría Carlos en demanda de auxilio?

¿Le pediría su ciencia para levantar de la tumba la misma mujer que talvez le habia condenado á un infortunio eterno?

IX.

—Señor Soto, dijo con tono solemne el cirujano, cada minuto que pasa en el reloj del tiempo, dá un paso hácia la tumba esta desventurada. He dicho ya que solo, no puedo salvarla; es necesario que venga otro médico.

El envenamiento, los medios de combatirlo, las mil materias que á él se refieren, es una especialidad profunda en la medicina humana á la que yo no me he dedicado por haber sido otros los rumbos de mi predilección.

Aquí, continuó, casualmente existe un hombre que es muy difícil haya otro en la América que conozca mejor como obran los venenos en la economía: este hombre, ya lo sabe vd., es el Dr. italiano y es el único capaz de salvar á Ruperta.

Por la primera vez de su vida una honda palidez cubrió el rostro de Cárlos.

El, áltivo, capaz de sacrificar mil vidas por un solo propósito, ¿tendría que ir contrito á llamar la puerta y pedir el auxilio de un antiguo rival?

Ah! como se complace el destino en azotar el corazón del hombre!

—Señor, respondió Cárlos, sepa vd. que á ese médico y á mí nos separa un hondo abismo. El amaba á Ruperta hasta la idolatría y á ella se hallaba ligado.

Yo la conocí y la amé y con mas fuego en el alma y voluntad en la cabeza hice despedazar esos lazos que el cariño había formado, y un día salió Ruperta de su casa para no pisarla jamás.

El cirujano movido por el asombro dió un paso atrás, miró profundamente á Cárlos y exclamó:

—Jóven—la fuerza del destino! El pone en manos de aquel hombre la vida de aquella misma mujer por la cual tal vez la hubiera dado por que no se entregara á los brazos de un invencible rival.

El amor es grande, magnánimo, heróico; pero los celos no tienen piedad!

No es la primera vez que al abrirse una tumba el eco de una carcajada sarcástica cruzó los sepulcros como la silueta de Satanás!

—Señor, interroge vd. su ciencia en sus misterios mas recónditos, la de sus amigos, la de sus libros, su memoria, en fin, para que ella le ilumine y así no habrá necesidad de recurrir á otro.

—Imposible! existen en la medicina mil variedades capaces de aguar la existencia en suan-

to con ella se ponen en contacto. En la eterna transformación de la materia todo es vida como todo es muerte!

Cuestion de dosis—nada mas.

El aire que respiramos; la luz que admiran nuestros ojos; el calor del padre de la naturaleza que cada día fecunda la tierra con su brillante rayo; la alegría que en nuestros rostros dibuja su sonrisa, y el sentimiento que abre en nuestros ojos el raudal de sus lágrimas; todo en fin, como el veneno, mata!

Estas diferencias de clases y de dosis, de causas y de efectos, solo las dominan aquellos hombres que á su estudio dedicaron la vida.

El tiempo corre, agregó el cirujano, y como ya he dicho, cada segundo que marca el reloj es un paso mas que á la tumba dá aquella desgraciada.

—Pues bien, dijo Soto con un acento de resolución suprema que revelaba de todo lo que aquella alma era capaz en los grandes trances de la vida. Ahora mismo voy á casa del facultativo y que se cumpla la voluntad de Dios!

Cárlos subió á un carruaje que con aque motivo se había hecho traer y el jóven se dirigió á casa del médico italiano, apesar de lo avanzado de la hora.

A los pocos momentos estuvo allí, y á costa de grandes esfuerzos abrió la puerta el criado de confianza é hizo pasar á Cárlos al gabinete del facultativo.

Mientras tanto, aquel se había recordado y vestido ligeramente para imponerse de la gravedad del caso que á tales horas hacia recurrir á su casa.

Abrió la puerta y penetró en el gabinete; pero cuál no fué su asombro al encontrarse con Cárlos!

Ver á esas horas en su casa á aquel hombre del que le distanciaba un abismo.

Maquinamente se restregó los ojos creyendo que soñaba; pero nó—allí le tenía—era su misma figura—su misma mirada de intencion intensa.

La escena muda que precedía al diálogo y que tenia lugar entre aquellos dos hombres que se separaba un abismo habria dado frio al que la hubiera podido contemplar.

Ellos parecían dos fuerzas mudas que iban á chocarse para producir el cataclismo!

Dos rayos perdidos que la tempestad estrellaba;

Dos sombras, dos espectros que la noche levantaba de la tumba para reanimar terribles hechos de la existencia.

Sin embargo, en aquel acto indecible de abnegación, Cárlos iba resignado; pues él era en ese momento en casa de su rival, un mártir, un misionero del deber y del apostolado que lo inmolaba todo en aras de la mujer querida—la vida si era necesario y hasta el noble rubor de sus mejillas.

¿Estaría el hombre de ciencia á la altura de su mision en este caso?

¿Sería capaz de comprender el enorme sacrificio del jóven, que á esas horas y de aquella manera llamaba á sus puertas?

¿O la pasion rugiria en su alma y se levantaria la tempestad de los celos haciéndole preferir que aquella mujer bajara á la tumba ya que la habia llorado perdida para siempre?

Cárlos se puso de pié delante de aquel hombre:

—Senor, le dijo, la ciencia no tiene figura humana, no tiene pasiones, odios ni rencores.

Yo vengo aqui, á demandar los socorros del sabio para una persona que se halla próxima á espirar.

—¿Y quién es esa persona? dijo el médico.

—Es Ruperta que acaba de envenenarse.

—¿Ruperta? aquella jóven que yo amaba hasta la idolatria?

¿Ruperta? aquel ángel de mis primeros ensueños á quien consagré cuanto un hombre puede dar sobre la tierra?

¿Ruperta? aquella mujer á quien usted hizo abandonar su casa y romper los santos lazos que la ligaban á otro hombre, para hacerla suya?

Aquel ángel que me quitó viva para devolvérmela muerta?

Vamos caballero, concluyó el médico italiano, busque otro médico pues está vd. equivocado ó viene á dirigirme la mas sangrienta de las ofensas.

—No sería ni en esta forma, ni en esta circunstancia, ni en este terreno, respondió gravemente Cárlos, donde yo lo buscaria si quisiera insultarlo.

He dicho antes que la ciencia carecia de la miserable forma del hombre, pero ya que como hombre me habla, como hombre debo responderle.

Es mentira aquel vehemente amor que ha demostrado por Ruperta.

Es mentira que haya sido para vd. un ángel, ni que haya sido el arca sagrada de su felicidad.

Su amor es mentira; es mentira todo.

Si amara á Ruperta, si alguna vez hubiera tenido por ella el cariño que me manifiesta, correria vd á salvarla, aunque hubiera despues de quitarme la vida.

Yo por Ruperta hago mucho mas que vd. No puedo devolverla á la vida, pero vengo á rogar por ella y á doblar la rodilla ante un hombre que tal dice, que tal piensa y que así me recibe.

Esta estocada iba rectamente al corazon, y tal efecto hizo en el italiano, que dió un paso hácia Cárlos y su mano se levantó amenazadora.

Cárlos permaneció, impassible, tranquilo. Parecia la estatúa del Comendador.

—No hay tiempo que perder, dijo el jóven; si no viene vd conmigo, dentro de algunos momentos Ruperta no existirá yá y vd. negándose á socorrerla habra contribuido á su muerte.

Estas palabras decisivas tocaron por fin el corazon del médico.

Sin responder palabra, penetró corriendo á sus habitaciones interiores donde terminó de vestirse apresuradamente y tomando su sombrero, su gaban, y algunos frascos que contenian antidotos contra diversos venenos se presentó nuevamente en el gabinete y dijo con voz solemne á Cárlos:

—Estoy á su disposicion: Vamos.

Momentos despues los dos antiguos rivales subian al carruaje que se hallaba á la puerta y que partió á todo lo que daban los caballos.

Apenas Carlos había partido á casa del médico italiano, el cirujano volvió á la cabecera de Rupertino.

La desgraciada jóven se quejaba lastimosamente oprimiéndose con ambas manos la boca del estómago cuya entraña indudablemente empezaba á ser dañada por el tósigo.

—Dios mio! esclamó, mis entrañas se abrazan juo me recetais nada señor cirujano?

—Paciencia jóven, respondió éste con dulzura. Es indispensable una consulta, y Carlos no debe tardar en compañía de otro médico, pues en este caso yo no me atrevo á asumir solo toda la responsabilidad.

—Aquí no hay mas que dos médicos: vos y el italiano. . . qué digo! . . . ¿seria posible? . . .

La jóven dió un grito, arrancado por el dolor, ó tal vez por los recuerdos que las anteriores palabras despertaban en ella y el sentimiento de la escena en que seria actora mas tarde, en sus últimos instantes, y en presencia de aquel hombre á quien había abandonado.

¿Iba á morir entre los brazos de Carlos y ante la mirada interrogadora de su primer amante abandonado?

Por la primera vez sintió un profundo arrepentimiento de haber procedido tan ligero atentando contra su vida y produciendo un hecho cuyas consecuencias eran muy difíciles de calcular.

Repentinamente paró un carruaje á la puerta del que descendió el médico seguido de Carlos.

Cruzaron rápidamente las habitaciones y se hallaron en seguida ante la habitación de la enferma.

En aquel instante la ciencia dominó la pasión. El hombre no existía. Había sido sustituido por el médico que tendió la mano y pulsó á la desgraciada jóven.

Su pulso era pequeño, concentrado, un sudor frio cubria todo su cuerpo y su piel se hallaba crispada.

Sus ojos extraviados habían perdido el fuego de aquella pasión que á su mirada daba vida. Sus pómulos se destacaban de la fisonomía, sus mejillas se hallaban hundidas, su boca había perdido la ondulación natural. Cualquiera hubiera creído que sus facciones descompuestas descubrían el helado espectro de la muerte.

Intensos dolores al estómago se presentaron

bajo una forma terriblemente aguda que arrancaron á la enferma ayes desgarradores al retorcerse en su lecho.

—El fósforo! pensó el facultativo, al deducir de todos estos síntomas la presencia en el organismo de una sustancia cáustica que producía la intoxicación precursora de la muerte si la ciencia no combatía con todos sus recursos las consecuencias desastrosas de sus efectos.

El fósforo!

No saben los que por medio tan bárbaro se quitan la vida, los horribles padecimientos á que se condenan.

El fósforo deja su terrible rastro abrasador, á los pocos instantes de haber pasado por la boca, y la faringe hasta llegar al estómago.

Allí taladra las entrañas, provocando náuseas terribles para arrojar los propios fragmentos del estómago abrasado, que no pueden espulsarse por hallarse interrumpidas las funciones naturales del esófago.

La víctima se retuerce revolcándose por el suelo generalmente presa de dolores imposibles de describir.

Lo que no sucede con intoxicaciones producidas por otras sustancias, en el envenenamiento causado por el fósforo el paciente conserva todas sus facultades morales hasta el último instante, asistiendo á la muerte de su propio cuerpo por la perforación de las entrañas, sintiendo hasta en las pequeñas fibras los dolores mas recónditos.]

Un envenenado así, es casi un sér humano que bajo los mas atroces padecimientos, asiste á su propio entierro, palpándose bajar á la tumba.

Al pensar el médico italiano que se trataba de un caso semejante, y antes de recibir de la enferma las explicaciones del caso, sacó de su bolsillo uno de los contravenenos que le vimos tomar en su gabinete, y haciendo á la jóven entrar abrir su boca, lo vertió en ella hasta sus últimas gotas y recién respiró con agitación.

Entónces con palabra dulce y convincente y como si se tratara de una persona que nunca hubiera conocido, la exhortó de todas maneras para que le refiriera con que medios había puesto en práctica designios terribles cuyas desgraciadas consecuencias palpaba en aquel instante. Levantando el médico afectuosamente el cue-

lla de la enferma, elevó su cabecera para que descansara mejor y pudiera responder á las preguntas que se le dirijian.

Entónces todos se acercaron á su lecho permaneciendo de pié.

Los médicos á ambos lados de la cabecera, pues el lecho se hallaba en el centro de la habitación, Cárlos profundamente conmovido hácia el medio de la cama, Enrique á su extremo y junto á él la fiel morena compañera de su ama.

Entónces, y como Ruperta se creia mas cerca del sepulcro que de la existencia, y no habiendo objeto alguno en ocultar ninguno de los pormenores, pues ya al principio habia confesado de lleno su envenenamiento, declaró con palabra entrecortada por la emocion y los padecimientos, como por celos habia resuelto quitarse la vida.

—Yo, dijo, amaba perdidamente á Cárlos—y lo confieso en muerte lo mismo que se lo he jurado en vida.

Ligada á un hombre generoso á quien mucho debo y á quien por ello nunca olvidaré, preferí abandonarlo que burlar y escarnecer su noble afecto como tantas lo hacen.

Yo abandoné una casa, pero nadie podrá decir que la haya burlado ni que la deshonré.

Nadie se enamora por querer enamorarse.

El cariño nace espontáneamente, muchas veces contra nuestra propia voluntad.

Pero una vez que ha nacido ¿cómo comba tirlo?

Darle á Dios lo que es suyo, y al César lo que le corresponde es un precepto justo y sabio.

¿Cómo dar pues amor á quien no se ama é indiferencia á lo que se adora?

La honradez no es sola la que no oculta

el dinero, es tambien honradez la que no roba la verdad.

Yo fui honrada y fui justa al abandonar á quien engañar no debia y al consagrarme al corazon que amaba.

Se me podrá acusar de consecuente á mis sentimientos, y de verdadera—jamás de impostora! Cada palabra que pronunciaba Ruperta era escuchada con indecible emocion por el médico italiano.

Parecia que aquellas frases tan sencillas y nobles; tan franca confesion de sus afectos que revelaban una conciencia honrada, despertaban en él, aquel afecto santo para la jóven, que solo en silencioso retiro habia podido mitigar.

El espíritu de ella en la hora, se puede decir postrera, se presentaba ante los ojos de aquellos dos hombres mas bello y grande que nunca.

Alma gentil nacida para lo bello, para lo bueno y para lo verdadero; para la eterna justicia y la suprema ley que no se halla fuera de estos tres fundamentos, sentia la verdad, la bondad y la belleza como siente su propia luz el sol para irradiarla en toda la naturaleza.

Esta alma gentil hablaba á su mudo auditorio, no ya desde la tribuna, no ya desde la cátedra sagrada, no ya desde aquellas banas que escala la ambicion para traficar con la patria.

Ruperta hablaba desde su lecho de muerte rindiendo á un hombre, tal vez la rodilla del arrepentimiento, al confirmar á otro su corazon.

No es extraño que aquellos dos hombres perdieran de cada frase, de cada palabra de aquella mujer extraordinaria que al amor acababa de inmojar la vida.

XI.

—Yo, pues, continuó la joven, he seguido la fuerza de esa suprema ley sobrehumana, en la cual ha basado Dios todo lo que existe.

¿Quién sino ella, es esa luz, ese rayo ardiente que fecunda la tierra cada día, que la hace madre para brindar al hombre la plata, el oro, y las preciosas piedras que guardan sus entrañas y los frutos mil que le sirven de sustento?

¿Quién sino ella alienta ese sér que es madre en todas las razas, que dá vida al pequeñuelo, que le alimenta, le asiste en la enfermedad, le dá su sueño, su salud, su vida y pediría limosna para sustentarlo?

¿Quién sino ella hace volar el pensamiento del hombre por la region del tiburón y la ballena en el misterioso alambre que el abismo atraviesa y le hace pasar dormido por el misterioso túnel que vá cruzando el corazón de las montañas?

¿Quién sino ella ha redimido en toda la tierra la patria esclavizada, dando al hombre la luz del progreso, de la ciencia, de la verdad; sorprendiendo el misterio que encadena los astros y los secretos que la tierra guarda en sus entrañas?

Esa ley suprema, eterna, fatal, irresistible, esa ley que mueva al astro en su atracción simpática, al hombre, al árbol, al irracional, al átomo.

Esa ley . . .

¿Conocen ustedes esa ley?

Es el amor!

El amor á la patria que rompe sus cadenas.

El amor al progreso que realiza los grandes fines del hombre.

El amor á la ciencia que sorprende el secreto de los astros y el que guarda la tierra en sus entrañas.

El amor de los seres entre sí que es la madre, el padre, el hermano, la esposa, la amante, la prometida.

El amor que es la vida que perpetúa las razas y los reinos, bajo todos los climas y las zonas.

El amor que es la muerte que noblemente se despoja de toda clase de bienes para entregarlos á los que van llegando en la cadena eterna de las generaciones.

He sido pues, amor sobre la tierra, concluyo: si he de morir, desde el cielo seré también amor.

Una convulsión espantosa crispó los miembros de la joven que como el hábito de la muerte heló en sus labios la palabra.

El médico italiano se acercó á la enferma, y ayudándose de su compañero le entreabrió nuevamente la boca donde vertió el contenido del otro frasco que traía consigo, activo contraveneno que combinado con el otro tenia que producir resultados indudables.

La joven sintió calmados sus dolores y continuó:

—Como ya lo sabeis, cumpliendo esa suprema ley de la simpatía, ese principio eterno del cariño, amé perdidamente á Carlos consagrándole mi existencia.

Supe que me engañaba, pensé que iba á abandonar por otra—tuve miedo de verme algun día en brazos de un hombre que no fuesen los suyos.

Entónces, la imagen de la muerte presentóseme con formas seductoras.

¿Qué hermoso es descansar cuando se está rendida por todas las fatigas!

Tomé su retrato, lo cubrí de besos al martillar el gatillo de una pistola; pero en aquella circunstancia, Carlos llamó á mi puerta y mi brazo cayó á tierra y quedó desarmado.

Entónces me convencí que no mueren todos los que quieren, sino los que pueden y tomé otra clase de precauciones.

En un quequeño frasco que llené de agua traté de disolver en él unas cuantas cabezas de fósforos; y como yendo al baile pude cerciorarme por mi misma que Carlos hacia á otra mujer juramentos de amor, regresé á mi casa y en tres diversas ocasiones apuré el contenido del frasco y lo demas ya lo sabeis.

Este detalle habia resuelto la cuestion.

Si Ruperta hubiera apurado de una sola vez el contenido del frasco, en aquellos momentos habria ya espirado; pero como lo apuré en tres distintos intervalos, el efecto del tósigo era paulatino y daba lugar á que maniobrase la ciencia.

Los venenos en una sola dosis matan generalmente como el rayo—dividida su fuerza con cantidades que han de obrar en distintos intervalos disminuye la gravedad del caso, porque estos intervalos no solo alejan su acción y la dispar-

san sinó que dan lugar á que sus efectos sean neutralizados.

Estas reflexiones eran hechas por el facultativo que de momento en momento abrigaba respecto de la salvacion de la jóven mas liosgeras esperanzas.

Cárlos, por su parte, ignoraba la causa del envenamiento de Ruperta, así es que lo que tal confesion escuchó de sus lábios quedó completamente anonadado, apesar que sabia, para lo cual apelaba á su conciencia, que en todo aquello era no solo completamente inocente sino que se veria arrastrado sin saber á que consecuencias, pues veia, á medida que Ruperta hablaba, exaltarse al médico de una manera indecible.

—Caballeros, dijo éste con voz solemne, efectivamente, esta jóven se habia propinado una disolucion de fósforos; felizmente, como ella habia tenido lugar en tres dosis, sus efectos no han sido tan terribles como en una dosis sola, lo que hubiera presentado un caso perdido. Sin embargo, el peligro ha sido grande, y su vida se ha visto muy seriamente comprometida: ahora es otra cosa.

El contraveneno ha obrado con la energia que esperaba y Ruperta se halla fuera de peligro, aunque su estado hace indispensable, para evitar muy serias consecuencias, un cuidado incansable por algunos dias—señor Soto, agregó, dirigiéndose á Cárlos, tengo que decirle una palabra.

Los dos, seguidos de Enrique que nunca le abandonaba, pasaron á la habitacion contigua.

Indudablemente el antiguo cariño por Ruperta se habia despertado mas inmenso que nunca en el corazon del médico; pero el cariño exaltado por la terrible pasion de los celos.

—Señor Soto, dijo una vez que hubieron entrado á la habitacion; para esto no se roban mujeres.

No se asaltan las puertas del hogar donde brilla el dinero y sonrie la felicidad, para convertir en suicidas almas justas y nobles que jamás en semejanse deli o h' bieran pensado.

No se subyuga así el albedrio, no se le amarra con las cadenas del oprobio y de la vergüenza para labrar la infelicidad de los débiles y hundir las almas al abismo.

Cuando los hondos misterios de la naturaleza desatan el nudo misterioso que ata el espíritu á la materia, se cumple la ley de la existencia que nace y crece, dá su fruto y desaparece cumpliendo así la ley de su existencia; pero cuando la mano del asesino ó del suicida troncha el desenvolvimiento de esa vida—¿A qué abismo rodará aquella alma?

¿En que fosa dormirá ese cuerpo?

Precipitando pues á aquella jóven, le quitaba vd. la felicidad de que gozaba y tal vez su eternidad.

—Señor, respondió Cárlos, con un acento que penetraba como la punta de una espada, rugiendo ya en su pecho los rugidos de leon africano: Ha sido vd. llamado como médico, y como tal ha salvado la vida de esa jóven, pero tenga entendido que no nos hallamos en el dia del juicio final ni vd. es enviado por la providencia para juzgar á quien no conoce, fulminando contra ellos el rayo del castigo.

Aceptó vd. venir aquí no como hombre sinó como médico á cumplir una mision generosa que ha desempeñado; pero en nombre de lo que mas ame sobre la tierra y por el nombre de Dios, no me insulte, porque puedo perder el dominio sobre mí mismo, puede quebrarse mi resignacion, levantarse mi mano, y entónces..... ah!.....por el amor de Dios!

—Que poco pensaba vd. así, cuando bajo el tenebroso manto de la noche, cruzaba las calles solitarias y llamaba á una puerta donde la mano temblorosa de la deshonra las abria entregado al bandolero de caminos el tesoro de un hombre respetado.

Entónces no se acordaba vd. de Dios, entónces, no suplicaba como ahora, entónces ahogaba la voz de la conciencia para trozar los sagrados lazos que el tiempo habia anudado con el cariño.

Cárlos dió tres pasos, con resuelta intencion de aplastar al italiano; pero hizo un último esfuerzo sobre sí mismo y retrocedió abatiendo aquella noble frente que habia cruzado tantas veces entre el acero y bajo la metralla.

Pero el médico estaba ciego.

El amor y los celos, la rabia y la desesperacion, le habian hecho olvidar su elevado rol, le habian hecho perder el dominio de sí mismo.

La razon se hallaba en él completamente ofuscada, habiendo cedido su dominio á la espantosa pasion que se desencadenaba para producir el cataclismo.

—Ah! ladrón de honras, exclamó, alevoso asesino de infortunados seres que llevas al suicidio, si aún no ostentas la marca de los presidarios, que la del deshonor la imprima mi mano en tus mejillas, y alzando aquella la descargó sobre el rostro de Cárlos dejándole lívido como la muerte y produciendo un chasquido que pareció un fuerte latigazo, á la vez que Ruperta que habia oido desde su lecho algo de lo que se pasaba, midiendo ya el resultado sangriento que tan negra injuria pudiera tener, lanzó un horrible grito de súplica y de espanto que venia á aumentar el pavor de esa terrible escena.

XII.

¿Habeis visto el pavor de los huracanes cuando se desencadenan en la estensa planicie de los mares inmensos, y levantar sus olas y sus profundas masas hasta las mismas nubes y hundirlas luego en los hondos abismos para elevarlas despues, abatirlas y volverlas á levantar, formando ese vértigo de los elementos desencadenados que se confunden, se estrellan y todo lo derrumban?

¿Habeis sentido estremecerse la tierra bajo vuestras plantas, oscilar con vértigo espantoso, romperse en grietas, vacilar las ciudades, derribarse los edificios envueltos en el polvo y en el vapor del agua que hierve y que sube á la superficie desde las entrañas, al producirse el caos que sepulta á los hombres entre los fragmentos de las montañas que á los abismos ruedan?

Pues todo aquel furor, toda aquella fuerza, todo aquel vértigo terrible fué el que se desencadenó en el noble crázon de Cárlos al sentirse así escarnecido de una manera tan sangrienta.

Ah! exclamó con un acento indecible ¿con que confundes con la villanía la mártir resignacion que me llavaba á tí implorando tu ciencia para Ruperta?

¿Con que confundes con la villanía mi prudencia heroica que ha sofocado la ira de mi corazon ante tus injurias, ahogando la palabra en mis labios?

¿Con que confundes con la villanía mi brazo poderoso que el deber ha paralizado cuando le alzaba mi voluntad para anonadarte?

¿Tal desprecio te inspiro que acabas de cruzarme la cara?

Ah! canalla, exclamó, rugiendo ya como la pantera; á un hombre de honor lo hubiera desafiado para sepultarle en su pecho mi espada hasta la empuñadura; pero á tí, aquello seria dispensarte un honor inmerecido; y lanzándose hácia Enrique le arrebató el baston que aún tenia en la mano, cruzando con él la cara de su rival.

Una lucha terrible principió entre aquellos dos hombres.

El baston esgrimido por tan poderosa mano, iba á veces á azotar con su extremo la cabeza, el pecho y el costado de su adversario, que como ombre vigoroso y resuelto, paraba los golpes

que podia, apesar de hallarse ya limitado la defensa.

Repentinamente cayó el baston en sus manos y para ver cual quedaba con él, tiraron de una manera terrible de sus extremos.

Cedió de las manos de Cárlos, pero para quedar en poder de su rival la caña y en el puño de aquél una hoja acerada y brillante que marcó en el espacio su silueta terrible.

Hondos misterios del destino!

El envenenamiento de Ruperta le hacia buscar á un hombre á quien un abismo separaba, poniéndoselo delante, y aquel mismo hombre le provocaba de tan sangrienta manera.

El baston de Enrique ponía en sus manos en este mismo y supremo instante una arma cortadora que no habia buscado tampoco.

Hé aquí, pues, un hombre al que un encadenamiento inexplicable de sucesos y las mil combinaciones de la casualidad, ponía en el camino del homicidio.

Cárlos vió brillar en sus manos aquella arma terrible.

¿En qué momentos?

Cuando ardia aún la bofetada en sus mejillas.

Cuando su corazon hervia de coraje.

Cuando despertados en él todos los instintos del combate, era además arrebatado por el sentimiento de la venganza.

Cárlos atropelló al italiano, le desvió con el izquierdo brazo la caña del baston, y blandiendo con el derecho el estoque que en su mano brillaba lo sepultó en el pecho de su rival que no pudo evitar el golpe.

El médico lanzó un gemido, oprimió instantáneamente la herida que acababa de recibir, vaciló un momento y cayó desplomado.

Muerto! exclamó Enrique llorando sus crispadas manos á los cabellos y mirando al herido con ojos espantados.

Muerto! dijo Cárlos con acento solemne indicando al suelo, irguiendo la cabeza y abandonando la habitacion.

Muerto! sollozó Ruperta desde su lecho, dominando en su voz el arrepentimiento.

Muerto! maquinalemente volvieron á repetir los tres, no ya respondiendo á sentimientos determinados sino talvez expresando esa honda cons-

ternacion que la vista del cataclismo arranca á la muchedumbre asombrada.

Si Ruperta hubiera podido calcular las consecuencias de un envenenamiento del que acababa de salvarse ¿cómo era posible que lo hubiera intentado?

El médico italiano herido mortalmente.

Cárlos envuelto en una escena de sangre, de la que era difícil calcular sus consecuencias: ausente talvez de ella por mucho tiempo ó sepultado Dios sabe hasta cuando en una cárcel.

Tales eran las consecuencias fatales de la lijerza de una mujer.

Mientras tanto Cárlos se retiró á su casa á meditar la norma de conducta que le aconsejaran las circunstancias, y el herido fué allí colocado en un improvisado lecho donde el cirujano le prodigó los primeros auxilios.

La herida era grave pero arriesgado seria en ese primer momento determinar precisamente sus consecuencias.

Las pasiones desequilibrando su nivel, habian trastornado el órden moral produciendo el cataclismo.

Un envenenamiento: un herido: un hombre que caia bajo la accion de la justicia: tres seres que habian perdido talvez su felicidad para siempre, y todo por una sola causa que producía consecuencias involuntarias pero terribles.

¿Cuál era una de las principales víctimas?

Cárlos!

Cárlos, que movido por el mas grande y noble sentimiento habia llamado á las puertas de su rival donde antes de salir habia ya padecido hondamente su amor propio.

Cárlos, que habia tenido que suplicar, que doblar la rodilla.

Que habia tenido que soportar toda clase de torturas hasta el extremo de ver su cara deshonrada.

Que la fatalidad le habia puesto delante un hombre á quien no habia buscado con premeditacion, armando tambien la misma fatalidad, su brazo en el instante de la lucha.

Una fuerza estraña, inexplicable, maldita, desviaba su brazo de su eterno objetivo—la defensa de la patria.

XIII.

Cárlas conmovido hondamente por una sucesion de escenas inesperadas que se habian desenvuelto en una sola noche, descargándose sobre su cabeza como la tempestad, necesitaba tener reposo, meditar, darse cuenta, en fin, de aquel drama donde involuntariamente habia sido actor, y que habia producido en unas pocas horas acontecimientos tan graves y terribles que muy pocas veces en tan breve tiempo presenta la vida del hombre.

La casa de Ruperta, improvisado escenario de sangre donde todo ello habia tenido lugar, no era ya para él, aquel nido de amores y de felicidad, aquel jardin misterioso donde su alma habia sentido los santos perfumes de los tiernos afectos, á cuya blanda aroma se habia adormecido tantas veces, soñando en el bien supremo para sí y la libertad de la patria; la atmósfera de aquel sitio era ya pues para él, cargante, sofocante; tenia en sus ondas, recuerdos tenebrosos. Era necesario renovarla.

Salió de allí, penetró en su casa y se dejó caer en la butaca que delante se hallaba de su escritorio.—Hacia muchas horas que no tomaba asiento.

Que bella y que tranquila pareció á su espíritu aquella mansion solitaria!

No se escuchaba en ella ni el vértigo de la danza, ni cruzaban mujeres bellas y embriagadoras, ni los perfumes de las flores y las esencias esparcian su aroma.

En ella no existia sino el culto de la familia y de la patria representado por mil objetos que adornaban las mesas y entapizaban las paredes.

Aquel ambiente que se respiraba allí, solitario y tranquilo era el primer bálsamo que venia á mitigar las grandes agitaciones pasadas por el jóven, que apesar de su carácter de acero le habian impresionado hondamente.

A las once de esa misma noche habia salido para el baile; en él habian tenido lugar las escenas que hemos descrito; en seguida lo habian llamado á consecuencia del envenenamiento de Ruperta, que como consecuencia fatal produjo el sangriento lance con el italiano.

Cuántos extraordinarios acontecimientos en tan breves instantes!

Cárlas dejó caer su cabeza entre ambas manos,

sin notar siquiera que su bujia ardía aún sobre su escritorio y los primeros rayos del alba asomaban por la ventana transparentando los cristales por entre el ramaje de los árboles.

Aquella primera luz de la rosada aurora que á dar nueva vida venia á la naturaleza, madre y nodriza del hombre, tambien venia á renovar su pasado con el bálsamo mitigador del tiempo.

Lo que hace pocas horas que acontece se siente siempre con intensidad; pero lo que ayer ha acontecido ya entra en el periodo del consuelo. Muchos misterios del pasado que han caído bajo el manto de la primera noche de su tiempo!

Así las horas principiaron á transcurrir y los dos sucesos de la noche, el envenenamiento de Ruperta y el lance de Cárlas, empezaron á circular por todo el pueblo.

Cada cual referia el asunto á su manera, cada cual á su modo, acusando algunos á Ruperta de la ligereza mas disparatada, otros al médico italiano por haber infamado á Cárlas, no faltando quien creyera que el jóven no debiera herir á su rival sino desafiado, á lo que se respondia que evitar el primer movimiento de indignacion no estaba en mano del hombre.

De confiteria en confiteria, de tienda en tienda, de casa en casa, de almacen en almacen, él iba rodando en alas de la curiosidad y de la maledicencia.

En un grupo formado en uno de los ángulos de la plaza se discutia el asunto á grandes voces, pues si era conocido Cárlas, mucho mas lo fuera el médico italiano, en circunstancia que por allí acertaba á pasar un paisano, jóven, en un bien aperado caballo, que al oír el nombre de Soto se detuvo repentinamente.

Con una atencion profunda y pensativa que nadie hubiera reparado en su modesta apariencia, escuchó la conversacion y todos los episodios de la escena en sus mas minuciosos detalles.

Cuando llegó el narrador que llevaba la palabra á la escena de la bofetada, á la indignacion que tal injuria produjera en el ánimo de Cárlas, que éste se lanzara al baston, que saltara la vaina, que brillara la hoja y espulmada fuera en el pecho de su rival, el espectador que á caballo se habia detenido lanzó una exclamacion, preguntó en la esquina el domicilio de Cárlas, y se lanzó á él á todo lo que daba su caballo, llegó

allí, lo detuvo en la puerta, y no usó del estribo para descender, sino que lo hizo dejándose caer como acostumbra los paisanos atando el cabestro en el poste y penetró á la casa resueltamente y sin llamar.

A pesar de ser las ocho de la mañana, Cárlos permanecía mas ó menos en la posición que lo hemos dejado, pero mirando por el vidrio de la ventana al paisano que de tan inusitada manera penetraba en su casa, se levantó resueltamente de su escritorio, abrió la puerta y le interrogó por el motivo que así le hacia penetrar en la casa.

—Ya lo sabrá, señor, dijo el paisano, si vd. me lleva á presencia de don Cárlos Soto.

Como la voz tuviera un acento de súplica, Cárlos hizo pasar adelante al desconocido, diciéndole que podía hablar pues él era en persona á quien buscaba.

Entonces la voz del paisano no vibraba ya con acento de súplica sino con el de la mas profunda emocion cuando le dijo:

—El año de 1868, las calles de este pueblo presentaban el aspecto de la mas honda desolacion. El cólera, el terrible cólera, arrazaba la República Argentina, devastando hasta la misma pampa donde caian los troperos como heridos por un rayo, del pértigo de las carretas, del recado de sus caballos, allí espiraban hinchados y desfigurados, dando asco hasta á los mismos cuervos sus cadáveres.

Se afronta el duelo con el enemigo franco que por dar la muerte se espone á perder la vida; pero ¿cómo defenderse de aquel fantasma invisible que hiere por la espalda y desde las tinieblas?

Los millares de muertos que deja á retaguardia aumentan el pavor no ya de los atacados sino de los mismos buenos que llegan en medio de su espanto hasta enterrar vivos á los moribundos.

El pavor de este pueblo fué igual al que bajo la epidemia dominaba en todas partes—continúo el paisano—y en medio de esa consternacion pública, un hombre de alma noble dirigió una convocatoria al vecindario y organizó una comision de socorros para los desvalidos.

Al llegar aquí el paisano miró fijamente á Cárlos y agregó:

—Vd. conoce don Cárlos á ese hombre noble.

En esas circunstancias, siguió el paisano, el temor era tan grande que los padres abandonaban á los hijos, los hijos á los padres, los amigos á los amigos así es que se vieron casos que solo el recordarlos contrista el alma.

Pues bien, en un triste rancho, habia una paisana, que asistió á su marido que atacado por la epidemia pereció á los pocos dias.

Al fallecimiento del padre, siguió el del hijo mayor, al del hijo mayor el de la hermana, y así se acabaron los deudos de esa infeliz familia sin mas

asistencia ni socorro que el proporcionado por la infeliz anciana.

El dolor y las privaciones, la ausencia de toda clase de recursos, hirió tambien de muerte á la pobre madre que á los pocos dias espiraba sin haber existido manos cristianas que apagaran su sed ni recojieran su mirada postrera.

La comision recién organizada y á la que pertenecia aquel hombre, conoció estas tristes desventuras y se trató de buscar quien penetrara al rancho donde permanecia el cadáver insepulto y donde la negra muerte habia establecido su reinado.

Los carreros tuvieron pavor, los peones del pueblo; no habia un sér humano que quisiera afrontar las consecuencias terribles de llegar á ese sitio donde heria de muerte la epidemia á todo el que lo pisaba.

En vista de esa dificultad terrible, del grave suceso se dió cuenta á la comision

Todos escuchaban conmovidos la relacion de infortunio tan grande; pero uno de sus miembros, de alma tal vez mas heroica ó mas temeraria que todos, exclamó:

—Si no hay quien vaya á dar sepultura á esa desgraciada, iré yo y arrojaré un puñado de tierra á sus despojos.

Si el mayor asombro de todos siguió á las palabras que este ángel acababa de pronunciar, aquel fué mucho mayor cuando le vieron tomar un carro fúnebre, colocar en él un ataud, y á todo lo que daba el caballo dirigirse á la puerta del rancho de la fallecida donde antes de penetrar lo depositó en el suelo colocando al lado su tapa.

Aquel hombre esforzado, animado por el espíritu de Cristo, penetró al rancho, tomó en brazos al cadáver de la cólerica, y en medio del asombro de todos los que á la distancia presenciaban el hecho, colocó al cadáver en el cajon, le clavó la tapa, á costa de grandes esfuerzos lo subió hasta el carro, se dirigió al Campo Santo y le dió sepultura.

Al llegar aquí, el paisano se detuvo un momento porque la emocion lo ahogaba, tomó aliento y continuó.

—Aquel hombre era don Cárlos Soto!

Aquella mujer era mi madre!

Yo me hallaba fuera de aquí cuando aquella inmensa desgracia y aquella heroica accion tenían lugar; pero al fin regresé á mis pagos, lo supe y aguardé el momento de cancelar aquella deuda que para toda la vida empeña mi gratitud.

Ahora ha llegado el momento de hacerlo: tengo dos magnificos parejeros, sálvese señor.

Conozco la desgracia que en este momento le agobia: ¡vamos de aquí, yo le acompañaré hasta donde vd. quiera.

Cárlos agradeció su ofrecimiento al noble paisano diciéndole que aquella accion ni quie-

ra ya la recordaba y la había llevado á cabo en cumplimiento de un sagrado deber; pero que por el contrario, pensaba presentarse á la justicia fuesen cuales fuesen las consecuencias de ese paso.

Así sucedió efectivamente, y á los pocos días, Cárlos, el noble y bravo Cárlos, se presentaba á las autoridades de ese pueblo, era trasladado á la cárcel de Mercedes, y pasado de allí á la de Buenos Aires y alojado en un calabozo.

Mientras tanto, el Dr. Gallardino, que así se llamaba el herido, se asistía con todo cuidado en casa de Ruperta, donde su colega y sus amigos le dispensaban toda clase de cuidados.

La herida siguió varios días ofreciendo un estado de bastante gravedad, hasta que al fin al enfermo le declararon fuera de peligro, cuya noticia fué recibida por Cárlos, aunque desde su prision, con la mayor alegría.

Una vez que el Dr. Gallardino pudo abandonar el lecho, se hizo trasportar á su casa donde acabó de restablecerse y quedó completamente sano.

Ruperta curó completamente de su fatal envenenamiento que solo sirvió para producir tan irreparables desgracias, viéndose por ellas privada de Cárlos y de su primer amante que nunca jamás volvió á preocuparse de ella.

XIV.

Carlos fué alojado en la antigua cárcel de esta ciudad, que como se sabe se hallaba entónces en los patios interiores del Cabildo, creyendo que dadas las circunstancias atenuantes de que se hallaba rodeado el hecho, su libertad bajo fianza no se haría esperar.

Pero, las proberviales demoras de los tribunales, en un país como el nuestro donde las cuestiones judiciales se eternizan, principiaron á fastidiarle.

Se estableció contra él una reclamación de quinientos mil pesos por daños y perjuicios; de manera que como en el *Callejon de Ibañez* se comprendió que el asunto era de dejar dinero, nadie se preocupaba de activarlo, á escepcion del interesado.

Carlos no había tratado de evadir la intervención de la justicia, pero viendo los procedimientos de esta, interminables, resolvió poner mar de por medio entre él y sus perseguidores.

Al efecto había llegado de Montevideo un jóven compatriota é íntimamente amigo de Carlos, con el propósito de salvarlo ó perecer en la demanda. Reservamos el nombre del jóven en cuestión por la responsabilidad que tomó en la evasión de su amigo.

En aquella fecha los detenidos no se hallaban guardados con las precauciones de hoy, pues además de no existir la Penitenciaría, el Cabildo carecía por completo de las seguridades de una cárcel, á tal punto, que además de las evasiones en masa de presos que tuvieron lugar en sus últimos tiempos, con frecuencia los presos fugaban por las casas contiguas que se hallaban situadas en la calle de Rivadavia.

Por otra parte, se había hecho moda visitar á los detenidos, dos dias á la semana, y la entrada y salida de personas era frecuente hasta horas avanzadas, pues tambien allí se hallaban los presos políticos.

Todo ello venia á favorecer el plan de Carlos como se verá.



En uno de los calabozos contiguos al que servía de prision al héroe de esta historia, se hallaba detenido un jóven y el cual en breves dias debía salir en libertad.

El amigo de Carlos trabó íntima relacion con él pidiéndole que le ayudara á salvarlo.

No tuvo inconveniente el jóven, pues el tambien á los pocos dias saldría en libertad, de modo que se convino en el siguiente plan:

Entre los visitantes del vecino de Carlos, concurrirían dos clérigos varias veces, que no serian otra cosa que amigos disfrazados de tales para secundar el plan.

Si la visita de los tales se llevaba al calabozo de Carlos, la cosa podia infundir sospechas, pero yendo éstos á la prision del que muy pronto debía verse libre, nada se estrañaria, y así Carlos podia pasar en un momento dado al cuarto de su amigo, disfrazarse, salir á la calle y verse de esta manera en libertad. El que dejaba su traje para que Carlos lo tomara no podia llamar la atencion, pues no siendo detenido, como no lo era, nadie podia disputarle el paso en caso de que se apercebieran de la falta del preso.

Uno de los últimos juéves del mes de aquella fecha y habiendo sido de antemano preparado el terreno con la presencia de los dos clérigos que varias veces habían concurrido ya al calabozo contiguo al de Carlos, este pasó á él y cambió precipitadamente de trage, saliendo acompañado del otro cura, entre la masa de la concurrencia que al caer la tarde se retiraba. Nadie notó en el Cabildo la falta de Carlos y hasta la fecha han permanecido ignorados los verdaderos medios que éste empleara para la evasión.

Una vez que el jóven se vió libre, tomó un carruaje y se dirigió á casa de su amigo, donde adoptaria otro disfraz, que le hiciera pasar desapercibido en el muelle por donde tenia que cruzar á tomar un bote que le esperaba atado expofoco en las escaleras, en el cual se dirigiria á balizas estiores donde le aguardaba un pailebot que lo recibiria á su bordo para conducirlo á la Colonia.

Una vez llegado Carlos á casa de su amigo adoptó el trage de marinero que era el que mas se adaptaba para la escurion.

Así sucedió efectivamente, y una vez que Carlos hubo cambiado de disfraz se dirigió á la calle, solo y á pié, pues no era hombre de perder tiempo.

La noche principiaba á envolver con sus sombras las calles de Buenos Aires, y el viento de

Sud Oeste, huracanado, soplaba amenazando refrescar de una manera alarmante.

Cárlos en su traje de marinero, cruzó la ribera por entre soldados de la capitania del puerto que se hallaban de guardia.

Su porte era tan natural y con tal gallardía llevaba aquel traje que ninguno de ellos sospechaba la metamorfosis del personaje. Efectivamente, su zapato bajo y bien lustrado, no desdecía en nada con su pantalon blanquísimo y reluciente, cuya cintura hallábase rodeada por una oscura faja que sostenía la característica navaja y su sombrero echado hacía la espalda, donde sus largos cintas se destacaban del fondo de su camiseta blanca (de punto que ceñía su cuerpo cruzada de bastones azules del ancho de media pulgada).

Cárlos poseía el inglés perfectamente cuyo recurso le permitía salir del paso á las mil maravillas, en caso de una interrogacion inoportuna. Tal seguridad llevaba consigo, que su paso no era ni ligero ni pausado. Era sin disputa un consumado coira-maestre. Pisó por fin el muelle de pasajeros, y siguió hasta sus primeras escaleras á cuyo extremo se hallaba amarrado un pequeño bote de dos remos, al que saltó como hombre de mar avezado á estos trances. Largó por fin y empuñando los remos con mano vigorosa hizo rumbo al Este entonando uno de aquellos cantos que caracterizan los marineros.

En medio de aquella cancion marinera, que estudiadamente pronunciaba su labio, nadie hubiera creído que distintos eran los pensamientos que agitaban su alma al dejar tal vez para siempre á Buenos Aires, y en él un pasado que seguramente nunca olvidaría.

Ruperta se presentaba á su imaginacion llena de belleza y de cariño, pero la poderosa voz de su conciencia la rechazaba levantándola ante sus ojos como causa única de todas sus desgracias, por su imperdonable ligereza. Entónces, la imagen de la patria lo dominaba todo, proponiéndose Cárlos vivir absolutamente para ella. Mientras tanto arreciaba el viento, el rio levantaba sus olas en cuyas crestas rizadas se balanceaba el pequeño bote para hundirse en el descenso de las ondas como si rodara en los abismos. La noche cerraba y era casi imposible distinguir el camino para todo el que no fuera un consumado hombre de mar; mientras tanto Cárlos se dirigía casi sin rumbo, pero seguía adelante, y el bote impelido por sus poderosos brazos hundía la proa cortando la marejada.

Por fin, la vista de un pailebot que parecia hallarse á la capa, como en la espera de algo, llamó su atencion. Era, que el buque lo habia divisado antes que él lo notara y le salía al camino, para abreviarlo.

Una voz se escuchó de abordó, potente y vigorosa que pronunciaba su nombre, por lo que ya no tuvo duda de que sus salvadores se trataba.

Ambas embarcaciones se aproximaron, hasta donde era posible para no chocar por la fuerte marejada, y del pailebot le fué arrojado un cable, por el que Cárlos subió abordó del buque con la destreza de un acróbata.

Eacusado es decir, que simultáneamente dos vigorosos marineros se descolgaban á la vez para izar el bote, aunque no era de ese buque. Un hombre de mar, por mas apurado que se vea jamás pierde un elemento de la navegacion, solo cuando de alijerar se trata por ser indispensable para salvar la vida. Terminada aquella maniobra el pailebot hizo rumbo á la Colonia llegando allí á las pocas horas; pues como el viento era fresco del Sud-Oeste el viaje fué cuestion de unas cuantas bordadas, como se dice en el lenguaje de los marineros.

Al romper el día Cárlos desembarcaba en la Colonia, pisando despues de muchos años la tierra de su patria.

Aquellas murallas derruidas, recuerdos lejanos de la independencia que los siglos no han podido aún desvanecer, traian á su memoria las primeras manifestaciones de virilidad de un pueblo que habia de ser inmortalizado muy luego por las mas heroicas epopeyas.

— Grande es tu porvenir, patria mia, dijo Cárlos, así como el de la República Argentina, y apesar de la errada creencia de muchos inasensatos que piensan que la ruina de Montevideo conviene para la prosperidad de Buenos Aires, y la devastacion de la capital portaña al engrandecimiento de la primera ciudad oriental.

De lamentarse, es á la verdad, que semejantes estúpidas ideas, hayan podido hacer camino entre limitado número de ignorantes que desconocen las verdaderas causas del progreso.

La prosperidad de ambos paises, la poblacion de ambas ciudades elevadas siquiera á seiscientos mil habitantes, podrian alimentar recíprocamente compañías de primer órden de navegacion, como las que enlazan las primeras ciudades norte-americanas que recorren su trayecto á toda hora del día como de la noche y llenas para el viajero de las primeras comodidades. Se establecerian en ellas líneas de ferro-carriles que suprimieran en lo posible el mar y que llegaron hasta Pernambuco punto de partida de los vapores á Europa.

La riqueza de dos poblaciones próximas de tal importancia, seria tal, y habria producido tan grandes capitales pecuniaros, que ellos por sí bastarian á la realizacion de las mas grandes empresas, evitando así la forzosa necesidad de recurrir á capitales europeos.

Una poblacion radicada de seiscientos mil habitantes en cada ciudad, daria una poblacion flotante de muchos miles de viajeros, que darian vida á los hoteles, á las diversiones, á los paseos públicos.

La prosperidad recíproca y colosal de las dos

ciudades del Plata, Dios sabe á que grandes destinos llevaria á estos paises que entónces si podrian ser rivales de la América del Norte.

Es preciso combatir, continuaba Cárlos arrebatado por el entusiasmo, tan erroneas y tan inicuas ideas, como es la creencia insólita de que la ruina de un pueblo pueda convenir á otro próximo, doctrina que solo puede haber surgido de los únicos interesados en mantener sumidos á estos pueblos en la ruina, en la ignorancia y en [el odio—los caudillos ladrones de la fortuna privada y de las libertades públicas—de esos matadores del pasado—de esos homicidas del porvenir.

La prosperidad de uno muy luego se convierte en el bienestar de varios que llega á ser algun día la felicidad de todos; pero ¿á qué insensato puede convenir la ruina del vecino?

Si hubiera alguno se podria pensar que seria un tirano.

Entregado á tan nobles pensamientos Cárlos recorrió las calles del pueblo, el cual, como todos los de campo con sus calles abandonadas, sucias llenas de piedras esparcidas que destrozan los piés y son rompe-cabezas por las noches, da idea de lo mucho que las municipalidades se preocupan de su engrandecimiento.

Se alojó en una modesta fonda, á dar tiempo que allí hiciera escala extraordinaria un vapor de la carrera del Paraguay mandado por un capitán amigo, que iria espresamente para tomar á su bordo á Carlos y llevarlo hasta la Asuncion.

El vapor no se hizo esperar, llegó á los pocos días, y tomando á Cárlos siguió inmediatamente

para su destino, cruzando el Río de la Plata, y entrando en aguas del caudaloso Paraná.

Una vez pasadas las primeras islas, y al acercarse á aquella ciudad [enterreriana, las soberbias barrancas principiaron á presentarse ante el viajero asombrado, pareciendo un átomo el buque que perdía sus palos en sus hondas profundidades.

—Cuanta riqueza! dijo Carlos al capitán, la de la República Argentina.

El arbolado de la costa que llevamos á la izquierda muy bien podria suprimir la madera que en cantidades enormes se introduce del extranjero dando además trabajo á millares de brazos y empleo á muchas industrias que se aplican á su corte.

Las soberbias barrancas de la derecha, continuó, son magníficas calares, cuyas tierras son las mejores que se conocen para la vid que fácilmente podria dar regadio el río, obteniéndose así de solo esta zona, no solo vino para el consumo de las provincias de Entre-Ríos, Santa-Fé, y Buenos Aires, sino para la esportacion en grandes cantidades. Y tenga usted presente que los buques de alta mar no tendrian mas que acercarse á estas barrancas para llenar sus bodegas con centenares de pipas.

—Vea Vd., respondió el capitán ¿quién diria hace algunos años que de la América saldría el primer vino del mundo? Pues yo he catado el vino de California y puedo asegurarle que no hay néctar igual en todo el mundo.

—Hombrel respondió el [viajero ¿si tuviera vd. aquí una copa me comprometería á darle mi opinion.

En estas y otras pláticas transcurrieron los días de una navegacion llena de mil atractivos que deleitaban verdaderamente el alma.

Muchos equivocadamente creian que Cárlos padecía de nostalgia, porque en aquellas soberbias tardes no habia poder humano capaz de arrancarlo de la borda del buque.

Efectivamente, él contemplaba uno de aquellos espectáculos únicos en la naturaleza. La puesta de sol al través del agua y del ramage.

Aquellos árboles seculares que en una profusion incalculable poblaban las costas, doblaban muchos de ellos su rizada cabellera en las aguas mansas y tranquilas, inmenso espejo de los cielos azules que en ellas sus luceros retratan.

El azul de los cielos, el verde de los inmensos arbolados, el reflejo del último rayo del sol resplandeciente, todo en las caudalosas aguas funde su colorido produciendo una resultante jamás soñada.

A todo ello se reúne la embalsamada fragancia de las plantas, pues los enormes bosques de naranjos cuando se hallan en flor esparcen el aroma de sus azahares á muchas leguas de distancia.

El buque, sin producir el menor movimiento zurca este lecho blando, se desliza por el arco iris de este cristal que tantas y tan variadas bellezas retrata.

Entónces, y en esta plenitud de bellezas que los ojos y los sentidos embargan, el corazón del viajero se levanta al cielo buscando la causa eterna que ha producido bellezas tantas en esta hermosa vida á quien los pobres de espíritu llaman valle de lágrimas.

Otras veces, los yacarés dormidos en las costas, ó los carpinchos que corren por ellas y se sumergen, vienen á dar atractivo al viaje, ó las bandadas infinitas de patos nadadores que en las de la corriente se deslizan.

Entónces, los que piensan que las demas razas, hermanas en Dios y en la Creacion, deben ser inmoladas por el hombre á su falaz diversion, toman el revólver ó la escopeta y dejan sin vida al inocente animalillo que allí gozaba tambien de la naturaleza.

Leyendo unas veces, cazando otras, como se ha podido ver y charlando las mas, los viajeros llegaron al primer punto del Paraguay—Humaitá.

XVI.

La hermosa plaza del campamento general paraguay, cuyos cuatro extremos se hallaban adornados por anchas calles de naranjos, y á cuya parte Este se levantaba su iglesia en mejores tiempos para aquel pueblo sacrificado en aras de un déspota, ya no ofrecia aquel golpe de vista especial. Los grupos de soldados no la rodeaban por todas partes, ni se veian en ella las graciosas mujeres del pueblo vendiendo cigarros, naranjas, miel y mil frutas que se producen bajo su clima ardiente. El movimiento relativamente importante de su desembarcadero era casi nulo, pues ya no se veian allí los muchos vapores que antes permanecian anclados, cargando frutos ó descargando artículos de consumo para sus pobladores.

La iglesia casi derrumbada por la metralla del ejército aliado era un testigo mudo, pero elocuente de la tragedia sangrienta que habia tenido lugar donde desapareció un pueblo sud-americano inmolado en una guerra injusta y sin cuartel por el tirano mas siniestro que presenta la historia, de estos desaventurados paises de raza española donde los opresores han hincado la garra desde la independencia hasta nuestros dias.

Sus calles simétricas de árboles habian casi del todo desaparecido y los pocos que existian presentaban un aspecto desconsolador.

Las campanas de la iglesia habian enmudecido. Su inquieto peldañó no repicaba alegremente.

Aquella infinidad de cañones que coronaban las barrancas de la entrada siguiendo la línea de las infinitas vueltas del río, no mostraban las siniestras bocas asentadas contra el pecho del viajero que pasaba sobre la cubierta del buque.

Con los árboles, con los cañones, con los bastiones de la iglesia, con cientos de miles de víctimas incluso su misma madre, el opresor y el monstruo habia caído devorado por los cuervos y los gusanos!

Pobre Paraguay!

La historia de la humanidad no presenta otro caso igual de infortunio.

Víctima primero de los conquistadores, fué presa despues de los jesuitas, para sufrir en seguida la dominación de Francia, que sucedió por Lopez, pasó al poder de Lopez Solano

que despues de aniquilarlo y hundirlo en los presidios acabó en los campos de batalla hasta el último de sus hijos.

Los viajeros fueron tristemente impresionados por aquellas ruinas que en su espíritu levantaban todas estas reflexiones, así es que á los pocos momentos, regresaron abordo y continuaron su viaje para la Asunción.

A medida que se internaban en el norte, la naturaleza era mucho mas agreste, principiando á verse á poca distancia de la ribera cerros cubiertos completamente por la vegetación, levantando en su cumbre árboles seculares.

Las márgenes del río, llenas de una verdura densísima, eran ya allí absolutamente inaccesibles al hombre.

En su variado paisaje, veianse grutas caprichosas formadas por las enredaderas que tendian su red envolviendo el esqueleto de colosales árboles que los siglos habian secado, formando allí el regazo de la feroz pantera.

A poco de lo que llevamos referido los viajeros llegaron á la Asunción, en cuyo punto el río Paraguay se ensancha formando una especie de ensenada.

A unas diez ó doce cuadras de la ribera se halla aquella ciudad de fisonomía completamente indígena como la mayor parte de sus pobladores.

Las calles carecen de empedrado; pero la arena de su piso es gruesa y casi roja en muchas partes, así es que cuando llueve no se produce el fango, corriendo el agua por el declive natural del suelo.

Su baja edificación ofrece apenas en todo el pueblo cuatro ó cinco casas de altos, y muchos de esos edificios enseñan en sus frentes el ladrillo descubierto, lo que les dá una vista completamente roja, pues es el color que predomina en aquella tierra con que han sido formados.

La mayor parte de las casas carecen de zaguán, de manera que directamente de la calle se penetra á la primera habitación de la cual se sale al primer patio; de manera que algunas veces cuando las familias reciben de etiqueta, suele parar la sirvienta por medio de los visitantes, que regresa de la calle con alguna encomienda ó que vuelve de algún recado.

Las puertas, las ventanas, como los muebles

de baqueta, muy generales allí, dan idea de los primeros tiempos de la conquista que sorprendió una población indígena que los jesuitas y los tiranos conservaron en la barbarie para sacrificarla en los campos de batalla.

Los paraguayos son hombres bondadosos y pacientes que sus verdugos han convertido en mártires.

Las paraguayas profundamente apasionadas son mujeres del mérito primitivo que adornaba en su origen la raza humana. Sencillas como verdaderas palomas, tienen la mansedumbre del cordero, el arrullo de la tórtola; un conjunto en fin de tan cándida simpatía, mucho mas poderosa para subyugar que todas las artes del encanto.

Tales fueron las primeras impresiones que de aquel país recibiera Carlos.

Las escasas familias que habian salvado al cataclismo, pues, como se sabe, Lopez en sus últimos momentos todo lo esterminaba, recibieron al jóven estrangero con el agasajo de espiritus de tan sencilla bondad.

A los quince dias de residencia era conocido y estimado de todos, pues allí se aprecia sobre manera un carácter noble y franco como era el del jóven oriental.

Muy pronto sus relaciones se hicieron estensivas á los primeros hombres del país, los cuales manifestaron de una manera inequivoca sus deseos de darle una decidida proteccion.

Soto estudió el Paraguay, sus productos, las necesidades primordiales de su comercio, descubriendo muy pronto que el establecimiento de un Banco era una necesidad reclamada imperiosamente.

En vista de ello formuló un importante proyecto para la fundacion de una casa bancaria, el cual fué sometido á la aprobacion del gobierno y de la Asamblea.

Muy luego la concesion le era acordada, y el jóven emigrado se hallaba en posesion de una empresa que representaba un verdadero porvenir.

Al efecto escribió desde el Paraguay á Buenos Aires y Montevideo exhortando á varios de sus amigos para que tomaran acciones en la empresa y colocaran en esas dos plazas las restantes para la reunion de todo el capital.

Muy pronto deberian ser lanzadas las acciones en los mercados de Buenos Aires y Montevideo, cuando Soto recibió una carta de uno de sus mas íntimos amigos donde se le participaba que su partido se iba á lanzar á la revolucion contra el gobierno del General Baille y que se contaba con él como uno de los primeros y mas valiosos elementos.

Esta carta le produjo tal impresion que cambió radicalmente sus propósitos, pues cuando se trataba de su partido y de su patria, para Carlos no existia familia, felicidad, ni riquezas capaces de sustraerlo del campo de batalla.

Resolvió pues abandonarlo todo, renunciar al soberbio porvenir que el Paraguay le ofrecia, y vender la concesion del Banco para ceñir la divisa del revolucionario. Efectivamente escribió á personas acaudaladas de Buenos Aires ofreciendo la concesion, y demostrando de una manera innegable que el establecimiento de un Banco en la Asuncion era uno de los mas brillantes negocios que se pudiera ofrecer á la especulacion. Algunas cartas se cambiaron al respecto y al poco tiempo una persona altamente colocada en esta ciudad se trasladaba al Paraguay á conferenciar con Carlos.

Estas conferencias dieron por resultado la venta hecha por Soto de la concesion en la suma de cuarenta mil patacones. Soto con ella se consideró feliz, pues le permitia ayudar pecuniariamente á su partido en la guerra á que se iba á lanzar.

XVII.

¿Qué pasaba mientras tanto en Montevideo?

El gobierno del General Flores había sido sucedido por el del General D. Lorenzo Batlle, el cual, dejándose llevar tal vez por exageraciones de partidismo, puso á la cabeza de los departamentos personas que perseguían sin cuartel á sus adversarios políticos, error gravísimo que tenía que encender nuevamente la guerra civil, en un país que por el contrario precisaba una política tolerante y reparadora que cicatrizará sus antiguas heridas abiertas en luchas tan sangrientas como interminables.

Estas ligeras apreciaciones que haremos sobre los partidos orientales serán por otra parte precedidas de una absoluta imparcialidad, porque creemos que ha llegado ya el momento que cese entre los orientales aquellos antiguas é infundadas denominaciones que los dividían, uniéndose con el vínculo del amor á la patria para combatir el asesinato erigido como sistema de gobierno que ha levantado sus patibulos detras de los muros de los cuarteles para deshonor de aquellas armas que brillaron siempre con todo valor.

Las palabras *blanco* y *colorado*, deben ser arrancadas de las banderas de sus partidos, para ser substituidas por estas otras: *patria* y *justicia*.

Patria, para que sus verdugos no lleven sus armas á hacer causa comun con las de los esclavos, sirviendo con ellas los intereses de sus mayores enemigos y conquistadores para volverlas despues contra la causa de la República en el Rio de la Plata.

Justicia, para que los hombres de Estado dirijan sus altos destinos y no los mas alevés asesinos que arrastrar debieran las cadenas de los presidiarios.

Las grandes desgracias como la suprema felicidad es causa de la regeneracion de un pueblo.

Que venga pues la regeneracion de nuestros hermanos, bajo la bandera que vá á combatir contra el asesinato, contra el robo, contra la traicion á la patria, que entrega su suelo al extranjero, y pretende volver sus armas contra la causa de la república en el Plata, que va á combatir contra el cepo colombiano, y la tortura aplicada á infinitos desgraciados: contra el buitre que devora las entrañas de Ledesma y lo sepulta,

palpitando aún, bajo las aguas del Uruguay!

Que venga pues la regeneracion política de nuestros nobles y bravos hermanos. Será el abrazo de union de todos los partidos para dar por tierra no ya con los déspotas, sino entregar al brazo de la justicia ordinaria al asesino Máximo Santos, reclamado desde la tumba por Carlos Sotos, por Mayada, por Frenedoso, por Sarracina y Caballero; por trescientas y tantas víctimas que son las que se calculan rindieron la vida bajo los golpes de su alevoso puñal. Pero volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

La mayor parte de los jefes políticos de los departamentos, segun el testimonio de respetabilísimas personas que nos sirven de fuente, cometieron toda clase de abusos bajo el gobierno del general Batlle.

Si en todas partes del mundo las persecuciones políticas son terribles, ellas son mucho mas fatales en países chicos como el vecino y en la campaña donde el hombre decente es entregado al gauchage armado de los caudillos que cometen en su persena y en sus propiedades toda clase de excesos.

Los adversarios que entónces tenía el gobierno eran numerosos, así es que el descontento principió á cundir, el cual se revelaba de todas maneras.

En Montevideo se organizó un centro vigoroso revolucionario que empezó á organizar secretamente los elementos en la campaña para lanzarse á la revolucion, y una comision se trasladó á Entre Ríos á tener una conferencia con el general Aparicio que debería ponerse á la cabeza del movimiento.

El jefe blanco acogió con alegría á los comisionados, y se resolvió preparar caballadas, hombres, armas y dinero, todos los elementos en fin que hace indispensable la guerra, los cuales al poco tiempo se hallaban reunidos.

Al poco tiempo de lo que vamos refiriendo, el general Aparicio invadía el Estado Oriental al frente de numerosas fuerzas reunidas en la frontera de Entre Ríos, las que recibieron la incorporacion del paisanaje que habia secretamente ido reuniendo en los departamentos y la noticia de la invasion fué recibida por Carlos en el Paraguay.

Lo primero que hizo allí fué reunir secretamente todos los elementos bélicos posibles como ser armas y municiones.

Al efecto compró no pocos fusiles que la guerra habia dispersado en algunas casas particulares, y armas blancas, y encajonándolas cuidadosamente despachó como mercaderías para la la República Argentina (provincia de Entre Ríos), donde las recibiría un empleado de aduana su amigo que protegía la revolucion, para hacerlas pasar mas tarde al campo de los revolucionarios.

Cárlos tomó el vapor de la carrera y se embarcó para Buenos Aires.

El viaje aguas abajo no ofrecia yá para él los atractivos del de subida, pues su pensamiento venia profundamente preocupado de los acontecimientos políticos—la revolucion.

Si su partido triunfaba el creia que su patria seria regenerada por completo y que se veria libre de la influencia de los caudillos los cuales tarde ó temprano tenian que hundirla irremediabilmente en el caos.

Llegó pues á esta ciudad donde desembarcó secretamente para preparar así mejor su incorporacion á los revolucionarios.

Aquí Soto, y como siempre á sus espensas propias, hizo un acopio mayor de armas que remitió á Entre-Ríos usando del mismo procedimiento que en la Asuncion.

Su casa en el acto se improvisó en un centro permanente de conspiracion que se puo en comunicacion no solo con el comité que aquí existia, sino también con el mismo general Aparicio y los elementos que seguian organizándose en Entre-Ríos para seguir la incorporacion paulatina.

Mientras tanto, el movimiento iniciado por el general Aparicio era eminentemente popular entre sus afiliados.

Los paisanos abandonaban sus casas y se presentaban al caudillo con caballo de tiro; pero como hacia poco habia tenido lugar la guerra del Paraguay, el gobierno del general Batlle contaba con elementos regulares de las tres armas que organizaba á toda prisa para poner en juego. Montevideo era declarado en estado de sitio, todo lo cual presagiaba una guerra sangrienta y sin cuartel cuya terminacion no era fácil predecir.

Quinteros! decian los colorados!

Paisandú! respondian los blancos; y mientras tanto estos rencores, y estos hechos de partido solo han servido para engendrar los monstruos que levantaron el patíbulo en los cuarteles como único sistema de gobierno.

Aquellas palabras pues, tradicionales en la desgracia de un gran pueblo, deben desaparecer para siempre bajo el abrazo de todos los partidos armados para la redencion de la patria y el escarmiento de sus verdugos.

XVIII.

El 15 de Octubre de 1870, Carlos Soto se embarcaba en el muelle de Buenos Aires para la Concepcion del Uruguay donde se hallaba su familia así como muchos amigos que acompañarlo debían en la cruzada. Carlos amaba entrañablemente á sus padres, así es que este viaje era uno de aquellos que mas felicidad encerraban para él. Despues de tanto tiempo, despues de tan diversos acontecimientos que habian tenido lugar en su vida, volverlos á estrechar contra su corazon era para él talvez la recompensa de tantos sinsabores y contrariedades. Sin embargo, habia dejando su casa en los primeros años de la vida y sin mas recursos que los que hubiera podido proporcionarle su inteligencia, y hoy regresaba á ella con cuarenta mil patacones en el bolsillo.

Llegó por fin á su casa paterna que dejara en Montevideo para venir á encontrarla en una de las provincias argentinas. Pero, llegó á ella por fin, volvió á ver despues de tanto tiempo á sus padres y á sus hermanos y lo dió todo por bien empleado.

Los sucesos políticos que se produjeron en Montevideo despues de la entrada del General Flores, habian llevado á Entre-Rios muchísimos emigrados orientales, de manera que el regreso de Carlos al Uruguay, convirtió la casa en un jubileo, pero solo por dos dias, despues de los cuales siguió viaje para Gualaguaychú, de donde se puso en camino para la estancia del Sr. Espinosa punto de reunion donde debia encontrarse con varios caballeros, entre ellos su hermano D. Héctor, todos los cuales atravesarian el Uruguay, en un bote y se incorporarian al ejército revolucionario que mandaba el General Aparicio.

La estancia del Sr. Espinosa es un soberbio establecimiento de campo que se halla situado en el departamento de Gualaguaychú, sobre el arroyo Nancy, arteria del caudaloso Uruguay donde desemboca. Allí habia hecho reunir Carlos los elementos necesarios de la expedicion. Un bote tripulado por dos marineros, armas, uniformes, aperos para los caballos, una vez que atravesaran el Uruguay; todo en fin lo que necesario fuera para la expedicion que se reducía á vadear el Uruguay, montar á caballo y reunirse al ejército expedicionario.

Carlos llegó á la estancia del Sr. Espinosa don-

de ya lo aguardaba su hermano Héctor y mas tarde ó mas temprano ese mismo dia fueron cayendo los señores Novas, Benjamin Lopez, Ruíno Zenet, y Z. Videla, todos los cuales debían ponerse en marcha el dia siguiente. Se resolvió que la partida seria celebrada con una carne con cuero al asador, de cuyos preparativos se encargó al mayordomo de la estancia, hombre que se pintaba solo para esta clase de fiestas, asíndolo de una manera que los que lo comían se chupaban los dedos.

Bajo un soberbio arbolado se improvisó una mesa, de la cual se veía el magnífico costillar dejar caer entre las brasas las esquisitas gotas de su jugo. Los anfitriones se relamian ante tan magnífica perspectiva, hasta que Carlos le dijo al mayordomo que no se hiciera tanto de desear. El costillar fué puesto sobre la mesa, y para no recargar á uno solo con el trabajo de la distribucion, se acordó por unanimidad que cada uno metiera en él el cuchillo y se sirviera á su satisfacción. A los pocos momentos el plato de los convidados levantaba ese humo de fragancia especial que solo es producido por el asado con cuero al asador.

Fuera de toda duda, la gastronomía es una pasión universal y como ninguna para producir la alegría. Nunca ésta es mas franca como en una bien servida mesa, hasta el extremo que no se concibe nada mas ridículo como comer y llorar, cuyo fenómeno solo lo ofrecen los muchachos. La alegría de aquel grupo de amigos, era indescriptible. Nadie hubiera pensado que á los breves momentos habrían de hallarse en los campos de batalla, de los cuales quien sabe los que regresarian con vida.

El vino principió á correr entre los invitados, y apareció como llovida de lo alto una botella de Champagne, obsequio especial del mayordomo á los hermanos Soto. Tal presente fué saludado con grandes aclamaciones—era claro—del Champagne á la pólvora con que en lo futuro les obsequiaría el enemigo, habia mucha diferencia.

Durante la noche reinó tambien la mayor alegría entre todos aquellos jóvenes unidos por la amistad, lazos de partido y esa confraternidad inesplicable que el peligro y la suerte comun establecen entre los hombres.

El día siguiente fué empleado por los jóvenes en los preparativos de la marcha que debería efectuarse esa misma noche, hora la mas apropiada para salir de allí, y adelantar camino en el rio sin infundir la menor sospecha. Las armas fueron revisadas, los uniformes, los recados, cuanto llevaban para la travesía, echándose al bolsillo Cárlos un anteojo marino, de dos tubos y de largo alcance que llevaba de regalo para el General Aparicio, así como todos los gastos de la expedición que se hacían á sus costas.

El sol principió á descender en el horizonte, quebrando sus últimos rayos en las aguas por entre el ramaje de los árboles, y los dos marineros que debían conducir la embarcación subieron á ella para arreglarlo todo. Una vez que hubo entrado la noche, los hermanos Soto y sus compañeros se despidieron de los que con tanta amabilidad los habían recibido en la estancia, y el bote largó, cayendo los pesados remos á las aguas, sin producir ruido alguno, por no despertar sospechas.

La expedición por el Arroyo Nancy, que iban surcando y que tenían que recorrer hasta desembocar en el Uruguay no dejaba de ofrecer serias dificultades, porque era la noche oscura, el cauce angosto y no escaso de troncos de árboles secos que erizaban sus puntas desde la orilla, privados de encender luz en el bote, pues se habían propuesto observar precauciones absolutas.

Para el gobierno de Montevideo la cuestión era de vida ó muerte, así es que todo su cuidado tenía por objetivo principalmente la observación de la costa argentina del Uruguay, pues ya que de allí había venido la tormenta, siquiera evitar que los revolucionarios recibieran nuevos auxilios de Entre-Ríos. Al efecto el vapor "Coquimbo" había sido armado en guerra y destinado á recorrer la costa y desprender lanchas tripuladas de su bordo para la vigilancia de los arroyos afluentes al Uruguay, en todo lo cual no iba descaminado, como habrá podido verse por la expedición que dirijia Cárlos, que á esas horas, á las doce de la noche, aunque con todas las precauciones del caso, marchaba sin tropiezo.

Cada ruido que se producía en las aguas, era observado por los expedicionarios con toda atención, pues de la misma manera que ellos iban, podía avanzar de dirección opuesta alguna lancha del gobierno oriental, de las muchas que vijilaban la costa.

A las dos de la mañana un fuerte ruido despertó la alarma entre los expedicionarios, que como medida de precaución, resolvieron detener la marcha bajo unos saucos que habían en la costa y tomar de sorpresa á toda lancha que fuera del gobierno. Siguió la marcha á los pocos momentos, atribuyendo el ruido á algun carpintero que se hubiera arrojado al agua, pues nada

por allí pareció que pudiese autorizar una alarma fundada.

Los marineros eran alternados por los expedicionarios en la fatiga del remo, y así siguieron la navegación hasta que la primera luz del alba vino poco á poco á dar vida á aquella naturaleza que momentos antes había sido tan solo densas sombras.

Por fin amaneció y pudieron cerciorarse que aún les faltaba algunas horas para desembocar en el Uruguay, y poder atravesarlo, viéndose por fin incorporados á sus compañeros de armas, los cuales tenían por aquellas inmediaciones muchas partidas para dar apoyo á cualquiera incorporación.

A medida que iban avanzando en su camino cobraban nuevos ánimos; pues no encontrando enemigos en aquel trayecto y una vez llegados á la desembocadura sobre el Uruguay, ya podían, subiéndose á los árboles, observar el camino, y lanzarse á él hallándose despejado, para lo cual contaban con el poderoso elemento del anteojo de larga vista que divinamente serviría para la observación.

La luz del día hacia escusada toda clase de precauciones respecto á la presencia de los expedicionarios en esos arroyos. Ya serían visibles á cualquier distancia, de manera que debían remar con toda resolución para salvar el camino cuanto antes, pues ellos también notarían á cualquier distancia todo buque que quisiera oponerse á sus propósitos lo que no les seriadifícil pues los dos marineros conocían perfectamente los elementos marítimos con que contaba el gobierno para estas pesquisas.

A las ocho de la mañana, se hallaban por fin los expedicionarios en la desembocadura del Nancy sobre el Uruguay, pero la prudencia aconsejaba, antes de intentar atravesarlo, cerciorarse primero escrupulosamente si en aquel trayecto se hallaba de guarda costas algun buque enemigo, para lo cual Cárlos ordenó á los marineros atacaran á la costa; descendió á ella y se subió á un alto y corpulento árbol que allí había desde donde tendió el anteojo que consigo llevaba haciendo una profunda observación con él.

El caudaloso rio se ofrecía á su vista soberbio y magestuoso en la graciosa ondulación de sus riberas que poblaban infinitos árboles.

Sus arroyos afluentes desenvolvían su rizo caprichoso en infinita red que se dilataba por todas partes, pero, en ninguna dirección notó Cárlos el menor rastro enemigo, en vista de lo cual descendió de su improvisado observatorio, volvió al bote diciendo á sus compañeros que con toda confianza podía emprenderse la cruzada y atravesarse el Uruguay, único obstáculo que los separaba de su patria.

Se veían por fin al término de su jornada,

asi es que todos con la mas profunda fé y el mayor entusiasmo pusieron manos á la obra metiendo brazo á los remos al lanzarse resueltamente á cruzar el Uruguay.

El pequeño bote se erguia en brazos de la corriente como lo hubiera podido hacer un vapor de alta mar ó una lancha salva-vidas, á quien la repentina tormenta no hubiera podido envolverla alli con sus ráfagas y hundirla en los abismos.

Su extraordinario afan y sus nobles esfuerzos los llevaban ya á mitad de camino, en el centro mismo del Uruguay, cuando repentinamente notó Carlos una columna de humo que se levantaba de la costa á que se dirigian y que llamó extraordinariamente no solo su atencion sino la de todos los viajeros.

Su espiral no era seguramente la que forman los fogones de gente que vivisquesa, ni tampoco la que levantan los campos cuando principian á incendiarse, ni mucho menos la de alguna fábrica pues por alli no la habia.

Cárls tomó el anteojo y lo dirijió á donde mismo el humo aparecia, cerciorándose que era lanzado por un buque de vapor que entre las diversas íslas se ocultaba en ascho indudablemente de los expedicionarios. En seguida el anteojo pasó de mano en mano y todos los viajeros confirmaron su opinion. Era necesario pues tomar una determinacion tan pronta como rápida y ella no podia ser otra que desviar la direccion del bote, y disimuladamente dirijirse otra vez á la costa argentina á guarecerse en las primeras íslas que aquella presentaba.

Indudablemente del vapor se debía estar á la observacion del menor movimiento hecho por los viajeros, pues en cuanto el bote derribó á su izquierda, aquel mostró sus palos lo que demostraba que á toda fuerza se habia puesto en marcha, lo cual á poco momento se confirmó saliendo de las íslas y apareciendo á los viajeros tan evidentemente que ya estos no dudaron que se trataba de su persecucion. Entónces uno de los marineros tomó el anteojo de manos de Carlos y despues de examinar al buque garantizó no ser otro que el "Coquimbo" vapor mercante armado en guerra por el gobierno de Montevideo. Efectivamente, no se habia engañado el marinero. Era el vapor "Coquimbo" mandado allí por el gobierno del General Batlle, espresamente para vigilar la costa argentina, pues la revolucion tomaba por todas partes un incremento inmenso.

Los paisanos abandonaban las estancias y venian á engrosar sus filas. Los departamentos caian se puede decir que estaban en masa con la revolucion, porque en vez de hacer resistencia á las fuerzas blancas que en ellos se presentaban no la oponian de ninguna clase así es que aquellos eran fácilmente tomados; sin embargo, la costa del Uruguay era el principal objetivo de las

operaciones, y allí se hallaba el Coronel Galanza con ochocientos hombres y el vapor "Coquimbo" guardando la costa para evitar toda incorporacion de Entre-Rios.

Una vez que se descubrió á su bordo la presencia en el rio del bote expedicionario, subió á las gavias un marinero encargado de seguir con el anteojo el menor de sus movimientos, mientras el capitán se colocaba en una pequeña ensenada que mucho lo defendia para que su buque no fuera descubierto por los viajeros hasta no hallarse próximos á la costa; pero desgraciadamente para el jefe del "Coquimbo", cuando se notó la presencia del bote, las hornallas de la máquina, lejos de hallarse bien provistas de carbon carecian de él pues no tenian en ese instante mas que el fuego necesario para que la máquina no se apagara, de modo que antes de emprender la persecucion del bote y para hallarse habilitados para practicar cualquier movimiento, el maquinista se vió en la necesidad de cargar las hornallas lo que hizo á la chimenea lanzar la negra columna de humo que fué descubierta por Cárls, en vista de lo cual ordenó el retroceso del bote.

Como desde el vapor eran observados todos los movimientos de los expedicionarios, una vez que se percibieron del cambio de rumbo que hacian, salió el vapor de la ensenada emprendiendo resueltamente la persecucion, en cuya circunstancia fué visto el buque por el marinero y declarado el "Coquimbo".

Los tripulantes de la lancha avanzaban camino en direccion á la costa y el vapor hacía la lancha, no animándose á hacer fuego y echarla á pique, primero por no constarles á los tripulantes del vapor que gente era la que iban á herir y por no mandar ademas, una bala á la costa argentina donde no era fácil calcular los destrozos que ella podia causar.

No cabia pues duda para Cárls y sus compañeros que se hallaban entre enemigos, que podian ser alcanzados, tomados prisioneros ó una vez reconocidos echados á pique.

En esta circunstancia uno de los compañeros de Cárls cuyo nombre reservamos por no hacer al caso, tomó la palabra y dijo:

"Compañeros, hemos hecho cuanto nos ha sido posible para incorporarnos á nuestros correligionarios políticos: Yo, por mi parte, he abandonado una mujer y dos hijos los cuales mas adelante Dios sabe que suerte les depara la inconstante fortuna. Nadie pues podrá tildarnos de malos patriotas; pero contra el imposible no es fácil luchar. Aunque ustedes tienen por cosa segura que el que nos persigue es el vapor "Coquimbo", yo juro y pongo á Dios por testigo que esto es un completo engaño producido por las circunstancias especiales en que nos hallamos, siendo el que tenemos al frente un vapor

de la matrícula argentina tripulado por hijos de Buenos Aires. La prudencia, continuó, como el buen sentido aconseja, que lejos de huir nos dirijamos á ese buque y pidamos hospitalidad, y asilo que seguramente no se nos negará."

Cada palabra del que así decía era escuchada por Carlos con indecible ansiedad. Primero el asombro con muestras inequívocas se retrató en su fisonomía, despues la indignacion, el soberbio corage que enrojecia su mejilla y daba á sus ojos una expresion espléndida. Tocado así bajo el golpe electrico de las impresiones que en él se sucedian á medide que hablaba su compañero de armas, se puso de pié en la popa del bote, y exclamó:

Caballeros: empresas como las que llevamos entre manos, demandan reflexion antes de ser acometidas, en cuyas circunstancias se deben pensar sus consecuencias no solo yá por lo que pueda acarrear directamente á nosotros, sino por lo que en ello pudiera envolver á nuestros hijos, á nuestras mujeres, á nuestros padres y á nuestros amigos.

Antes de acometer es tiempo de reflexionar, pero una vez lanzado el hombre á empresas colectivas que envuelven, no ya su miserable suerte sino los grandes destinos de la patria, no debe retroceder en sus propósitos porque ello seria villanía. No hemos pues ceñido espada á nuestro cinto,—empuñado las armas orientales para venir á abatirlas ante el primer enemigo que nos saliera al encuentro. El que tal pensara y pretendiera hacer por villano lo reputo y juro por el nombre que llevo, que si en ello insistiere con este revólver echaré á volar sus sesos al aire, y terminando la frase sacó de la cintura aquella arma y la amartilló, mirando fijamente al que habia propuesto la capitulacion.

Al dar cuenta de. embarque de los expedicionarios en el bote, hemos dado los nombres propios de los compañeros de Soto, que podrán rectificar si no fuese cierta la escena anterior que hemos descrito.

Ella fué un rasgo que daba una idea inequívoca del valor legendario de Carlos, y que muestra los grandes rumbos á que pudo llegar en la vida un hombre adornado de tales calidades, si el alevoso puñal de Máximo Santos hundido en su corazon mil veces, no hubiera segado una vida bajo todos puntos preciosa; una existencia llevada por su esfuerzo generoso á destinos que no es fácil calcular; pero aquella pantera hincó su garra en las entrañas vivas del mismo á quien llamaba su amigo, para hacer rodar sus restos mutilados y acribillados de heridas en el osario abierto á tantos por sus propias manos, donde juntos descansan Ledesma, Frenedoso, Mayada, Bergara, Sanchez Caballero, Sarracina y tantos otros.

Las palabras de Carlos habian producido una honda sensacion entre sus compañeros. Lejos

de secundar al que habia propuesto la capitulacion, juraron morir en la empresa que habian acometido, aunque tuvieran que retroceder cincuenta mil veces en el camino, para volverlo á emprender otras tantas, y el que habia hecho la vergonzosa proposicion se desdijo de ella jurando que su móvil era el de probar el espíritu de los expedicionarios; pero Carlos que no era hombre de dejar pasar palabras de cierto significado sin su correspondiente contestacion, le hizo presente que el espíritu de los compañeros de armas, el grado de su temple, se probaba en los campos de batalla, con el pecho sobre las bayonetas, pero en manera alguna proponiendo capitulaciones.

Todo ello pasaba mientras apretaban á remar, pues el "Coquimbo" habia ya levantado el vapor necesario para poner la máquina á toda fuerza y se les venia encima. Se hizo el último esfuerzo, y el bote ganó la costa argentina internándose en el primer arroyo que se ofreció á la vista de los viajeros. El "Coquimbo" hizo el último esfuerzo, y acercándose hasta donde le era posible sin barar, detuvo su marcha, y desprendiendo dos lanchas de sus costados, las tripuló convenientemente, con orden de tomar vivos á los que se evadian, respecto de los cuales, ya no cabia duda para ellos que se trataba de revolucionarios.

El bote se habia internado por un arroyo donde podia salvar sus tripulantes y por donde podia observar al vapor, asi es que cuanto vieron que detenia su marcha y lanzaba dos lanchas, atracaron á un esteral. que era el primer punto de salvacion que se ofrecia á su vista, y una vez que á él hubieron bajado, Carlos ordenó arrastrar tambien el bote, como lo hicieron para no dejar en manos del enemigo, ni siquiera esa prenda, y ese valioso elemento que otro dia podian venir á buscar para seguir la expedicion, por lo cual lo pusieron entre unos juncos tratando en todo lo que fué posible de cubrirlo con ellos; pero ya sus perseguidores en número como de cuarenta estaban á la vista de ese mismo paraje, así es que resolvieron internarse por aquellos matorrales donde ademas el agua les daba hasta el pecho y donde luchaban heroicamente para caminar bajo de ella pues sus pies cada vez que adelantaban se enredaban en los especeas zarzas y ramajes de las infinitas plantas acuáticas que allí habian.

Los que no han pasado por esta clase de penurias difícilmente podran calcular los grandes trabajos, que ellas envuelven para el hombre que desgraciadamente con ellas tenga que luchar. No solamente las zarzas enredan los piés de los que así caminan, sino que en aquellos esteros se hallan con frecuencia temedales donde el caminante se hunde con grave riesgo de su vida; sin embargo, así, pensosamente Carlos y

sus compañeros continuaron internándose en las islas.

Sus perseguidores que recibieran la órden de capturarlos muertos ó vivos, llegaron cercadel punto donde habian desembarcado los jóvenes, y atracado al estero, unos pocos quedaron de guardia en las embarcaciones y los demás desembarcaron tambien siguiendo el rastro de los fugitivos; pero ellos eran muchos, dueños ademas del terreno por su superioridad numérica, de manera que para no perderse, al internarse dejaban marcado el rastro.

Todo ello aumentaba su confianza de manera que apesar de las mismas dificultades, avanzaban los perseguidores algo mas que los perseguidos.

A la hora y media de llevarse así la persecucion, uno de los soldados del gobierno, distinguido el bulto de otro de los expedicionarios por llevar este el recado en la cabeza, pues nada habian querido dejar en el bote, y tomando la direccion en que aparecia el bulto incierto que una vez se hundia entre los juncos para mas tarde aparecer, sacó una pistola del cinto, la amartilló é hizo fuego. La bala pasó silbando por la cabeza del jóven, que no era otro que el mismo que propusiera la capitulacion, así es que con tal aviso, por nada del mundo volviera á ultrapasarla línea de los juncos donde se agazapó y siguió marchando en cuya posicion hubiera continuado hasta la consumacion de los siglos.

La detonacion del disparo, fué un aviso preciso para los jóvenes, que les advertia que muy cerca de sus espaldas y tras de su rastro se hallaban sus encarnizados perseguidores. Esto les hizo renunciar á la idea de regresar por allí mismo, así es que resolvieron seguir la marcha apresuradamente sin cuidarse del rumbo, pero sin separarse apenas para que el extravio de alguno de los compañeros no viniera á agravar aún tan angustiosa situacion.

No se trataba pues ya de elegir el mejor camino, sino por el contrario el mas dificultoso para desviar así el rastro á sus perseguidores de modo que muchas veces se hallaban en el esteral con el agua hasta el pescuezo.

De esta manera inaudita caminaron muchas horas hasta que el sol principió á inclinarse hácia el horizonte sin que siquiera se hubiesen desayunado ese dia!

En medio de esa inmensa desgracia, de esa peregrinacion horrible por terrenos ignorados donde nunca jamas habia cruzado la planta del hombre, sino apenas las serpientes, los mas nauseabundos reptiles, pero si con toda seguridad los tigres y otras fieras, dueños y señores de aquellas abandonadas regiones: vieron una pequeña lomita donde de sus grandes fatigas podian descansar y reparar las fuerzas perdidas para seguir adelante tan desesperada marcha.

El sol habia pasado ya la línea del horizonte y

solo levantaba entre las plateadas nubes el oro de su rayo, que hasta aquel instante habia sido el único compañero de los jóvenes; pero, por el extremo opuesto del espacio acentuaba la noche sus primeras sombras, densas y silenciosas, vanguardia del misterio que en breves instantes enmudeceria la naturaleza. Las aves nocturnas con su hábito misterioso principiaban á cruzar el cielo con el estremecimiento de su vuelo y el siniestro graznido que parecia evocara los espectros.

Cárlos dijo á sus compañeros que habia que hacer el último esfuerzo para alcanzar la pequeña lomita, sin lo cual tendrian que pasar la noche entre las aguas, así es que los esforzados jóvenes redoblando su afan, y sacando fuerzas de flaqueza, pisaron por fin los primeros albardones de la elevacion en el instante mismo que las profundas sombras acababa de envolver la naturaleza.

Todo es relativo en esta vida de afanes donde camina el hombre, así es que aquella miserable prominencia del escabroso estero donde habian llegado los expedicionarios les parecia una soberbia cima donde iban á gozar de un apacible descanso. Aquello era sublime—no estaba bajo el agua.

Los amigos dejáronse caer en el suelo, donde antes habian lanzado sus recados que habian traído á hombro apesar de la larga marcha, é hicieron un estrecho círculo, bajo la mas absoluta vigilancia.

Ya no se trataba de defenderse contra el ataque de los partidarios del gobierno, sino de un enemigo mucho mas terrible.

Del tigre voraz que asechaba entre las sombras y detras de los espesos ramajes para lanzarse sobre su presa con tan extraordinaria rapidez que no dejaba tiempo á la defensa.

En vista de esta terrible dificultad, los amigos resolvieron permanecer en círculo, y para poderse entregar cada cual á lo que le conviniera, nombrar dos de guardia que con las armas de fuego preparadas las descargarían sobre todo objeto sospechoso que por los contornos se dejara observar. Organizado así el servicio por turno cada cual se entregó á las labores del caso.

Todos se hallaban empapados y calados por el barro, de una manera lamentable; pero de ese barro gredoso que se pega al cuerpo y á la ropa de una manera lastimosas.

No habia ropa con que sustituir á la que se llevaba puesta, así es que muchos se la quitaron guareciéndose bajo los ponchos en la esperanza que para el dia siguiente les serviría de mucho.

Los desgraciados compañeros de armas, aunque hasta esas horas no se habian desayunado trataron de fumar un cigarro. Las cajas de fósforos se hallaban completamente caladas por la

humedad, así es que los jóvenes hubieran de resignarse hasta carecer de este triste consuelo á no ser por un hombre prevenido que entre ellos iba y que con sigilo llevaba yesquero. Con él se encendieron los cigarros pudiendo gozar siquiera de ese tan gran placer que debe ser tanto cuando se deleitan con él, desde el rey al aldeano y desde el barquero hasta el mas modesto hombre de mar.

Una vez que los cigarros se hallaban al terminarse se encendieron con ellos algunas hojarascas que allí se hallaban esparcidas y que al efecto se habían reunido, con las cuales pudo levantarse lumbre, y proceder á secar en lo posible las ropas indispensables. No tenían un triste bocado de pan que llevar á sus lábios.

En vista de tan alíctiva situación Cárlos les dijo á sus compañeros que todo tenia término en la vida, y por consiguiente hasta los mas sagrados compromisos del hombre. Que él se hallaba convencido que eran unos valientes y unos leales, pero que las supremas circunstancias por que atravesaban le obligaba á eximirlos del compromiso que con él habían contraído de incorporarse vivos ó muertos á la revolucion, y que luchando con escollos insuperables, cada cual podia salvarse como mejor Dios le diera á entender, en vista de lo cual les devolvía la palabra que con él tenían empeñada.

La oscuridad de la noche, las solemnes circunstancias en que se hallaban, aumentando todos estos detalles lo supremo del caso, dió tal autoridad al franco y sencillo lenguaje de Cárlos, que impresionó vivamente á sus compañeros.

Haciéndose intérprete de los sentimientos de todos, el que habia propuesto la capitulación á bordo del bote, dijo que en la vida del combatiente tan solo una flaqueza podia disculparse. Que él ya la habia tenido proponiendo la capitulación; pero que para dar una idea aproximada del temple de su alma, juraba en esos solemnes momentos correr la suerte que el destino les depusiera á todos y que no deberían de separarse jamás hasta rendir la fatigada vida ó verse incorporados á sus compañeros de armas.

La noche silenciosa recojó tal vez conmovida el juramento que en tan supremo trance volvieron á pronunciar los amigos, de perseverar en sus propósitos hasta el último trance rindiendo el postrer aliento por la patria. Nobles y leales jóvenes dignos mil veces de ver orlada su frente con el laurel de la inmortalidad!

Como los expedicionarios eran ocho, cada cuatro horas tocaba á cada dos el servicio de pareja para que los demas pudieran entregarse á un descanso que bien merecían y tenían ganado á consecuencia de las muchas fatigas de ese día ó mas bien dicho desde el anterior.

La noche no presentó incidente digno de mencionarse, viniendo muy luego los primeros

rayos del siguiente día á recordar á los jóvenes nuevamente la terrible situación en que se encontraban. Cárlos fué el primero que se puso de pié y tendió su vista alrededor del campo, examinándolo con la detencion debida que exijia el caso y como él era capaz de hacerlo.

La pequeña loma le permitia dominar una regular distancia en todas direcciones; pero desgraciadamente el estero donde habían caído era enorme.

Agua y fango por todas partes, era lo que ofrecia á la vista, en medio de su vegetación que era un nuevo y fatigoso obstáculo con que desde el día anterior venian luchando.

La actitud contemplativa de Cárlos era secundada por los demas á medida que se iban levantando; pero todos convenian que se hallaban rodeados de agua en todo lo que daba la vista, así es que se echó mano del fanteojo que tan interesante rol venia desempeñando de tiempo en tiempo en la expedición.

Tampoco el anteojo en sus vastos dominios venia á dar el menor asomo de esperanza á los viajeros. De mano en mano fué pasando y de mano en mano volvía á retroceder, pero siempre para presentar en su infinito campo, agua y fango, juncos y densos zarzales por donde quiera que se miraba.

En vista de tan graves y nuevas dificultades que á la vista se ofrecian, los ocho compañeros resolvieron ponerse en camino cuanto antes y á la ventura de Dios, dejando en la pequeña loma, los recados que consigo llevaban á costa de tan grandes esfuerzos y que tanto les hubieran servido en tiempos mejores, pues ellos en ese momento no hacian sino aumentar la fatiga de un viage intolerable. Se desprendian de ellos con la esperanza de recuperarlos si cerca de allí tocaban tierra firme.

La loma, que hasta ese momento les habia servido de refugio, fué abandonada por los ocho compañeros, y con ella los recados, entrando todos nueva y resueltamente á los esterales.

Las fatigas del día anterior volvieron á reproducirse, pero bajo condiciones mucho peores pues permanecian aún sin comer y cansados por la primera marcha. Así vagaron nuevamente entre el agua y el fango y los enormes zarzales que bajo de ella enredaban sus piés, hasta que en medio de tanta fatiga y pena tanta volvió á dibujarse la noche mucho mas sombría que la primera; felizmente uno de los marineros descubrió una pequeña prominencia del terreno, semejante á la que habían dejado, lo que les permitió descansar allí de sus fatigas aunque ya casi exánimes por la estenuacion.

El silencio intérprete fiel de la mas honda tristeza emudeció á los amigos que casi ya no hablaban entre sí; pero apesar de todo ello se restableció la guardia de dos en dos y pistola,

en mano para hallarse á cubierto de cualquier ataque de los tigres.

Al amanecer del siguiente día la providencia les deparaba un inesperado desayuno: una hermosa cigüeña que á corta distancia se posaba del improvisado campamento de los amigos. Vería Cárlos y tomar una de las magníficas pistolas de dos tiros que consigo llevaba fué cosa de un momento. Apuntó, disparó y con el estampido el ave caía como herida por un rayo.

Los dos marineros se lanzaron á ella y á los pocos momentos el cazador la tenía delante.

Mientras unos pelaban el ave que todos se preparaban á recibirla como un manjar, otros reunían las ramas que por allí se hallaban esparcidas y en un momento se improvisó una muy regular lumbre delante de la cual fué colocado el volátil, atravesado en un improvisado asador.

No había allí ni pan, ni sal, ni pimienta; pero como es sabido que no hay salsa como la del hambre, el ave les parecía un manjar cuando llevaban los humeantes bocados á la boca.

A los que puedan dudar de la veracidad de todos estos dramáticos epi odios, les volveremos á recordar que con Cárlos Soto, iba en esta expedición su hermano don Héctor, que podrá desmentirnos si no decimos verdad, así como los señores S. Novas, Benjamin Lopez, Rufino Iguet Z. Videla y los dos marineros, todos los cuales se deleitaban con la cigüeña en medio de tan grande tribulación.

Después de celebrado tan opíparo banquete, se procedió á hacer la inspección del campo con el antejo para seguir adelante la expedición, pero todo como el día anterior presentaba la misma vista, apesar de ser el tercero en quemarchaban por entre el agua.

Antes de ponerse en camino abandonaron los ponchos alijerándose hasta el último extremo; pues si esa situación hubiera de prolongarse no cabía duda que perecerían de fatiga, de hambre y de miseria; así es que se consideraban al último extremo de la jornada. Sin embargo, por mas que caminaron todo el día no lograron cambiar de tan desesperadas condiciones; aquellos esterales no tenían fin ó los viajeros llevaban una dirección á la ventura completamente errada. A las cinco de la tarde hallaron un sitio remanente que podía servirles de descanso, así es que Cárlos les dijo que sería muy acertado detener allí la marcha, pues tal vez á la noche no hallarían absolutamente donde descansar.

Su consejo fué seguido al instante, y los amigos cayeron en el campo completamente rendidos de fatiga. La desesperación era tan grande que ya las precauciones para defenderse de los tigres no eran tan estrictas; por el contrario algunos deseaban ser atacados por aquellas feras y sucumbir de una vez combatiendo.

Al cuarto día de aquella via crucis, á Cárlos

le faltaron completamente las fuerzas físicas, y cayó derribado á tierra siéndole ya imposible continuar.

Todos le rodearon cariñosamente como si se tratara del padre de cada uno, colmándole de caricias.

Le interrogaron afectuosamente y hubo uno que lo exhortó á que tuviera valor.

—No es valor lo que me falta, dijo Cárlos, con un acento que la fatiga desmayaba, sus pruebas de no temblar ante la muerte he dado mil en diversas circunstancias de la vida. Son las fuerzas físicas que me abandonan y que derriban mi cuerpo á tierra, no falta de coraje, pero sí estenuado de fatiga. Pero como ustedes van, continuó, yo no puedo así seguir caminando, y como no es justo que yo prolongue indefinidamente la salvación de todos, abandonenme á mi suerte, no se detengan ustedes por mí, sigan adelante, que yo les alcanzaré ó en ley de Dios, de la patria y de la amistad, aquí exhalaré el postrer aliento de vida.

Por única respuesta sus compañeros le abrazaron incorporándole para que continuara su camino.

Tal era el drama que segregados de la humanidad representaba ese puñado de héroes en el escenario de aquellos desiertos desamparados, en medio de aquellos esterales bañados por las aguas, teniendo por techo el cielo por muros el espacio y por únicos testigos de su infortunio inconsolable, el tigre que mujía á la distancia y el ave nocturna que hacia oír su graznido pavoroso.

De cuando en cuando la comitiva se detenía para dar á Cárlos el necesario descanso de algunos minutos de reposo, pues de lo contrario rendido de fatiga hubiera caído postrado para siempre.

A la tarde, y como dos leguas del bañado divisaron un rancho que á aquella distancia se distinguía solitario, bajo dos corpulentos árboles.

—Bendito seas! exclamó el marinero que lo descubrió, tú que vienes á salvarnos la vida.

Junto con la esclamacion les hizo partícipes á todos de lo que acababa de descubrir y que vino á hacer renacer en el ánimo de aquellos desgraciados la sagraada fé de la esperanza. Un último esfuerzo después de tantas fatigas habria de coronar su salvacion, y habia pues que hacerlo; habia que caminar dos leguas mas, ya que con planta fatigada tantas habian atravesado agobiados por inmensas penurias.

Poco á poco se fueron aproximando hasta que del rancho unas cuantas cuadras distaban. Nada mas bello se habia presentado á sus ojos. El mejor edificio, el mas soberbio palacio, jamas para ellos ofreció la halagueña perspectiva como aquel modesto rancho, que para ellos representaba el término de sus fatigas, el descanso, el alimento, en fin, la salvacion.

Poco á poco fueron llegando hasta que se hallaron por fin delante de sus mismas puertas á las que llamaron en demanda de hospitalidad. Nadie respondia pues sin duda la casa se hallaba completamente abandonada.

Volvieron nuevamente á reiterar los golpes, pero como tampoco obtuvieron contestacion, se resolvieron á derribar sus puertas y pasar adelante, cuando en esta misma circunstancia llegaban á caballo dos amables jóvenes dueños de la posesion, que echaron pié á tierra, saludaron á los desconocidos, abrieron las puertas y los invitaron á pasar adelante.

Se habian salvado! A los cuatro dias de horribles fatigas, y cuando ya el primero de todos doblegara su altivo cuello bajo el peso de la lucha terrible contra la naturaleza, donde sucumbe el hombre, la providencia les habia conducido con bondadosa mano, á ese asilo que les abria las puertas para ofrecerles vida. Ya no se hallaban entre fieras; ya no se hallaban en el bañado inmenso cubiertos por las aguas, donde sus piés se hundian entre el fango y las zarzas para salir con dificultad; ya no se hallaban proscritos de su raza sin mas techo que el cielo, sin mas lecho que el suelo para descansar sus miembros fatigados; y ya, en fin, el rastro de sus plantas, no era seguido á la distancia por el tigre feroz y el siniestro buitre que una vez que cayeran les devoraria el corazon. Despues de tantas fatigas y de penas tantas, aquel rancho les abria sus puertas, para brindarles el descanso que tanto necesitaban y el alimento que habia de restaurarles las fuerzas y que hacia tantas horas que no tomaban.

Los jóvenes que vieron á estos desgraciados con demacrados rostros y con las escasas ropas desgarradas, cubiertos de lodo y de miseria, comprendieron al instante que de viajeros estraviados se trataba, los cuales se veian en ese triste caso por una de tantas imprevisitas circunstancias de la vida; asi es que el mayor de los dos jóvenes en cuestion, les dijo á los desconocidos, que fueran quienes fuesen, él tenia por costumbre tender en la vida el amparo de su mano á los que en tan supremos trances la demandasen, porque como era sabido la noble caridad, poco amiga era de andarse con interrogaciones que no eran del caso, asi es que, á los pocos momentos allí tendrian ropa que cambiarse, un bocado que llevar á su boca y un modesto lecho donde descansar.

A pesar de la aflictiva situacion de los viajeros que apenas tenian aliento despues de una tan larga peregrinacion, las palabras del joven conmovieron hondamente el corazon de Carlos, noble instrumento donde los sentimientos generosos hallaban inmediatamente su vibracion, así que le dijo quiénes eran, de dónde venian, cómo se habian visto envueltos en semejante tran-

ce, las mil peripecias que habian pasado, en cuyos trabajos se habian desgarrado sus ropas, y como habian tenido que abandonar las que traian; refiriéndole punto por punto cuanto desde su partida les aconteciera, suplicándole con el mayor encarecimiento le dijera quiénes eran ellos, si podian seguir contando con su proteccion, y principalmente dónde se hallaban.

—A pesar de tanta desventura y de una peregrinacion tan larga, vds. se hallan en el mismo Gualeguaychú, dijo el joven, por donde considero que no han hecho otra cosa, que vagar en un círculo incierto de camino, donde hubieran sin duda perecido de hambre y de miseria, á no haberse desviado providencialmente hácia este rancho, que no es otra cosa que una poblacion avanzada sobre la costa de nuestro establecimiento de campo, cuyo principal edificio se halla á unas pocas leguas de aqui, y donde dentro de breves instantes habremos de conducirlos.

Ustedes saben, continuó el joven, las mil vinculaciones que existen entre la provincia de Entre-Rios y la República Oriental. Nosotros por intereses y por simpatias, nos hallamos sobremedera interesados en la suerte y en la prosperidad de tan noble pueblo. Son vds., pues, unos patriotas, puesto que van á batirse por su causa, la cual no ha de ser tan mala cuando á su servicio encuentra la sangre generosa de tan nobles soldados.

Yo entiendo caballeros, continuó, que es dignísimo de respeto todo el que se bate por su causa, pues cuando menos él es sin duda un adversario leal. Nos enseñan á menospreciar al enemigo, pero ello es injusto, y generalmente propaganda de opresores.

Todo el que opone su pecho á la metralla de su adversario es á todas luces merecedor de respeto y de estima. Vienen venidos sean pues, leales soldados á esta casa donde hallarán esa noble estimacion á que me he referido, y todo en fin cuanto necesiten en tan apremiantes circunstancias.

El hermano del joven agregó á estas, parecidas razones y ofrecimientos, y todos recíprocamente se estrecharon las manos con efusion, agradeciendo los ocho compañeros en lo mas íntimo del alma que su buena estrella les hubiera deparado con su salvacion, el amparo de personas tan nobles y justas, como evidentemente discretas.

Los dos jóvenes dueños de casa resolvieron, mientras una permanecia haciendo compañía á los recién llegados, ir el otro á las casas, de donde haria traer con los peones los caballos necesarios para que se transportaran á ellas los viajeros, pues allí habian recursos de todas clases para acudir á sus premiosas necesidades. Así se llevó á cabo efectivamente, y á poco de

ello regresaba allí con los peones que conducían ocho caballos aperados, donde subieron los viajeros y acompañados de los jóvenes todos se pusieron en camino en dirección al edificio principal de la estancia.

Después de un viaje de hora y media, llegaron allí, donde debieron hallar la recompensa de sus grandes fatigas; pues solo la vista del edificio y del soberbio arbolado que lo rodeaba, preparaba el espíritu á gozar de aquel inesplicable confort que reúne la vida cómoda con los atractivos de la naturaleza.

El edificio lo formaba un cuadrilátero de unas treinta varas de frente por cuarenta y cinco de fondo, cuyos extremos formando frente cerraban en el centro con una magnífica puerta de hierro de magestosa apariencia. Los lados se hallaban circudados profusamente por ventanas quedaban luz á lujosas habitaciones, las cuales todas ellas converjían á un patio central que desembocaba á las dos puertas de hierro de los extremos que antes hemos mencionado. El edificio se hallaba rodeado de un arbolado secular lo que era raro en aquella fecha hallar en las estancias, y la prueba daban de que sus pobladores apreciar sabían la gran valía de la vegetación en los establecimientos rurales.

Una vez que llegaron hubieron los viajeros, se les introdujo al departamento que había de servirles de asilo y donde hallaron ropa abundante para sustituir la muy deteriorada que en su cuerpo llevaban y todo lo que era menester para proporcionar al humano cuerpo un dulce descanso.

Cada cual tomó posesion de los dominios que se le dedicaran, y una vez cambiadas sus ropas, sonó la campana del establecimiento llamando á sus amos y á sus convidados á gozar de una sana y abundante comida preparada al efecto.

Los infelices e pedionarios, ya ofrecían en la mesa una apariencia muy distinta. Sus andrajosas y embarradas ropas, habían sido cambiadas por otras nuevas, asíes que nadie hubiera sospechado que aquellos mismos hombres momentos antes ofrecían un aspecto tan ruin y desesperado.

El asado con cuero se presentó abundante en la mesa, corriendo con abundancia el vino catalán añejo, lo que demostraba que los dueños de casa eran gente entendida en la buccólica.

La comida fué amenizada con la relacion suscita que cada cual hacía de los mil incidentes de la peregrinacion, cuyos detalles los escuchaban los dos jóvenes dueños de casa que hacían los honores de la mesa con muestras vivas de interés y de atención. Una vez terminada la comida cada cual fuése á gozardel justo y necesario descanso que tanta fatiga hacia indispensable y á los breves momentos la referida estancia

quedó sumida en el mas profundo y apacible silencio.

Al amanecer del siguiente dia, el mate que corria de mano en mano, reunía en amigable círculo bajo los árboles de la casa á los viajeros y á los amos, todos los cuales saboreaban el verdoso líquido que chupaban de la blanca bombilla, oprimiendo con ambas manos la morena y caliente galleta, amiga cariñosa del hogar del paisano. De allí á poco el desayuno les fué servido, cuya parte principal lo constituía un adobado matambre de fragancia safadilla y sobremanera provocante.

Durante el desayuno reinó una franca cordialidad, manifestando Cárlos el deseo de dirijirse ese mismo dia á Gualaguaychú á preparar nuevamente desde allí la incorporacion de todos al ejército. Así quedó resuelto y convenido, dándose las órdenes del caso para que se les tuvieran listos á los viajeros los ocho caballos que habían de conducirlos al pueblo. Llegada que fué la hora de la partida, un estrecho abrazo, en la tierna efusion de la amistad, unió un momento á aquellos denodados jóvenes y á los nobles estancieros que les habían dado asilo, pronunciándose entre todos ellos protestas de gratitud y de cariño las cuales el mismo ingrato tiempo no sería capaz de borrar.

Cárlos, á nombre de sus compañeros, juró como caballero y como oriental que aquellas protestas de amistad y de gratitud se hallaban decididos á sellarlas todos con su propia sangre, cuando la vida inconstante la ocasion presentara en sus muchos cambiantes; á lo cual respondió el mayor de los dos jóvenes propietarios del establecimiento que la hospitalidad era el primero y mas sagrado deber del caballero y del cristiano, el cual se habían limitado simplemente á cumplir; pero que podían estar seguros que allí en todo tiempo y circunstancia hallarian asilo y trabajo para entretener la vida y acudir á su subsistencia.

Bajo tales auspicios se separaron, saltando á caballo Cárlos y sus compañeros, y metiendo espuelas en los hijares, muy pronto se perdieron de vista entre la blanda sombra y el espeso ramaje del arbolado, no deteniendo brida hasta no llegar á Gualaguaychú que pocas leguas distaba, y donde se apearon y entregaron los caballos á los peones que habían venido en su compañía y que á ellos se habían incorporado á los pocos instantes de la partida.

Cárlos que había dejado depositados en Gun-

leguaychú fuertes sumas á su órden, volvió á proveerse así como sus á compañeros, de todo cuanto pudieran necesitar para continuar la campaña. Al efecto en ello empleó las primeras horas de la noche, pues á las diez debian ponerse en camino para atravesar el Uruguay, lo que efectuaron incorporándose por fin al día siguiente al Coronel Dr. {D. Juan Pedro Salvañach que al mando de doscientos hombres se hallaba en la "Blanqueada" estancia del Sr. Ordoñana, en el Arenal Grande donde habia pasado el 13 de Setiembre á dar proteccion á incorporaciones sucesivas, uniéndose él por último al grueso del ejército del General Aparicio.

XIX.

El Dr. D. Juan Pedro Salvañach era un jóven como Carlos Soto, de las principales familias de Montevideo, el cual en el caso de sus amigos, jóvenes entónces como él, se lamentaba profundamente de como en un país esencialmente guerrero como el Oriental, el verdadero prestigio y la aureola de la popularidad habia tan solo de rodear la frente de bárbaros caudillos surgidos del mas ignorante gauchage, á los cuales iban á prosternarse los hombres mas eminentes del poder.

El Dr. Salvañach, pensó tal vez con sobrada justicia, que todo ello tenia por causa que los hombres distinguidos habian abandonado á esos caudillos la lucha de las armas, de manera que sus figuras destacándose primero en los campos de batalla venian de allí á dominar las masas del pueblo el cual acababa por venerarlos.

Salvañach, pensó en consecuencia, que para que los hombres de letras y de profesion pudiesen arrebatar legítimamente este prestigio al caudillo ignorante, tenian que convertirse en tales; adaptar las costumbres del campo, ser grandes ginetes, incansables en la fatiga, formarse guerrilleros, conocer la guerra de recursos y la campaña palmo á palmo, transformándose en fin en verdaderos caudillos; pero con la conciencia y el noble sentir de los hombres ilustrados.

El jóven que acababa de abandonar los clásicos universitarios, salió á la campaña, adoptó los usos y las costumbres de los paisanos, y al poco tiempo de haberse afiliado al partido blanco, era ya una lanza como las mejores, capaz de desempeñar como muchas veces lo hizo un rol de primer órden en un entrevero. De combate en combate, de sorpresa en sorpresa, de increíble jornada en fabulosa marcha, el jóven ciñó muy pronto las presillas de coronel, desempeñando un rol importante en todas las luchas de su partido, hasta la toma de Paisandú y rendición de Montevideo, en que abandonó su patria para refugiarse en la República Argentina.

En la provincia de Entre-Ríos principió á levantar elementos para tomar parte en la revolucion iniciada por Aparicio, donde reunió doscientos hombres perfectamente armados, pasó el Uruguay y se situó en su márgen. Allí pues,

se le incorporó Carlos Soto y sus compañeros tomándolo á éste como ayudante pues iba por la primera vez á debutar en el campo de batalla, y dando á los otros compañeros el rol que les correspondia desempeñar en las armas por sus aptitudes, por sus grados y por sus servicios prestados.

Los doscientos compañeros de armas, bajo las órdenes del Coronel Salvañach, se pusieron en marcha hacia el departamento de Soriano, y en los suburbios del pueblo de Dolores se encontraron con las primeras partidas de la vanguardia del ejército del gobierno, fuerte de novecientos hombres, mandada por el Coronel don Manuel Caraballo, hermano de don Francisco Caraballo que mandaba todo el ejército de las tres armas fuerte de tres mil hombres.

El combate principió con el fuego de las primeras partidas que se chocaron, y á las cuales fueron dando proteccion reciprocamente los combatientes hasta que comprometieron en la lucha todas las fuerzas; novecientos hombres de parte de Caraballo, y doscientos de parte de Salvañach. El encuentro fué recio y sangriento como es de costumbre en las luchas orientales. Los adversarios no se daban cuartel; pero como Salvañach llevaba consigo dos piezas de montaña, de cuyo recurso carecian los adversarios, rompió el fuego con ellas causando bajas de consideracion.

Carlos era la primera vez que se batia, pero con tan extraordinaria sangre fria, que cuando picaban las balas cerca de donde se hallaba se reia estrepitosamente, diciendo que si no producia mayor daño que el que se veia, no habia por que tomarlas á lo serio.

Hubo un momento bastante apurado, para el capitán de una compañía. Habiendo perdido la mayor parte de su gente se hallaba rodeado y próximo á perecer entre las garras de mayor número de adversarios. Carlos lo vió, y exhortando á cuatro ó cinco soldados á que lo acompañaran, se lanzó revólver y espada en mano con un arrojé de que nadie lo hubiera creído capaz. Rompió la muralla que rodeaba al oficial, que no era otro que uno de sus compañeros de peregrinacion, y cargando á derecha é izquierda furiosamente, se unió á él y á los pocos soldados

que aún le acompañaban con cuyo refuerzo los enemigos fueron acuchillados de una manera terrible.

Después de este hecho parcial volvió al lado de su jefe en momentos que el entrevero se hacía general. Después de algun tiempo de combate sangriento, las escasas fuerzas de Salvañach eran vencedoras, rechazando á la vanguardia del gobierno, sableando y acuchillándola, por lo que tuvieron que replegarse al grueso del ejército, que como hemos dicho constaba de tres mil hombres y de las tres armas.

Después del combate penetraron nuevamente al pueblo de Dolores, donde llevaron los heridos y los alojaron socorriéndoles de mil maneras. Uno de los principales que dirijia esta operacion era Soto cuya caridad no tenia limites. Se le vió en este trance realizar esfuerzos inauditos y levantar en ancas de su caballo y conducir al pueblo á muchos de sus compañeros de armas que solo así pudieron salvar de una muerte segura, pues se calculaba que el Coronel Caraballo apareceria á la madrugada con fuerzas de refresco á tomar la revancha; pero una vez que todas estas operaciones se hubieron practicado, que comió la tropa y cambió de caballos, á media noche abandonaba el pueblo sijilosamente el Coronel Salvañach, dirijiéndose á incorporarse á Aparicio

A los pocos momentos después, el pueblo de Dolores era rodeado por fuerzas frescas del Coronel Caraballo quien entraba á él al romper el dia, pero los enemigos habian volado en direccion ignorada.

El Coronel Salvañach anduvo catorce leguas la noche del 20 de Setiembre en que tuvo lugar el combate, al cabo de las cuales y á poco de amanecido, halló un campo formando cuchilla en cuya falda corria un arroyo caudaloso que ofrecia en sus márgenes hermosa vegetacion, y para que todo fuese completo, un paso muy vadeable invitando á pasar el rio.

No hubiera sido prudente acampar de este lado pues como es sabido tal falta de precaucion fué causa de serios contrastes á aguerridos ejércitos; pero no así haciéndolo del otro lado, dejando el arroyo á vanguardia y formando con él la mas natural y mejor defensa del mundo, limitándose ella tan solo á guardar el paso, en caso de un imprevisto ataque; de manera que á hacerlo se resolvió, una vez que con sus fuerzas vadeara el arroyo, lo que inmediatamente ordenó, efectuándose el pasaje en el mayor orden y como Pedro por su casa.

A la verdad era ya tiempo que tal ordenara el Coronel Salvañach pues aquel puñado de valientes habia combatido como leones, uno contra cuatro y habia sido vencedor, ocupándose inmediatamente, como habra podido verse, de

transportar los heridos á Dolores y hacer en seguida una jornada de catorce leguas sobre el pucho, durante una noche que nada tenia de clara, pues hasta una regular llovizna les cayó en el camino mojándoles los ponchos y las escasas provisiones de boca que los mas prevenidos traian consigo, pues todo su conato era salvar á toda costa ilesa la municion.

La division del Coronel Salvañach, poco á poco fué acampando sobre la margen de aquel caudaloso arroyo que corria magestuosamente por entre su ondulado cauce, arteria fecundante de la tierra y causa infinita de esquisitos frutos que al hombre dan vida despues de haber animado la naturaleza, en la multiplicacion sin fin de aquellos árboles seculares que á los soldados daban sombra.

Los fogones principiaron á levantar su humo por todo el campo, en los cuales muy luego se sentia el palpitante hervor de la morena pava cuyo hirviente chorro la segura mano del paisano dejaba caer en la boca de su mate terciado de la verdosa paraguay cuyo brillante polvo se veia esparcido en amarillo papel al lado de cada hombre de los muchos que llenaban el campamento delante de los fogones.

Colocados todos así con aquel orden desordenado cruzó por el campamento un grupo de soldados que á efectuar la carneada se dirijia á una estancia próxima, munidos de excelentes lazos que se esortijaban sobre el anca del caballo los cuales se unian por el extremo á la argolla de la cincha; todo ello elementos importantísimos de tan preciosa operacion, pues habia que tener presente que todos aquellos soldados tenian evidente necesidad de alimentarse despues de una marcha tan larga.

Una vez que los enlazadores hubieron llegado á la estancia vecina, confundieron en el rodeo, dirijiendo el lazo á las vacas mas gordas que en él aparecian, las cuales, sacadas á la rastra fueron llevadas al campamento donde se efectuó la carneada, pasando los costillares de las reses palpitantes á los asadores, para producir aquel esquisito asado del cual no puede dar justo testimonio sino el que lo ha catado.

Los fogones fueron coronados de carne en esas esquisitas condiciones, y á decir verdad, uno de los mejores trozos de la res, fué llevado á la carpía del coronel, que se hallaba situada en el centro del campamento, viéndose de ella á corta distancia una chisporroteante fogata que solo esperaban la desangrante lonja que habia de atraer el calor de su llamarada.

La pieza fué tendida, primero al favor de las llamas, y despues al rescoldo de las abundantes brasas que formaban su hogar, habiéndose convertido á los pocos momentos en uno de los mas esquisitos asados de que pudiera haber memoria en los fastos del paisanaje.

Excusado es decir que de tan suculento almuerzo participaron á la par del jefe varios oficiales de graduacion y entre ellos Carlos Soto, como deberá comprenderse, pues en seguida que el referido almuerzo tuviera lugar, el coronel le habia citado para la redaccion del parte que del combate se habia de pasar al General Aparicio, antes que noticias particulares desvirtuasen en su ánimo el verdadero significado de la victoria y las consecuencias que ella pudiera tener para en adelante.

Una vez terminada la comida; el Coronel Salvañach despidió galantemente á los otros invitados para quedarse solo con Soto á confeccionar minuciosamente el parte.

—Antes todo, le dijo á su ayudante: tengo que felicitarte por tu brava conducta durante el sangriento combate de santiyer. Yo creia que te estrenarias con la serenidad digna de tu nombre; pero jamás esperé, que hubieras de lanzarte como lo hiciste en proteccion de aquel capitán, bañándote con los pocos compañeros que te acompañaban como unos verdaderos bravos. Muchos oficiales reputados no hicieron en su comienzo la mitad, por lo que creo que te conquistarás al andar del tiempo un verdadero renombre.

—He jurado morir por la patria, dijo sentidamente Carlos, no se si por el amor que me inspira, ó por el sentimiento de aquel otro mas tierno regazo que perdí una vez en la vida para no volver á recuperar jamás.

—Yo, replicó el Coronel, prescindo de las casas y me atengo á los resultados positivos en el campo de batalla. Te portastes como valiente, y así lo consignaré en el parte que en este momento voy á escribir.

Como Dios les dió á entender, se improvisó con cajones vacios una mesa en la carpa y el Coronel Salvañach, dictó, dirigido al General Aparicio el muy curioso parte, del cual, mas ó menos hacemos un extracto y donde se verá el primer estreno de las armas de precision en el Rio de la Plata, que tantos déspotas habian de engendrar.

El Coronel Salvañach decia en su parte que organizando los elementos en Buenos Aires con que habia de invadir al Estado Oriental para incorporarse al General Aparicio, una casa de comercio de esta plaza le ofreció cuarenta carabinas de un nuevo sistema que por su alcance y velocidad en la multiplicacion de sus disparos daba durante el combate resultados tan extraordinarios que el que las hubiera de poseer seria el vencedor irremisiblemente.

A la vez que esta oferta se le hacia al Coronel Salvañach, la misma casa por otro conducto se las hacia conocer al entonces presidente Sarmiento, quien se empeñó en poseerlas á toda costa. El gobierno argentino ofreció seiscientos

pesos por cada una de estas armas y el Coronel Salvañach seiscientos cincuenta.

Sabido esto por el presidente Sarmiento mandó ofrecer setecientos pesos, y así fué subiendo la prima, de cien en cien pesos, hasta que por mil pesos moneda corriente cada una, se quedó con ellas el Dr. Salvañach. Eran las primeras cuarenta armas de precision sistema remington que habian llegado á Buenos Aires, y que un rol tan desisivo habian de llenar en los destinos del mundo y muy principalmente de la América del Sud.

El coronel Salvañach una vez que tuvo compradas y pagadas las cuarenta carabinas remington en la bonita suma de cuarenta mil pesos de nuestra moneda, se recibió de estas armas que consideraba un elemento precioso de combate, y reservándose sobre manera de haber hecho tal adquisicion, tomó una de aquellas armas, el tren del sud, y no paró su marcha hasta llegar á un establecimiento de campo de uno de sus amigos de mayor confianza, y haciendo como que iba á cazar, se internó en el campo pues no tenia otro deseo que probar cuanto antes aquella arma de la cual tan brillantes resultados esperaba.

A una gran distancia tomó de blanco un ombú que la casualidad le ofrecia, é hizo sobre la planta varios disparos, dirijiendo en seguida su caballo á cerciorarse del efecto que los proyectiles hubieran podido causar: quedó asombrado! Nunca pensó que el proyectil lanzado por una arma tan relativamente pequeña pudiera causar destrozos tan grandes penetrando á tal profundidad. Este elemento de combate, pensó el coronel Salvañach, debia producir en el cuerpo humano un resultado terrible.

Confirmado así en la certeza de haber adquirido armas que él iba á ser el primero en usar en el Rio de la Plata, regresó á la ciudad, donde se hizo tambien de dos pequeñas piezas de montaña, pasando en seguida el Uruguay con todos sus elementos, y librando el combate que le hemos visto dar, respecto del cual se hallaba en esos momentos dictando el parte á Carlos para el general Aparicio.

Me hallaba en "La Blanqueada", estancia de Ordeñana en el Arenal Grande, decia mas ó menos el coronel Salvañach, y en precaucion de evitar toda sorpresa del enemigo, desprendí al comandante Abel Corrales con unos pocos hombres, con orden de comunicarme inmediatamente la mas insignificante novedad que se produjera. Efectivamente, á las doce de esa misma noche, regresaba Corrales de la estancia denominada "Nueva Alemania", y á esa misma hora penetraba en mi carpa á anunciarme que el enemigo á marchas forzadas se dirigia hácia nosotros con el designio indudable de buscar una sorpresa.

Aunque yo calculaba que el coronel Caraballo no podia caer sobre nosotros hasta las primeras

horas de la mañana, principié á tomar las precauciones que debe el soldado previsor en tales circunstancias. Rodié mi campamento de guardias avanzadas dobles en todas direcciones, á efecto de que aún siendo sorprendidas las guardias de la primera línea, las detonaciones ó los dispersos llamaran la atención de las segundas, las cuales me comunicarían el aviso de la presencia del enemigo á nuestro frente, apesar de tener mi caballería de la brida, la infantería descansando con las armas al lado, y las dos piezas en el centro, pues quería evitar que conociera el enemigo que yo contaba con este recurso y con el cual pensaba abrasarlo á corta distancia.

Con tales precauciones tomadas, me halló el coronel Caraballo cuando en las primeras horas de la mañana se me presentó al frente de novecientos hombres y dando mi derrota por segura pues yo solo tenía doscientos, en cuya circunstancia y en el cumplimiento de órdenes muy terminantes dadas, mis partidas se me principiaron á replugar.

En vista el jefe enemigo probablemente, de los escasos elementos con que yo contaba, no hizo un cerco con sus numerosas fuerzas para llamarme la atención de todos lados y provocar mi rendición. Me trajo una carga resuelta por regimientos de caballería escalonados mandados por Galarza, Tolosa, Irigoyen y muchos otros. En esta circunstancia proclamé á mis soldados, diciéndoles que aun que nos íbamos á batir uno contra cuatro, les respondía con mi cabeza, de la victoria, y que muy luego verían á esos decididos guerrilleros que nos traían tan cerrada carga, acuchillados por la espalda en la persecucion y huida; que buscarían el refugio del grueso de su ejército; todo lo cual decía para retemplar el espíritu de los pocos pero aguerridos soldados que me acompañaban en lance tan decisivo, como para inspirar valor al puñado de jóvenes de las principales familias de Montevideo que se hallaban conmigo y que se iban á batir por la primera vez estrenzando en el Río de la Plata la carabina remington.

Cuando los regimientos escalonados del enemigo se hallaban á corta distancia, en la resuelta carga que nos traían, recién me decidí sobre sus filas á probar mis remingtons, abriendo un pequeño frente para operar. á la vez con mis dos bocas de fuego, frente que volvía á cerrarse mientras estas se cargaban para volver á operar.

Aspés de hallarme prevenido, yo mismo quedé asombrado de los espantosos efectos del remington á tan corta distancia.

Los caballos como heridos por el rayo rodaban por el suelo, y el cráneo de los jinetes saltaba hecho pedazos, formando una masa informe y desangrante donde tropezaban cayendo en ella muchos de los que venían mas atrás y que seguían el ímpetu de la carga.

Los soldados enemigos principiaron á sobrecogerse, pues avezados se hallaban á los destrozos causados por el fusil fulminante, pero nunca presenciaron una matanza mas espantosa como la que aquellas armas ocasionaban con su rapidez vertiginosa. Efectivamente, la herida de la bala remington es horrible. Lanzada con una fuerza espantosa por el fusil rayado en forma de tirabuzon, ella penetra en la carne en su rotacion circular; así es que cuando se halla al término de su trayecto recorrido ha aumentado extraordinariamente su volúmen, arrastrando tejidos que ha adherido á sí mismos, que á su vez han atraído á otros á la misma evolucion, de manera que una bala remington penetra al cuerpo humano en el volúmen que todos conocemos, saliendo de él en una proporcion diez veces mayor, por los tejidos que se ha asimilado en todo lo que forma su volúmen.

Los que venían á caer en la muralla de sus mismos compañeros, aumentaban el blanco, sobre el cual operaba mas impunemente el remington y las dos bocas de fuego, que á la media hora de disparar incesantemente, habian reducido el número de sus adversarios á una tercera parte, produciéndose con el rechazo la derrota.

En estas circunstancias, decía el coronel Salvañach en su parte, mandé cargar mis caballerías, que aprovechando la confusion, principiaron á acuchillar al enemigo, que completamente derrotado dió la espalda, emprendiendo una fuga precipitada, indudablemente buscando la incorporacion del grueso de su ejército, que no á mucha distancia se hallaba.

Tal fué, señor general, terminaba el coronel Salvañach, el resultado de esta victoria, debida, indudablemente, á la superioridad de las armas con que combatiamos, las cuales no será la última vez que trataré de aprovechar hasta que haya efectuado mi incorporacion á vdes.

Como se ha podido ver, cúpole al coronel Salvañach, el honor, si tal puede llamarse, de haber inaugurado en el Río de la Plata el uso de las armas de precision, las cuales fusilaron y echaron por tierra las libertades de la República Argentina á la vez que dominaban el salvaje inermes para siempre, conquistando millares de leguas de desierto, que al dia siguiente entregaban á Chile sus opresores, cuya caesion despertó la codicia del Brasil respecto á los territorios de Misiones.

El coronel Salvañach al terminar su parte hizo una recomendacion especial de Soto, pues su comportamiento durante el combate habia sido ejemplar, despues de lo cual subieron ambos á caballo á visitar minuciosamente el campamento, donde ya los soldados, despues de haber tomado mate y comido á su satisfaccion, dormian la siesta, en su mayor parte como unos verdaderos arzobispos.

Durante la recorrida que del campamento hicieron, Carlos le refirió punto por punto las desgraciadas peripecias de su incorporación, donde vagó durante cuatro días en los bosques como saben nuestros lectores sin haber tenido en ellos otro desayuno que la cigüeña. El coronel le respondió que aquellas peripecias eran hijas de la ingrata profesión de las armas, la cual, con harta frecuencia deparaba iguales á todo el que seguía sus tortuosos caminos; pero que todo ello, al fin y al cabo venía á redundar en experiencia del hombre, pues seguro estaba que en iguales circunstancias ya no se lanzaría á vadear otro río sin hallarse bien seguro que el enemigo no le tendería otra celada.

Ya lo creo, le replicó su ayudante, y sobre todo en las islas, donde preferiría morir que padecer errante de semejante manera tantos días, pudiendo salvar gracias á la noble fidelidad de mis compañeros, los cuales y apesar de haberlo yo pedido reiteradas veces no me quisieron abandonar.

Platicando de esta manera los dos amigos recorrieron el campamento, después de lo cual regresaron á la carpa á tomar el descanso de que eran merecedores.

Mientras el gobierno de Montevideo reunía todos los elementos de que podía disponer, remontando los batallones, organizando regimientos de artillería, llamando á todos los ciudadanos á las armas, para contrarrestar el poder de la revolución creciente; mientras no se oía otro ruido en la coqueta ciudad que el rodar de los sables en el pavimento, pendientes de los tiros que ceñía la cintura de sus defensores; mientras las aceradas puas de la nazarena al chocar en las piedras marcaban con su característico ruido el lento caminar de los paisanos; mientras las partidas se chocaban, los ejércitos se batían, no oyendo el corazón de Carlos otro acento que el bronco de los cañones y el silbar de las balas ¿qué había sido de Ruperta que dejamos en el lecho de Chivilcoy para seguir paso á paso la huella de nuestro principal personaje?

Ruperta, á costa de grandes cuidados había logrado reparar los atroces daños que en su organismo pudo causar el tóxico infernal, y poco á poco se fué reponiendo hasta que pudo en fin abandonar su lecho, ya habiendo, felizmente para ella, dejado la habitación donde se asistía el médico Gallardino é idóse á su casa; pero después de todo lo acontecido no le parecía á la jóven compatible con su decoro permanecer un momento mas en Chivilcoy, donde todo el mundo se creería autorizado á comentar los sucesos á su modo, siguiéndole por todas partes la mirada interrogativa de la sociedad.

La pobre jóven resolvió trasladarse á Buenos Aires, no contando para ello con otros medios de subsistencia que la labor de sus manos, verda-

deramente primorosas para todo lo que fuesen bordados, costuras, y el mismo adorno de sombreros en que se había ejercitado en otro tiempo, pensando que con esto y la protección de algunas señoras que conocía podría atender holgadamente á las primeras necesidades de la vida; además ella sabía que Carlos se hallaba preso, lo cual era causa suficiente para atraerla de una manera irresistible.

Ruperta reunió pues todas sus alhajas, sus vestidos de seda, todo lo que pudiera representar valor en un caso estremo y tomó el tren y se trasladó á Buenos Aires, alojándose en una pieza de alquiler en una casa de la calle de Alsina, donde podíamos citar el nombre de muy respetables personas que en aquella circunstancia la trataron, improvisando su taller de costuras en el que á los pocos días principió á abundar el trabajo, pues en aquella fecha estos talleres no se hallaban como hoy esparcidos por toda la ciudad, ni mucho menos.

La jóven esperó el día en que la entrada era libre á la prisión donde se hallaba Carlos y habiendo comprado con anticipación cigarros, dulces, ropa blanca, se dirigió á la puerta del calabozo donde aquel se hallaba.

Recien ayer nos han sido referidos estos datos interesantes, los cuales no deseamos perder, haciendo un pequeño retroceso en nuestro relato.

No fué poca la sorpresa que recibiera el jóven cuando tan bella imájen se presentaba ante su vista. Primero le pareció que soñaba y que de liraba después, pero el suave calor de la cariñosa mano que con efusión oprimía las suyas, lo trajo luego á la realidad de estos hechos que su suerte le tenía deparados.

—Yo soy, vida mia, dijo Ruperta, con un acento indescribible de ternura. Yo soy que siguiendo el paso de tu planta, he dejado el pueblo, he venido á establecerme aquí, para velar por tí y por todo lo que se refiere á tu existencia.

—Yo te agradezco, en lo mas íntimo de mi corazón, dijo Carlos, esta prueba sin igual de cariño, pero ¿cómo te has lanzado aquí, dejando tu centro de recursos, aquí donde yo en nada puedo socorrerte?

—No creas Carlos, nada me faltará, y nada tampoco habrá de faltarte á tí. Se trabaja, y si mi trabajo no fuera suficiente para los dos, tengo alhajas que vender y ropas de seda que me proporcionarán dinero dándolas á cualquier precio.

Los amigos de Carlos que allí estaban presentes, de visita tambien, se hallaban vivamente impresionados ante esta noble jóven que todo lo abandonaba en pos de un amor tal vez imposible pues á pesar de todo, Carlos había cambiado radicalmente para ella después del lance con el

italiano, ocasionado por una ligereza de su parte.

—Mira lo que te traigo, dijo entregándole á Cárlos el pequeño bulto que llevaba consigo.

Cárlos lo empezó á deshacer, tomando de él los cigarras que le llevaba, fósforos, dulces, papel de escribir y una finísima camisa primorosamente bordada.

—Quiero que cada uno de esos objetos, agrogó mientras Cárlos los miraba, me recuerden á cada instante en el papel, en el libro, en el humo, en la luz, á donde giren tus ojos que me vean.

Cárlos se hallaba abrumado por tanta bondad y tal vez, por la primera vez de su vida, sintió una honda pena en el corazón, porque desde que llegó á Buenos Aires había hecho propósito inquebrantable de romper unos amores que ya no le convenían; sin embargo, Ruperta no vió cruzar por aquella frente altiva aquel pensamiento que era tal vez su sentencia de muerte.

Una vez que fué necesario que las visitas abandonaran á los presos, se la vió cruzar por el patio de la cárcel y salir á la calle. Iba como la estatua del silencio, pero aún dos cristallinas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Desde ese día Ruperta se consagró al cuidado de Cárlos, consiguiendo de sus guardianes permiso para llevarle la comida, lo cual hacia diariamente habiéndola visto muchas personas bajo un copioso aguacero, atender mas que al cuidado de su cuerpo, á que el alimento no se le mojara. Lo entregaba al guardian y se retiraba bajo aquel mismo golpe de lluvia que calaba sus ropas hasta la carne.

Indudablemente la ternura de la mujer es incomparable. Madre, esposa, hermana del hombre, abre sus ojos á la vida y recoge cariñosa su postrer mirada en la muerte.

Ciñe sobre su frente el laurel de la victoria, y le entrega su seno inmaculado para que repose, cuando el infortunio y la adversidad la abate.

Angel de consuelo y de paz de amor y de felicidad, su corazón, como el infinito, no tiene ni patria ni fronteras. Lo mismo acoge al hermano que al desconocido, al rico que al pobre, al compatriota como al extranjero.

Oh! á los que os pregunten donde reside el supremo bien y la eterna felicidad, la verdad y la belleza, la justicia y la caridad, decidles que no la busquen fuera de aquel fuego santo que arde en aquella mirada que como una plegaria se levanta al cielo; bálsamo de vida que arrulla al corazón del hombre para levantar su espíritu á las regiones de la inmortalidad. Podreis jurar que allí vá Dios por donde cruza ella.

Al siguiente día de la escena que acabamos de referir, la pobrecilla Ruperta, corria á la casa del juez, del fiscal, del abogado, del escribano y del procurador implorando la libertad de Cárlos,

jurando de la manera mas solemne que ella habia sido la causa involuntaria de tan grande desventura como era ver en un calabozo á uno de los hombres mas nobles de la tierra. Pero como las cosas de palacio andan despacio, Ruperta iba y venia sin adelantar gran cosa en su afijido empeño, todo lo cual le robaba un tiempo precioso pues tenia que dar cumplimiento á las labores que le proporcionaban el sustento, y no faltar á la verja del preso con el cotidiano desayuno.

Llegó por fin el día que era permitida la visita á los presos y la pobrecilla Ruperta sahumó cuidadosamente sus limpsimas ropas, ciñó su esbelto talle con un vestido oscuro, y el negro manto que usaba cubrió su cabeza, destacando mucho mas el óvalo de su bellissima fisonomía, presentándose á los pocos momentos en la prision donde Cárlos veia con honda pena deslizar la vida, así que la recibió con la alegría melancólica de los prisioneros.

Sin embargo despues de pasados algunos momentos en los que aquella le comunicara todas las diligencias que habia practicado en procura de su libertad, Cárlos le manifestó que suspendiera toda clase de diligencia al respecto pues habia resuelto y tenia todo listo para salvarse.

Ella recibió tal nueva con muestras de la mas grande alegría, pidiéndole tan solo que le dejara acompañarlo cuando del pais saliera, pues su dicha mas grande seria correr la misma suerte que el cielo á él le tuviera deparada.

—No puedo, dijo Cárlos, pues á los amigos que se empeñan en mi salvacion he comprometido mi palabra de partir solo, pues mas fácilmente se salva una persona que dos. Por otra parte, tendré que tomar un bote y embarcarme durante la noche que tiene que ser oscura y probablemente tempestuosa. ¿Cómo hacerte participar de peripecias que pueden comprometer tu vida? Si me sorprenden durante mi salvacion, yo no puedo entregarme; yo me resistiré y moriré en la demanda. ¿Cómo quieres que te haga participar de tales aventuras?

Ruperta inclinó la frente y dos lágrimas como dos gotas de agua cayeron de sus ojos. Oprimia su corazón un sentimiento que jamás habia experimentado en la vida, profundo, desmayante, algo como el presagio de males irreparables y de una eterna orfandad.

—Está bien, respondió, pero una vez que llegues á tu destino, mándame buscar, pues sin tí no podria vivir. Recuerda que todo lo he perdido por tí lo cual no te lo enrostre pero quiero con ello obligar á tu cariño, y si pude alguna vez ser causa para tí de desgracia y no buscabas semejante resultado. Qué feliz hubiera sido habiendo muerto!

Cárlos trató de consolarla prometiéndola que así como se viera salvo y llegara á su destino

la mandaría buscar; ¿pero, qué misterio de sentimiento se desenvolvería en el alma de la joven que estas mismas palabras no causaban el efecto que se buscaba de consuelo?

La despedida de los dos jóvenes fué esta vez mucho mas tierna que nunca, pues Ruperta habia comprendido por las palabras de Cárlos que muy pronto emprendería el arriesgado viaje cuando en aquellos términos le habia hablado y que talvez no lo volvería á ver mas.

Misterios insondables del destino: revelaciones que hace al corazon el presentimiento!

Ruperta salió de la prision y maquinalmente se puso á vagar por las calles. Tenia miedo de regresar á su casa y hallarse sola delante de tan inmensa desventura como la que le ocasionaba la partida de Cárlos y á quien cada momento que pasaba le afirmaba en la creencia de que no le volvería á ver.

La joven principió á caminar sin destino y sin rumbo, en una inmensa ciudad que desierto le parecia pues todos los que iba hallando á su paso eran para ella seres de otra raza diferente de la suya; estátuas evocadas por las sombras de aquella noche densa que principiaba á envolver en sus tinieblas los edificios, las personas, el mas insignificante objeto que hasta hacia poco habia sido visible á la vista del hombre.

Ruperta caminaba sin detenerse, cruzaba por una calle y salia por otra, hasta que quiso la casualidad desembocara á la esquina de San Martin y Temple, donde un enorme gentío se dirigia al templo de las monjas, en cuyo peristilo hallábase una imájen rodeada de luces, de cuya mano pendia una reliquia delante de la cual los devotos doblaban la rodilla y la besaban con unción, dejando al pasar uno que otro peso en la bandeja del postulante que á la derecha de la imájen se hallaba, próximo á una mesa, y á quien, por señor Iturriaga se designó, siendo bajo, grueso, de vientre abultado, algo inclinado para atras, sumamente blanco y de grueso rostro, sobre todo en la parte inferior, y de salientes ojeras; hombre de inmensa fortuna que dedicó los últimos años de su vida á oficios piadosos á los que siempre tuvo afición y que donó á los conventos una parte considerable de su fortuna.

A la izquierda de la imájen, se hallaba un moreno de sonriente fisonomía, y de piel mas negra y tersa que el mismo ébano, de larga nariz aunque guardando regularidad con sus demas facciones; de ojos como la mora, inquietos y brillantes aunque profundamente dulces, contrastando todo ello con el blanquísimo escarpulario que sobre el pecho llevaba, y que se destacaba como un capullo de nieve. El barrio de las monjas ha visto muchísimos años al fiel servidor de las Catalinas, recorrer casa por casa

con un niño Dios en la mano, haciendo la visita para recoger limosna.

Aquel inmenso gentío llamó por fin la atención de la pobrecilla joven, y sobre todo el golpe de luz que desde el interior del templo irradiaba hasta su puerta, transparentando los cristales y lanzando su rayo por las rendijas. El órgano levantaba suavemente sus misticos acordes en los que se fundia la voz femenina del coro, para dar al cuadro un colorido mucho mas característico, pues cualquiera que todo aquello oyera diria á ojos cerrados que de un convento de monjas se trataba.

Aquel inmenso prestigio de Dios y de lo desconocido, profundamente atrayente, fué poco á poco recordando á la joven y trayéndola por fin á la realidad de la vida, á tal manera, que Ruperta se incorporó al grupo de los concurrentes, besó la reliquia de la imájen y penetró en el templo resueltamente, que ofrecia un golpe de vista verdaderamente deslumbrador.

En su fondo, donde el altar mayor se hallaba situado, se elevaba un orden de gradas que partia á pocas varas del muro y que iba disminuyendo hácia la pared á medida que se elevaba terminando en el techo.

El fondo blanco de las graderías destacaban el dorado que en ellas se veía con profusion y la cantidad de luces que ardian en cada una de ellas, desde el piso hasta el techo, era tan grande, que ofrecia verdaderamente un aspecto maravilloso. Ruperta quedó asombrada, y por la primera vez desde que se habian producido en su vida aquella sucesion de escenas verdaderamente dramáticas, desapareció de su mente la idea del suicidio, iniciándose en ella los primeros síntomas de un período de profunda resignación, comprendiendo que la existencia no es otra cosa que una batalla sin descanso que principia en la juventud para terminar en la muerte.

El incienso levantó su nube embalsamada, y detras de la reja misteriosa, fué entonado un cántico, acompañado por el órgano, verdaderamente celestial. No habia en los jiros de su idea fundamental el inmenso amor humano, de que nada en la tierra dá una idea mas alta que la música; no habia en su ritmo la acentuación cariñosa que hace unas veces palpitar el beso que resuena en la rosada mejilla, ó la sonrisa vagorosa que ondula en el lábio palpitante, cuando el misterio del acento apasionado pronuncia aquella frase de Margarita que suele costar la eternidad. La levantada unción que á los cielos hendia en aquel canto que el órgano acompañaba, descorria el velo de lo infinito para hacer su revelación al alma.

El espíritu de Ruperta, en alas de ese canto, dejó un momento la tierra de sus dolores para volar con su pensamiento á Dios. Entónces, midió su pasado con el criterio inflexible de

la conciencia; conoció sus errores y sus ligerezas pensando recién, que no podía poner en el disparadero á Carlos, haciéndole forzosa su compañía, sinó esperar, con heroica resignación á que los sucesos futuros le marcaran su porvenir.

Poco á poco, el canto del coro se fué estinguendo, el órgano enmudeció y aquellas luces que ardian á millares desde el altar mayor principiaron tambien á desvanecerse, apagadas por el cristian, el cual viendo que toda la concurrencia se habia retirado á excepcion de una fervorosa devota que aún allí permanecía orando, á ella se acercó manifestándole que iba ya á cerrar la iglesia. Esta intimacion sacó á la pobrecilla Ruperta de sus profundas meditaciones, pues no era otra la que allí solitaria permanecía, y persignándose precipitadamente, incorporóse, abandonando aquel monasterio donde acababa su alma de tener por fin un momento de expansion, precioso lenitivo para sus muchos dolores, regresando á su habitacion modesta donde mas tranquila ya podría descansar.

Ruperta se sentó en el modesto confidente que adornaba su cuarto, en cuya situacion principió á sentir en todo su sér algo que nunca habia experimentado. Un frio extraño que la estremecía, un sobresalto extraordinario, una fiebre intensa que habia arder su cabeza y se-caba sus lábios; algo que todo su organismo trastornaba y que profundamente habia herido de muerte su existencia.

La jóven que tan mal se sintió, dió voces llamando en su socorro á otra vecina que tambien habitaba en la casa y con la cual se habia relacionado hacia pocos dias, la que presentándose allí, en gran manera quedó sorprendida al ver á Ruperta profundamente pálida, orlando sus ojos una ojera verdosa que recién aparecia y que venia á dar un tinte de tristeza á toda su fisionomia y desconsuelo á toda su persona.

—¿Qué tienes? la dijo, rodeando á la vez con su brazo aquel esbélto talle y tomando asiento á su lado.

—No lo sé. He visitado á Carlos esta tarde y saliendo de allí la casualidad me llevó á las Monjas Catalinas donde he permanecido algun tiempo, regresando de allí. He penetrado aquí, me he sentado y siento en todo mi sér algo tan extraño que me parece he puesto la planta en el tramo primero de un camino que derecho conduce á la muerte.

—No lo creas amiga mia. Todo eso que sientes en tu sér, no es otra cosa que los continuos sobresaltos en que vives de algun tiempo á esta parte; pero ay! te pones mas pálida aún ¿qué sientes en la garganta que la oprimes?

—Siento un hormigueo terrible, una espantosa comeson, á la vez que el aire me falta

sintiendo vehementemente necesidad de respirar. Entrebrea la ventana, dame aire porque me siento muy mal.

María, que así se llamaba la jóven con quien Ruperta hacia poco se habia relacionado, dióse vuelta para detraer la ventana á donde se dirigió, pero al volverse hacia la enferma quedó confundida. Un golpe de sangre habia subido desde las entrañas del organismo hasta los lábios de la pobre jóven, que en aquel instante la arrojaba dejando su rojo surco en todas sus ropas. María corrió hacia ella y rodeando su cabeza con el brazo izquierdo y oprimiendo la frente con la misma mano, con la derecha sacó su pañuelo enjugando afanosamente la traspiracion copiosa que invadia su rostro.

Ay! Dios mio! dijo María con voz que hacia estremecer la emociion . . . tanta saugre! . . . Jesús! . . . es preciso que te acuestes mientras yo corro por el médico.

—Si, anda; porque esta sangre es la misma vida que se principia á escapar por los labios— Siento que los oidos me zumban, y que mi razon se perturba, tal vez por el desvanecimiento. Sombras cruzan por mi mente; sombras de muerte y de horrible penar que giran en mi torno para adornecerme y trasportarme dormida, allá de donde nunca mas se vuelve, y donde se contempla pasar los años y los siglos, y derumbarse pueblos y ciudades, y levantarse los mares inmensos para ser sepulcro de montañas!

No! no quiero seguir! me dá pavor la vista de los esqueletos que las rodean á cuyos negros y carcomidos huesos se enroscan las serpientes. Quiero vivir para adorar á Carlos y nido de rosas brindarle con mi seno, y fragancia de aromas en mi aliento, al fundir nuestras dos existencias en el sublime abrazo. Vé, anda, corre, vuela que yo no quiero morir; tráeme un médico que corte tanto padecimiento calmando la fiebre que me consume.

—Pero, no te agites, no desvaries de semejante manera. Yo iré á buscar el médico, pero es necesario que antes te acuestes, sin lo cual no podré separarme de aquí, pues ya en la cama entrarás en calor y el calor principiará á reparar tus fuezas.

A costa de no pocos ruegos consiguió María que la enferma tomara el lecho, saliendo en seguida á la calle en busca de un médico con el cual regresó á los pocos momentos. El facultativo inquirió minuciosamente todos los antecedentes de la enfermedad que habian precedido al golpe de sangre cuyo rastro aún allí se hallaba vivo, y que pudo examinar, pero no viendo en una causa natural el origen del mal, se hizo informar de María de los sucesos mas intimos ligados á la vida de la jóven, conociendo lo muy agitada que aquella habia sido hasta el punto

del de su mismo bienestar, lo que prueba que los móviles levantados son los que verdaderamente establecen la bondad de las acciones humanas y que hasta á la verdad faltar se puede cuando se trata de la salvacion de los demas, todo lo cual establece que obrando con fondo de bien se vá en caminos de justicia y de suprema verdad, la cual es tan sublime y tan resplandeciente que por completo eclipsa las inexactitudes de la forma.

Pero, apesar de los esfuerzos del nobilísimo y excelente Adolfo Peralta, médico que asistía á Ruperta, y que fué siempre consolador de aflijidos, amigo de necesitados, cuya memoria bendicen eternamente todos los que le sobreviven y le tenga Dios en gloria, la enferma decaía cada día de una manera verdaderamente desconsoladora, pues la tisis no es otra cosa que la asfixia lenta y paulatina del desgraciado sér cuyo pulmon devora la tuberculosis y cuyo órgano impotente en esas condiciones de destruccion para ntrir al humano cuerpo, de los elementos de vida que el aire le presta, siente la falta de ese aire que no puede asimilar y trabaja horriblemente, produciendo en la garganta tan horrible fatiga que la hunde y se levanta incessantemente como descompuesta válvula que ha perdido el compas de sus movimientos y que lucha por recuperar. Nada hay más aflijente que la vista de la garganta de un tísico cuando la enfermedad se halla profundamente desarrollada, y perdonando la comparacion como popularmente se dice, parece exactamente la de un gallo que ha permanecido en el verano muchas horas al sol. Lo mismo ofrece la concavidad y la convexidad alternativa é incesante, palpitando en ella la sed, el cansancio, la lucha desesperada, la asfixia en fin, que combate por adquirir lo que absolutamente le falta, hasta que la pérdida de las fuerzas en esa lucha estéril determina la catástrofe fatal, irparable, terrible, como la tierra que tiembla y despeña la montaña en los abismos.

Ases de los inmensos afanes del noble médico Peralta, el espíritu de la pobre enferma decaía de una manera lamentable y á los pocos dias del primer ataque se hallaba su fisico tan decaido que apenas podia dejar el lecho para sentarse en una silla delante de la ventana donde la bondadosa Maria le hacia largas horas de compañía y en cuya circunstancia habia tenido que confesarle la partida de su amante, el cual, le agregó, no habia venido á despedirse de ella por haberse opuesto á ello los amigos que le acompañaban, pues toda permanencia en Buenos Aires, que prolongara el momento del embarque, seria peligrosa.

Ruperta comprendió que bueno es poco á poco irse acostumbrando á abandonarlo todo, el que tiene que morir; así es que la noticia de la partida de Carlos, no le hizo ya la impresion

desastrosa que le hubiera producido en el primer momento de su enfermedad. La recibió con resignacion juzgando lo percedero de las pobres cosas de esta vida, que el tiempo cambia y que acaba por borrar la muerte.

La jóven iba poco á poco penetrándose de su situacion, pues los golpes de sangre, lejos de calmarse la atacaban con frecuencia de una manera horrible, así es que la idea de su próximo fin la habia familiarizado casi se puede decir con la muerte, expresándose de una manera tan estáticamente filosófica que á veces helaba la sangre de la carifiosa Maria.

—No te apures mucho, le decia, por el sitio donde habras de sepultarme, el cual como tú sabes debe ser en la tierra. El tiempo estingue las generaciones en el transcurso de los siglos, y la relacion de cariño acaba de padres á hijos reconcentrándose en el círculo de la familia. ¿Tú crees, buena Maria, que todos esos esqueletos que con tanta pompa ves se sepultan hoy en Buenos Aires en soberbios mausoleos, una vez que se hayan estinguido nuestras generaciones no serán sacados de allí y arrojados á los osarios? ¿Tenemos nosotros interés en guardar los restos de los que fallecieron hacen quinientos años? ¿Pues qué interés tendrán á su vez en guardar los nuestros los que vivan en esta ciudad dentro de quinientos, mil, dos mil, cinco mil años? Ay! me dá pena Maria, pretender hacer eterno lo que Dios hizo percedero! pretender perpetuar esqueletos que deben convertirse en polvo, es lo mismo que si se quisiera alterar el rumbo del astro misterioso que cruza el infinito á cincuenta mil millones de leguas multiplicados por sí mismos, veinte mil años consecutivos y que se encuentran fuera del campo del telescopio.

—Siempre con esas ideas tristes, dijo Maria, siempre con la muerte en los lábios y el luto en el corazon. Pues yo, amiga mia, tengo ideas muy diversas en el asunto, que ha fortalecido en mí un hombre eminente que no hace mucho me visitaba. Aquel me aseguró, mas de una vez, que no existia la muerte, sinó la transformacion y el cambio eterno de forma. La muerte, me dijo muchas veces, aquel caballero, es la prueba mas alta y concluyente de la suprema sabiduria de Dios. En ella el hombre se despeja de sus riquezas, para cederlas á los demas.

En ella, hacemos acto de abnegacion de la vida, entregando á nuestros allegados, nuestra fortuna, las verdades que hemos reunido en una incansable meditacion; el lazo del pasado que unimos en el presente para dar fundamento al porvenir.

La muerte, continuó Maria, segun las palabras de aquel sábio, es la manifestacion mas grande donde Dios ha revelado su eterna justicia. Yo, agregaba, aquel profundo pensador, os preguntaría, no existiendo la justa ley de la muerte! ¿Qué

rol fendiria en la humanidad el adolescente al lado del hombre de veinte mil años? Entre uno y otro ¿qué competencia seria posible, qué principio de justicia podria regular las acciones de la raza humana? ¿No ves, insensata, agregaba mi amigo, que lo mismo que el hombre, parece el pez, el pájaro, que el hondo habitante de las entrañas de la tierra?

Bueno es, amiga mia, decía Maria á Ruperta, dejar á la raza humana lo que le corresponde y á Dios los profundos misterios de la existencia y el término y fin del hombre; cuya apasionada discusion era un lenitivo á los padecimientos de la pobre jóven que á la verdad se hallaba cada dia mas próxima á la tumba, en vista de lo cual el muy humano doctor Peralta declaró empeñosamente que de tan apurado trance se diera cuenta á don Pacifico, persona discretísima que en ese caso se presentaría mas como amigo que como confesor para no suscitar alarmas en la enferma.

Al siguiente dia de lo que llevamos referido llamaron á la puerta de la casa, sentido lo cual por Ruperta, le vino el presentimiento que á ella la buscaban, y no á otras vecinas, por lo cual le pidió á Maria, que como siempre y cariñosamente haciéndole compañía se hallaba, acudiera á la puerta á hacerse cargo del recado, á lo que su amiga accedió inmediatamente. No se habia engañado. Era el cartero, que llevaba en la izquierda un grueso paquete de cartas, sacando una de las cuales preguntó si efectivamente allí vivia Ruperta á cuya direccion la carta se hallaba. Informándosele afirmativamente la entregó, corriendo Maria con ella á llevársela á su amiga, mientras pensaba que tal vez aquella carta pudiera ser portadora de alguna buena nueva, que viniera á mitigar en algo la triste situacion en que se hallaba. Apenas vió Ruperta á Maria con la carta en la mano, le dijo:

—¿No te decia yo que quien llamaba á la puerta vendria á buscarme? Anoche he soñado con ropas albasimas planchadas admirablemente, con mil objetos blancos, todo lo cual significaba que una carta iba á recibir.

—Esas son supersticiones, Ruperta.

—Sean lo que fuesen ellas, lo cierto del caso es que recibio una carta, y que esa carta puedo asegurarte que es de Carlos, por lo cual te suplico te sientes y me la leas.

Maria hizo asi como le pedia la enferma, y leyó la carta donde Carlos le anunciaba ya de la Asuncion, el regreso á su patria para tomar parte en la revolucion de Aparicio, prometiéndole una visita á su paso por Buenos Aires. Dominada por completo por la visita de Carlos, Ruperta no pensó ya mas en la enfermedad; por el contrario hizo propósito de dejar el lecho al dia siguiente; sin embargo, á la noche de ese dia un nuevo accidente volvió á reagravar el mal de que

padecia, apesar de que, como ya lo dijimos, su situacion no podia ser mas grave.

La tisis seguia su marcha desastrosa, consumiéndose su existencia poco á poco, como el reflejo pálido que se vá estinguendo hasta perderse en la profunda oscuridad.

Hay muchos que piensan que la tisis es una enfermedad envidiable, pues el paciente ignora la gravedad de su estado y su próximo fin.

Esta creencia es completamente equivocada.

La mayor parte de los físicos no solamente conocen el mal y sus consecuencias terribles, sino que además espèrimentan profundos padecimientos. Sus pulmones consumidos por el insecto imperceptible que anida en los tubérculos, acaban por ser arrojados á pedazos, en cuya situacion aumenta la necesidad de respirar porque le falta á la economia las sustancias de vida que le presta el aire. Entónces la garganta se agita vertiginosamente para proporcionar en vano al pulmon un elemento que no puede ya descomponer por hallarse ya deshecha tan preciosa entraña.

A los pocos dias de lo que llevamos referido tal era el estado de la infeliz Ruperta, pero á tal grado de desesperacion, que pidió que la levantasen de la cama porque allí se sofocaba, y la sentaran delante de la ventana que al patio daba, lo cual hizo Maria empeñosamente, haciéndole aire con el abanico que en la mano llevaba, en cuya circunstancia se presentó el generoso facultativo que asistencia le daba y que inútilmente hacia esfuerzos desesperados para salvarla.

El Dr. Peralta en cuanto posó su mirada en el rostro de la enferma notó inmediatamente la espresion fatídica de la cara hipocrática que daba á su fisonomía aquella palidez indescriptible que precede á la muerte; aquel mirar desolado, frio, eternamente interrogante, como si pidiera cuenta á todo lo que le rodea, de su destino futuro, al levantarse ante sus propios ojos la primera losa de la tumba.

Ruperta no podia ya casi hablar, pues el tronco de su lengua completamente seco por el forzado movimiento de una agitada respiracion principiaba á agarrrotarse. Aprovechando la presencia del médico, Maria salió un momento fuera de la habitacion, al patio de la casa, pues la vista de su amiga en tan supremo trance la apenaba hondamente.

Todos los vecinos de la casa tenian viva simpatía por Ruperta, asi es que lo que saliera Maria de la habitacion, D. Manuel, vecino tambien de ella le preguntó:

¿Cómo se halla Ruperta?

—Ay! Don Manuel de mi vida, la pobrecilla está tan grave que temo que no llegue á la noche. Tentada estoy de ir á buscar el confesor.

—Déjala usted morir tranquila, respondió el

italiano. Que vengan á uno en la hora postrera hablarle de castigos y de demonios, debe ser, Doña María, una cosa harto desagradable, y sobre todo, una mortificacion completamente estéril. Dios es el puro cariño, ¿usted cree que necesita de ajenos ruegos para perdonar? Si nuestro padre en la sangre nos perdona las faltas, ¿cree usted, incauta jóven, que nuestro padre en el alma no nos perdonará? Dejen, pues, morir tranquila á esa desventurada, terminó el italiano, y penetró en su habitacion.

En esta circunstancia el Dr. Peralta llamó de la pieza de Ruperta, presentándose María inmediatamente al llamado. La enferma se hallaba en agonía, aguda y terrible, por la sofocacion,

exhalando á los pocos momentos el postrer aliento en los brazos del piadoso médico y de la noble amiga.

Al siguiente dia el fúnebre de los pobres se acercaba á la puerta cargando de mala gana su cochero un ataud de pino pintado groseramente de negro, saliendo al trote de sus escuálidos caballos despues de haber practicado la operacion, en cuyo momento un caballero de gallarda apostura llamaba á la puerta, y saliendo á los golpes el italiano, le preguntó el desconocido por Ruperta.

—Allá vá, le respondió con rudeza, en aquel carro fúnebre á emprender el viaje muy largo de donde nunca se vuelve.

Mientras tanto en el campamento del Coronel Salvañach ya las tropas habian descansado de las fatigas del combate, y se preparaban á regresar á la Blanqueada á efectuar allí la incorporacion con el Coronel Egaña que se hallaba en esas inmediaciones para de allí las dos fuerzas reunidas incorporarse definitivamente al General Aparicio; así es que los toques de la bética corneta ponian en movimiento al paisanaje que no deseaba dejar ninguna de sus pilchas, pues muy bien á los pocos dias podrian hallarse los papeles cambiados, y donde ellos se encontraban hoy, verse mañana el enemigo y engordar con lo que pudieran hallar abandonado

Cada cual elegia el mejor caballo que muy luego aperado completamente, se veia esperando tan solo la órden de partida para ponerse en marcha, la cual se efectuó á los pocos momentos ordenadamente y entre el alegre relincho de los caballos, llegando al caer la tarde á la estancia del Inglés, donde por fin se practicó la primera incorporacion, poniéndose en marcha al siguiente dia todos reñidos buscando el grueso de las fuerzas del general, que acababa de dar á Caraballo la batalla de Severino y la accion del paso de Casavalle, donde el caudillo vencedor contaba ya con un ejército numeroso; teniendo lugar á poco de ello la batalla de Corralito donde Aparicio obtuvo un triunfo decisivo.

Esta accion fué extraordinariamente sangrienta, hallándose Soto incorporado á la infanteria y como capitán. A los primeros tiros del combate se tocó desplegar en guerrilla, lo que hizo con extraordinaria gallardía, realizando prodigios de valor.

El ejército del gobierno fué deshecho, habiendo sido destrozada y lanceada su caballeria, hasta el caer la noche en que hubo que suspender la pelea. Al favor de sus sombras, las infanterias del general Caraballo pudieron salvarse, y marchando continuamente hasta llegar al amanecer al Rincon de Quinteros, frente al pueblo de Soriano, donde debian pasar en un vapor que allí habia al efecto, al otro lado de la isla, librándose un nuevo combate, pero sin resultados, porque las infanterias pasaron al En.

Todas estas victorias habian dado á Aparicio diez mil hombres, asegurándose que fué el ejército mas numeroso que las luchas civiles pudieron

reunir en la república vecina, con lo cual el caudillo resolvió dirigirse sobre Montevideo y sitiario, creyéndolo tomar así en breves dias.

Al frente de fuerzas tan considerables, Aparicio se dirigió á la ciudad, á poco de lo cual un dia se produjo una alarma de todos los demonios en Montevideo. Las guarniciones de los vecinos pueblos principiaron á reconcentrarse á la ciudad con la noticia de que una inmensa columna venia apoderándose de caballos, haciendas, de todo cuanto encontraba al paso y que á los pocos momentos acamparia en la misma Union para de allí preparar un ataque general sobre la plaza.

En Montevideo no se esperaba un ataque tan imprevisto ni habia por consiguiente preparativos para poder hacer una vigorosa defensa, así es que el rumor de la venida de Aparicio principió á circular produciendo la consiguiente alarma entre sus adversarios; así es que se tocó generala, se llamó la guardia nacional creyéndose que era inminente un combate, pues todo el mundo conocia que no aprovechándose el primer momento de sorpresa se daria lugar á que el gobierno se fortaleciera, se fortificara, haciendo mucho mas difícil así su derrota.

La linea de defensa fué establecida y las escasa fuerzas con que se contaban principiaron á tomar posiciones cada una en sus respectivos puestos donde se preparaban á no ceder ni un palmo de la ciudad.

Mientras tanto, así como se tuvo noticia de la aproximacion de Aparicio, sus correligionarios políticos se apresuraron á salir de Montevideo y á incorporarse á sus filas, teniendo con este motivo lugar uno de los conmovedores episodios que mas adelante referiremos, y cuyaheroína fué una joven argentina que en el mismo campo de batalla se coronó de gloria.

Conforme los defensores de la plaza establecieron su linea de defensa, los sitiadores avanzaban hasta la Union la de ataque, cercando con ella toda la ciudad completamente, así es que las guerrillas de una y otra parte principiaron á batirse constantemente haciendo oír sin cesar el estampido irregular de sus armas; pero entre la plaza y los sitiadores habia un campo estorzo dominado tan solo por esas partidas entre las que estaba comprendido el Paso del Moli-

no, dominio de las guerrillas del gobierno. Esto contrariaba sobre manera á Carlos que habia visto el primer día que se presentaron como sitiadores y que se internaron muy cerca de la ciudad, una jóven cuya sin par belleza le impresionara sobre manera.

Soto marchaba de exploracion al frente de su compañía por entre las encrucijadas del Paso del Molino, cuando repentinamente vió sentada bajo unos corpulentos árboles una jóven vestida de blanco que leia tranquilamente un libro, cuyos cabellos, tan negros como el ébano, caian abandonadamente sobre su traje, destacando la mora de su color. Su cutis alabismo que el color de la rosa tomaba en la mejilla, y sus arqueadas cejas, sombreadas con una dulzura cariñosa daban dulce armonia al primoroso engarce de sus ojos cuya tierna mirada quebraba en rayos sus pestañas, negrasy largas como el moreno centro de la niña de aquel par primorosos de luceros.

Carlos que tal vió tentado estuvo de detener la marcha de la compañía, mandar hacer alto y á propósito de cualquier motivo penetrar á los hermosos jardines donde la jóven se hallaba, y por tal de hablar con ella y poder á sus anchas contemplarla, urdir tres mil preguntas é intrincadas indagaciones que sus propósitos encubrieran; pero juzgando desacertado el medio que podia suscitar alarmas, pensó, por el contrario, cumplir su descubierta, y regresando al campamento, volver despues tras del rastro de la jóven que acababa de impresionarle tan vivamente.

Tantos años que faltaba de Montevideo le habian hecho desconocer los alrededores del Paso del Molino, la quinta de Reyes que tenia delante y á la niña Pepita que no era otra la bellísima jóven que contempló con religioso asombro, despertando en su alma un órden de afectos de que ya no se creia susceptible pues tenia hechos propósitos de no amar mas á ninguna otra mujer, guardando á Ruperta un recuerdo imperecedero; pero como las leyes de la naturaleza son eternas y superiores á los designios del hombre, la fuerza del afecto tenia que cumplir su evolucion en el corazon de Carlos, y tal vez por el sitio donde la vision habia aparecido, por las circunstancias en que se hallaba, por el regreso á la patria que en él habia despertado los sentimientos todos de su espíritu, lo cierto del caso es que recibido habia el golpe de la impresion primera que abre el seno del alma á la fecundacion reciproca del cariño.

Carlos, lo mas ligero que pudo, cumplió la comision de exploracion que allí le llevaba y flanqueando las quintas de la derecha volvió al campamento general de todas las fuerzas, donde momentos despues recibia la noticia que las fuerzas de la plaza habian avanzado su linea de guerrillas quedando á retaguardia de ellas las quintas del Paso del Molino. ¿Qué hacer en

este caso? ¿Cómo dominar una situacion que venia á poner entre él y la jóven el campo de batalla de por medio? Soto que no era hombre de arredrarse ante las mayores dificultades, resolvió en la mañana del siguiente día disfrazarse de vasco, cuyo papel desempeñaba á las mil maravillas, é ir á surcar el terreno personalmente y sobre todo volver á ver á la jóven que era lo que mas le importaba,

Efectivamente, seguro de su revólver y de su bien templado puñal vistió á los pocos momentos el traje de los vascogados, subió en su caballo regularmente apergado y se dirigió al Paso del Molino, para lo cual tuvo que pasar por entre las guerrillas enemigas que no opusieron dificultad alguna en su libre tránsito al sencillo hijo de Bilbao, que con tan poca aprehension cruzaba solo, los campos del combate. Se vió por fin en las inmediaciones de la quinta de Reyes y fué bien recibido en la casa? Esa jóven que tanto me ha cautivado debe ser indudablemente alguna de las menores, que ha crecido, que se ha hecho mujer, cambiando radicalmente su fisonomia hasta el extremo de haberme sido imposible conocerla. Ah! insensato de mí, aquel cabello como la mora, aquel cutis nacarado no podia ser sinó de una de las de Reyes! Carlos fuese poco á poco acercando hasta enfrentar el sitio donde dos dias antes habia visto la jóven. Allí estaba con el mismo traje que la primera vez, leyendo el mismo libro, tan soberbiamente bella como habia podídosele ver antes.

Carlos tiró la brida de su caballo y frente á ella permaneció mudo por algunos momentos contemplando los primores de sus formas que bajo el traje se dibujaban; sus manos de una pureza de líneas indescriptibles que oprimian el libro; aquel conjunto, en fin, que el divino cincel habia dado forma en el humano marmol, correcta y dulce, suave y ondulada, dando á los ojos la mirada, al lábio la sonrisa, la sonrosada nacar á la piel, con la facilidad que destaca los astros en los cielos, la mujer en la tierra y los plateados peces en el mar.

Al volver una de las hojas del libro la jóven reparó en aquel vasco que de tan extraordinaria manera la miraba, causándole temor; pero alterando disimuladamente la mirada entre las hojas del libro y la actitud del vascuence, reparó que éste era un mozo á la verdad sumamente simpático, algo mas que simpático, lo que se puede llamar un hombre gallardamente bello, y como el juicio, es acto de la conciencia, y la conciencia obra fuera de la voluntad, juzgó que era bello el mozo y que por consecuencia maldito lo que le

desagradaba aquella su mirada profunda cuyo calor casi se sentía en el pecho; sin embargo, la palabra del deber suena ser contraria á la voz de la naturaleza, y el deber le dijo á la jóven que no debía permanecer así de blanco, á las miradas de un desconocido, así es que, cerrando su libro se incorporó con la intencion, á lo que parecia, de retirarse.

Cárlos que tal vió, picó su caballo y acercándose á la puerta de la quinta echó pié á tierra penetrando en ella resueltamente. La cariñosa Ercilia andaba por allí cojiendo unas florcillas, y al ver al vasco le preguntó el motivo que por allí le traía de esa manera. Entónces Cárlos no tuvo otro remedio que descubrirse diciéndole que el disfraz adoptado era el único medio que le permitía el placer de hacerles una visita.

Mucho se rió Ercilia y celebró la ocurrencia de Cárlos, de presentarse en traje de lechero, haciéndolo pasar á la sala donde les explicaría los motivos de su larga ausencia y de como y cuando aparecía por allí, apesar de que la jóven so'lo sospechó al momento de que venía con Aparicio, pues la familia de Reyes era sumamente blanca, y se hallaba al cabo de cuanto pasaba en la política y por consiguiente estaba muy interesada en el triunfo de la revolucion.

Cárlos le explicó á Ercilia las muchas peripecias de su vida que por tanto tiempo le tuvieron errante por la campaña de Buenos Aires, en el Paraguay, refiriéndole minuciosamente su peregrinacion en las islas al incorporarse al ejército de la revolucion, en cuyas filas venia, hallándose no á mucha distancia de allí lo cual le permitía disfrazarse para visitar á los antiguos amigos.

La jóven celebró sobre manera el arrojó de su antiguo conocido, pidiéndole noticias minuciosas de todo lo que á la guerra se refería á lo cual le respondió Carlos que eran dueños de toda la campaña en ese momento, hallándose á las puertas de Montevideo como lo podía ver; sin embargo, continuó Cárlos, temo mucho por el resultado definitivo de los sucesos. El general Aparicio no pasa de ser un caudillo vulgar á quien la fortuna ha favorecido en los primeros encuentros. No forma un plan, no lo pone en práctica ni lo prosigue hasta sus últimas consecuencias. Combate á lo que salga, y la prueba de ello es que en Corralito se han dejado retirar sin persecucion eficaz no solo á las infanterías del gobierno, sino á Goyo Suarez que se halla actualmente en el norte, que puede rehacer su ejército con aquella base y venir aqui sobre nosotros tomándonos entre dos fuegos: entre los de la plaza y sus nuevos escuadrones con la infantería. Inmediatamente de llegar aquí, hemos debido atacar la plaza pues era la única oportunidad de tomarla. Cada dia que pasa no solo aleja este resultado definitivo de la guerra por

que el gobierno se fortifica, sino que nuestros enemigos reaccionan en la campaña dominando los rios con sus vapores. Con diez mil hombres que tenemos, se pierden dos, pero se toma á Montevideo.

—Qué lástima Cárlos, respondió Ercilia, que tanto sacrificio y tanta sangre derramada, se haya de esterilizar por la incompetencia de un mal candillejo y su falta de decision; es verdad que yo siempre he oido decir á caudillos espermentados que Aparicio era un bravo guerrillero y tal vez la primera lanza del pais, pues vd. sabe que en un lance personal venció al general Suarez sobre el campo, pero que al frente de un ejército daría como jefe resultados calamitosos.

—Que quiere vd. Ercilia; tan cansados estamos todos de persecuciones y de emigracion en el extranjero, que nos hemos resuelto á jugarla con el general Aparicio ó perder la vida en la demanda. Diga vd., continuó, ¿era hermanita suya, Ercilia, esa jóven que leía bajo los árboles?

—Sí, respondió Ercilia. Era mi hermana Pepa á quien vd. dejó chiquilla y que es hoy una mujer. Dentro de un momento ha de venir á saludarlo.

—Siento en el alma, dijo Cárlos, pero pasado mañana le reclamaré á vd. su promesa, que volveré por aquí. Tenge que estar ahora mismo en el campamento; y diciendo esto el jóven se puso de pié para saludar y retirarse.

Adios Cárlos, dijo Ercilia estrechando la mano de su amigo. Mamá sentirá también no haber visto á vd. pues se halla en la ciudad, y á los pocos momentos de lo cual Cárlos saltaba en su caballo y partía á todo galope hácia el campamento.

Cárlos permaneció en el campamento varios dias, siendo siempre el primero en las guerrillas y en las descubiertas al frente de su compañía, donde realizaba proezas de valor. Su jefe era el coronel Basañez, quien le recomendaba siempre que no se prodigara tanto á las balas, pues era costumbre en el jóven permanecer de pié cuando mandaba á la compañía ocultarse entre el pasto desplegando guerrilla de cazadores, de manera que él quedaba como único blanco al enemigo.

Después de tres ó cuatro dias seguidos de fuego, hubo un interregno, el cual se decidió á aprovechar yendo á hacer una visita á las de Reyes; pero como su traje de vasco habia estrañado tanto á Ercilia, resolvió presentarse en casa de la jóven con su propio uniforme de capitán, á pesar de los peligros que pudiera acarrearle cruzar así por entre las guerrillas enemigas. Tal vez pensaba de esta manera impresionar mas vivamente á su pretendida, para lo que

contaba con su valor á prueba y jamás desmentido.

Cárlos se vistió cuidadosamente, estrenando un riquísimo traje de capitán que consigo traía y que reservaba para entrar con él á Montevideo, y llevando además de su espada un magoífico revólver de seis tiros, montó en su caballo y se dirigió á la quinta de Reyes, que como dijimos, quedaba á retaguardia de las primeras fuerzas del gobierno. Este era un acto de verdadera temeridad, completamente estéril, pues sabiendo en su viaje por algunas de las guerrillas enemigas, hubiera tenido que limitarse á vender cara la vida; felizmente para él, á los pocos momentos se vió sano y salvo y al término de su viaje. Cuando llamó á la puerta, las muchachas de Reyes, que paseaban en el jardín, quedaron asombradas.

Ellas, además de haber nacido en un país donde se ha combatido desde la independencia, eran hijas de un general experimentado, de manera que, familiarizadas con los accidentes de la guerra, podían apreciar la temeridad de Cárlos, sabiendo que la quinta se hallaba rodeada de fuerzas del gobierno, de las que quedaba á retaguardia.

Bien merece un ramo de flores y un rico mate la accion que acaba vd. de realizar, dijo Ercilia al estrechar la mano que le tendia Cárlos; pero me parece amigo mio que ó está vd. desesperado de la vida ó se propone que el enemigo lo tome prisionero.

—Nada de eso: bien sabe Dios, y siempre he tenido por seguro, que no hay cosa mas bella que la existencia, donde el Creador brinda al hombre cuanto sustenta la tierra en sus diversas zonas y en sus infinitos frutos, y la belleza y la ciencia y la verdad sus grandes encantos. La vida, agregó Cárlos sentenciosamente, es la felicidad y el progreso á que fatalmente camina el hombre. Solo los traficantes del error y la desgracia humana pueden presentar al mundo como un valle de lágrimas y de menesterosos donde tan solo sea lamentarse, la mision del hombre.

—No le creia á vd. tan filósofo, dijo Ercilia, pero la verdad es que me agrada oírle expresar en términos de esperanza, que cuando menos edifican; pero aunque el jardín está muy agradable, bueno será que pasemos á la sala donde conocerá vd. á la hermanita, compensándose con el descanso los muchos atractivos que nos faltan.

Ya veo, replicó vivamente Cárlos, que la modestia tiene tambien sus inexactitudes, pues si los encantos les faltaran á vd. era cosa de jurarse que en los cielos no se hallarian tampoco.

En estas y otras galantesimas pláticas fueron caminando las calles del jardín, hermoso sitio que

tan bellas mujeres cuya fama de tales cruzó la opuesta margen del Río de la Plata.

A los pocos momentos penetraban al salon de la quinta donde á la derecha de Ercilia Cárlos tomaba asiento reclamándole la palabra empeñada de hacerle conocer á su hermanita, lo cual en breves instantes tenia lugar, presentándose ante la mirada apasionada del jóven, la bella Josefa mas hermosa y encantadora que nunca.

La impresion que de Cárlos recibió fué mas favorable, sonriéndose ingenuamente al notar la diferencia que existia entre el vasco y el caballero que tenia delante, pero viendo siempre en él la dulce y apasionada mirada que habia despertado en su alma una profunda simpatia.

Cárlos, por su parte, se confirmó en la idea que aquella muchacha era lo mas perfectamente bello que habian visto sus ojos en todo lo transcurrido de su vida, sobre todo, cuando respondiendo la jóven á la presentacion que Ercilia le hacia de Cárlos, hizo vibrar su voz que solo hablando cantaba de una manera que encantaba suave y misteriosamente, hasta el extremo de pensar el jóven que aquel arrullo de su sonido se hallaba en relacion con el de su persona, á la cual no habia tórtola capáz de parecerse, por lo cual volvió á jurar que habia de ser suya ó pereceria en la demanda.

Fuese por equivocacion ó por otra cosa parecida, despues de terminadas las presentaciones del caso, Cárlos equivocó su asiento quedando mucho mas cerca de Pepa que de Ercilia lo que no pasó desapercibido á la picarona que juzgó que este detalle habia traicionado al caballero, manifestando en él un vivo deseo de hablar algo particularmente con la hermana, lo cual, á la verdad era exactísimo y haria Cárlos, que no era hombre de perder ocasiones.

La conversacion como era consiguiente se hizo general, pero las miradas de Cárlos á la chica eran tales que ya no dudó Ercilia que su hermana habia despertado en el jóven una verdadera pasion que le hacia como un héroe cruzar las guerrillas enemigas, lo cual pensado por ella como lo decimos, la impresionó de tal manera que se propuso favorecer en todo lo que estuviese de su parte un amor tan puro y noble que habia afrontado tan grandes sacrificios; y como era una mujer de corazon, como concibió, debia llevar á cabo tan buenos propósitos como lo eran propender á la union de su hermana con Cárlos; de manera que se retiró un momento de la sala para hacer venir á ella á su mamá.

Soto que como lo hemos dicho no era hombre de perder ocasiones, así como se vió solo con la chica principió á comunicarle los grandes sentimientos que por ella abrigaba su alma, jurándole, que le llevaria al altar tan que se presentara al sacerdote á sus pies.

Lejos de ser indiferente Josefa á las palabras del capitán, muy complacida por ello se sentía, pues un mozo tan gallardo y tan vehemente, fácilmente despierta un movimiento de simpatía en el corazón de una mujer. Josefa abandonaba su espíritu al arrullo de aquella música, y la palabra del joven, ardiente y apasionada, iba poco á poco subyugando los grandes sentimientos á que era sensible.

Precisada á una respuesta definitiva, contestó que accedería á la demanda si la existencia de aquel cariño que se le mencionaba, se manifestaba por la prueba inoquívoca de una consagración sin descanso.—Cárlos que no deseaba otra cosa que una respuesta parecida, le declaró que abundaría en pruebas de esa clase, como ya lo tenia practicado atravesando, por verla, las guerrillas enemigas.

Este diálogo de amor y de pasión fué interrumpido por el regreso de la buena Ercilla acompañada de su mamá, la cual celebró con muestras de alegría el volver á ver á Cárlos, que como ya lo dijimos, alguna vez habia frecuen-

tado su casa, en los paseos al Paso del Molino, y antes de los sucesos del 65 que á salir le obligaron de Montevideo.

Después de nuevos, francos y leales ofrecimientos recíprocos, Cárlos saludó afectuosamente á tan noble familia, lamentando que sus deberes militares le obligaran á dejar tan dulce compañía, y estrechando la mano de las damas, se despidió y retiró de la casa, saltando ligeramente en su caballo y dirigiéndose al campamento á todo lo que daba su galope, entonando una su canción favorita, lo cual hacia en ciertos y especiales casos en que su espíritu se henchía de satisfacción.

En cuanto se halló sola Ercilla con Josefa, se empeñó de tal manera su hermana en que le refiriera lo que Cárlos le habia dicho, que ella le relató punto por punto cuanto habian hablado y el casi solemne compromiso que desde aquel momento su corazón unia al del joven.

—Nunca se engaña, exclamó Ercilla, una mujer de experiencia en los afectos humanos cuando tiene delante un hombre de corazón.

XXII

Mientras tanto, la guerra pavorosa, la guerra sin tregua ni descanso ni cuartel, entraba cada día en un período mas terrible, á las puertas de aquella heroica ciudad que tantas veces contempló sus invencibles muros manchados por la generosa sangre de sus hijos, en la eterna lucha por la libertad, que vió tantas veces arrebatada por esos mismos opresores cuya cadena ha ido eslabonándose, hasta caer en un gobierno basado únicamente en el patíbulo que levanta en los cuarteles, donde al favor de las sombras de la noche y del misterio de que se rodea, inmola los mas nobles ciudadanos, usando para ello los medios mas péfidos y reprobados, y ahogando el lamento de las víctimas en el estruendo de las músicas y el fragor de las armas.

Pero, lo que mas aterra á los hombres patriotas del Rio de la Plata, es que esa escuela que basa el poder público en la sangre de sus asesinados, se haya arraigado en el noble pais vecino, dando hoy por resultado el gobierno de un hombre reclamado por la justicia humana, las leyes divinas, y que Soto, Mayada, Ledesma, Frenedoso, y otros tantos llaman desde la tumba. Santos no estan solo asesino del hombre y de las trescientas víctimas en cuyo corazon se hundió hasta el cabo la hoja de su daga; es además homicida del progreso humano, reteniendo en el Rio de la Plata la libertad telegráfica, cometiendo delito de lesa humanidad, al hacer servir el hilo que mas significa su progreso, al designio del crimen, violando el secreto de despachos que representan la propiedad, el crédito y el honor del comercio del mundo, pues no se debe olvidar que por el cable de Montevideo pasan para seguir á Europa los secretos del comercio y de los gobiernos vecinos, que violan sus sicarios apoderados de la oficina telegráfica de Montevideo para hacerlos servir á sus designios particulares.

Todos esos vastísimos intereses heridos mortalmente en sus derechos mas sagrados de honor y de propiedad deben agruparse, reunir elementos de armas y dinero para cooperar á la caída del gobierno mas ignominioso que haya deshonrado el honor de la bandera de pais alguno sobre la tierra, y á quien se puede considerar fuera de la ley de las naciones y de la humanidad; pero ya indignación que arrebató nuestra pluma la parte involuntariamente de nuestro relato.

El día 9 de Noviembre y en los primeros albores de la mañana un tiroteo general se sentía en toda la línea que formaba el sitio de Montevideo. Lo que pasa en tales circunstancias habia acontecido.—Una partida aislada se vió en vuelta por un número mayor de enemigos. Los de la plaza la reforzaron, y así sucesivamente el fuego acabó por hacerse general, y talvez los sitiadores habrían resuelto la cuestion si hubieran contado con un número mayor de infantería.

En el centro de la línea de ataque se hallaba el batallón del Coronel Basaños donde Cárlos mandaba una compañía, como se sabe, y como aquel cuerpo hacia al enemigo un fuego mortífero los defensores de la plaza juzgaron conveniente mandar dos batallones contra aquel puñado de valientes. Así mismo no pudieron desalojarlo de las posiciones que ocupaba pero en lo mas récío del combate una bala de cañon habia atravesado de parte á parte al Coronel Basaños, que á los pocos momentos espiraba en brazos de sus ayudantes.

Sobre el campo de batalla fué designado Cárlos Soto, por sus compañeros de armas, para mandar el batallón que á tan bravo jefe acababa de perder, y desde aquel instante el gallardo joven se puso á su cabeza; pero el combate llegaba ya á su término, la noche principiaba á mostrar sus primeras sombras, y hubo que retirarse del campo á los acantonamientos, recoger heridos y tomar las providencias necesarias para volver al romper el día con mas ardor al combate.

Efectivamente, el 10 de Noviembre, con la primera luz del día, rompía el fuego de los sitiadores sobre la plaza con vigor extraordinario, y como si recién principiara la pelea. Las descargas cerradas se cambiaban de parte á parte y el terrible proyectil de artillería hacia horribles claros en ambas filas, que los soldados se apresuraban á cerrar con esa estoica serenidad del combatiente. Cárlos, á la cabeza de su puñado de valientes se habia propuesto vengar la muerte del Coronel Basaños, así es que desplegando el cuerpo en guerrilla de cazadores, dispersó simétricamente los soldados entre las matas, á fin de ocultarlos al enemigo y que pudieran hacer fuego con toda impunidad llegando hasta la boca de los cañones.

Todos se hallaban éntre las matas y él era el único que permanecía de pié, siendo blanco su pecho de todo el fuego enemigo. Sus soldados le suplicaban que guardara como ellos aquella acertada precaucion que él mismo habia ordenado; pero Cárlos que no era hombre de permitir que nadie pusiera en duda su valor, siguió de pié siendo el blanco de la metralla enemiga.

Repentinamente sintió como un latigazo en su pierna derecha, y al mismo tiempo un grueso chorro de sangre que salia de sus miembros y de la misma parte del muslo donde tan rara impresion habia sentido. Se palpó rápidamente conociendo que acababa de ser herido, pero que la bala se hallaba detenida cerca del hueso.

Cárlos Soto como lo hubiera hecho Scevola ó Leonidas, desnudó el puñal que á la cintura llevaba, y abriendo la herida con sus propias manos hizo rodar al suelo la bala que en ella se detenia procediendo inmediatamente á rasgar sus ropas y hacer con ellas un ligero vendaje.

Los soldados que tal vieron, quisieron dejar las filas para venir en auxilio de su jefe, pero éste que los vió les ordenó que no lo hicieran; por el contrario que aseguraran su punteria sobre el enemigo.

Cárlos Soto era tan soldado valiente como hijo cariñoso, asés que calculando que la noticia de su herida podia llegar á Montevideo donde se hallaban sus padres y afijirlos sobre manera, tomó la cartera del bolsillo arrancó una hoja y en ella escribió:

"Querido padre.

Hoy ha sido herido en las avanzadas un capitán Soto, de bastante gravedad. Como Héctor y yo tenemos ese grado, apesar de hallarme accidentalmente al frente del batallon, y como podria la noticia llegar hasta ustedes y proporcionarles un sério disgusto, me apresuro á prevenirles que ambos nos hallamos sin novedad. Un abrazo á mi adorada madre.

Cárlos."

Este billete es un bello modelo de amor filial que acabadamente caracterizaba al hombre, sentimiento grandioso y armónico de los diversos que á su alma daban cualidades de primer órden y que pudieron llevarlo en la vida á grandes rumbos, si el alevé puñal de un asesino no hubiera apagado para siempre el latido de una existencia vigorosa.

Aunque Cárlos impidió que lo socorrieran sus soldados, no pudo así conseguirlo con otro de los capitanes de compañía de su cuerpo, que al ver semejante accion heroica, corrió hácia él y le dió un abrazo, humedecidos sus ojos por la emocion. Allí mismo se hizo cargo del billete para remitirlo á la familia de Cárlos, y como recuerdo imperecedero de la jornada y del hecho heroico de su jefe, lo copió entre la metralla, y hoy nos lo trasmite para consagrarlo á la poste-

ridad que de estas modestas líneas lo recojerá tal vez para hacerlo figurar como episodio curioso de las luchas titánicas de un gran pueblo.

Oh! nobles, leales y francos batalladores de Sud América, que el mundo conoce por Orientales, el día de vuestra rendicion no está lejano que será el último sin duda de la dominacion de aquel, que reclamado por la justicia del cielo y de la tierra es llamado á la vez por Soto, Ledesma, Mayada y tantos otros, desde el helado seno de la tumba!

Aunque Soto se habia hecho superior á la herida recibida que operó con sus propias manos estrayendo de ella la bala, como lo dijimos, una vez terminado el combate no pudo permanecer ya de pié, hallándose estenuado por la pérdida de sangre y la consiguiente fatiga de la lucha. En vista de ello sus compañeros de armas resolvieron llevarlo á la Union á casa de la familia de Fernandez, donde permaneció catorce días, recibiendo de esa buena familia una asistencia tan esmerada que al cabo de ella le fué posible caminar con muletas, y asistir á la toma del Cerro el 28 del mismo mes, á cuya accion, que mandaba el Coronel Salvañach, se hizo llevar en un carruaje. El Cerro fué tomado por la primera vez en las guerras orientales, cuyo hecho de armas motivó una salida de fuerzas de la plaza produciéndose combates verdaderamente sangrientos.

Los sucesos militares fueron sucediéndose con una rapidez extraordinaria, hasta que Aparicio tuvo que levantar el sitio de Montevideo, para acudir á las fuerzas del General Suarez que habian pasado al norte del Rio Negro, donde habia vuelto á formar con la base de las infanterias, un ejército numeroso que le permitió reunir la inhabilidad del caudillo blanco.

No tardó, pues bien pronto Aparicio en verse amenazado por las fuerzas del General Suarez y las de la plaza que obraban en combinacion, viéndose obligado á librar contra ellos varios combates, hasta la batalla que habia de decidir del éxito definitivo de la revolucion y que tuvo lugar en Saucó cerca de Montevideo. En ella el ejército de Aparicio se hallaba ya completamente desmoralizado por los desaciertos del caudillo que ocasionaron una completa anarquia entre los jefes.

Esa accion de guerra fué un completo desastre para la revolucion, pues el ejército blanco fué completamente batido y acuchillado por el General Suarez que quedó dueño del campo de batalla iniciándose una persecucion sin cuartel para los vencidos que huyeron en todas direcciones.

En esta accion de guerra tuvo lugar el hecho heroico llevado á cabo por una dama argentina y á que antes hemos hecho mencion, la cual pasó de la manera siguiente:

Como los que se hallaban al lado en esos

momentos del General Aparicio, dicen que no supo lo que se hacia en esta accion, mandó cargar á cuatrocientos infantes al mando del comandante don Carlos Susviela, contra mil infantes del General Suarez, que se hallaban defendidos por una zanja y apoyados por dos piezas de artilleria.

La derrota se habia principiado ya, así es que Susviela, comprendiendo que se le mandaba á la muerte, se preparó á morir en el campo de batalla, como él era capaz de hacerlo, y al efecto poniéndose á la cabeza de sus soldados, les ordenó cargar á la bayoneta, agregando á la vez que al que volviera cara, le levantaria la tapa de los sesos, para lo cual amartilló su pistola y la empuñó vigorosamente.

Aquel puñado de leones cumplió al pié de la letra la orden de su jefe, y calando las armas resueltamente se puso al paso de trote sobre el enemigo, que rompió sobre los asaltantes un fuego vivisimo por descargas cerradas, las cuales

eran alternadas por los disparos á metralla que hacian los cañones.

A poco de principiada la carga, el fuego enemigo habia reducido á la mitad á los soldados del comandante Susviela, y muy pronto á una tercera parte, en cuya critica circunstancia vacilaba un soldado, y él abrió la boca para dirijirle la palabra. Una bala enemiga introduciéndose á ella le hacia saltar el paladar en pedazos, siguiéndose á la herida una espantosa hemorragia de sangre, cayendo muy pronto á tierra.

Los soldados que se vieron privados repentinamente de aquel espíritu valeroso que como magnetizados los arrastraba á un sacrificio comun, se detuvieron, vacilaron, y en vez de seguir atacando principiaron á hacer disparos á la desesperada.

Entónces, los batallones de infanteria que los esperaban á pié firme, destacaron unas cuantas compañías que salvaron la zanja, y muy pronto aquellos desgraciados se veian rodeados, pereciendo en su totalidad.

XXIII

La noticia de la derrota de Aparicio no tardó en volar á la ciudad, tanto mas cuanto la accion tenia lugar á pocas leguas de Montevideo, donde se hallaba la esposa de Susviela, Constancia Pope, hija de la República Argentina, mujer que lo idolatraba, y espíritu verdaderamente templado en el sagrado fuego del heroismo. La noticia principió á circular con carácter verdaderamente terrible para los vencidos, pues se decia que de diez mil hombres apenas unos pocos habian podido salvarse y eso muy mal heridos.

Constancia sabia que su esposo se hallaba herido ó muerto en el campo de batalla, pues al despedirse de ella, lo habia hecho diciendo que volveria muerto ó vencedor, así es que adoptando una resolucion suprema, se decidió á tomar un carruaje y dirigirse al mismo campo de batalla en busca de su marido.

Hay que conocer la crueldad de las guerras orientales para comprender todo el sublime sacrificio que importaba tan heroica accion. Nadie sabe á lo que ella se esponia al pisar un campo de batalla, horas despues de una accion, donde la soldadesca se entrega al degüello de los heridos y el saqueo de los muertos.

Constancia, pues, se resolvió á morir por la salvacion de su marido y por la propia defensa del honor, y como lo hubiera podido hacer el primer guerrero del mundo que se lanza á una empresa personal arriesgada, tomó un par excelente de revólvers, los aceitó y cargó escrupulosamente, y colocándolos en lugar seguro del carruaje, subió á él, diciéndole secamente al cochero:—al Sauce,—donde acaba ahora mismo de tener lugar el combate.

El cochero que tal oyó quedó hondamente sobrecogido, pues no se esplicaba que hubiera dama alguna en la tierra, capaz de dirigirse á un campo de batalla en los momentos mismos de una derrota en cuya circunstancia tienen lugar los hechos mas terribles.

—¿A dónde, señora? respondió.

—Al Sauce, de aqui siete leguas, donde acaba de tener lugar el combate.

Si se hubiera tratado de otra persona, seguramente el cochero habria desobedecido. Pero, era Constancia, y el carruaje venia de uno de los mas íntimos amigos de Susviela, que al ponerlo

á la disposicion de su esposa, le habia dicho al cochero:

—Engancha y te diriges á la calle de Reconquista 19, donde vive allí la esposa de Susviela. Harás cuanto te diga esta señora; y si no te sientes desde ya capaz de hacerlo por ser demasiado arriesgado, me lo avisas, pues no faltará quien vaya.

El cochero respondió que pondría á escape los caballos aunque lo mandasen al otro mundo; de manera que con tal compromiso contraido de antemano con su patron, no tuvo mas que obedecer sin replicar la órden que le daba Constancia, y cruzando de un chirlo los pingos se puso precipitadamente en marcha.

Mientras tanto, la noticia de la victoria habia producido un entusiasmo indescriptible entre los defensores de la plaza que habian echado las campanas á vuelo, recorriendo las calles con varias bandas de música que tocaban el himno oriental en celebracion de la victoria; mientras tanto Constancia atravezaba todos estos centros de alegria bélica que celebraban las heridas ó la muerte de su esposo.

Peripecias de la guerra civil!

El combate habia tenido lugar al amanecer del día 25 de Diciembre del 70, iniciándose la derrota y persecucion de las fuerzas de Aparicio á las ocho de la mañana, espantosa y terrible pues como es sabido en aquellas guerras no se daba cuartel; no quedando por consiguiente enemigo alguno prisionero siendo todos pasados á cuchillo; de manera que la noticia de la derrota estaba en Montevideo á las diez de la mañana, lo que le permitió á Constancia ponerse en marcha á las once, hora en que efectivamente el carruaje partió á todo lo que daban los caballos para el campo del Sauce.

Las calles de aquella ciudad que la victoria arrebatava con su ardor vertiginoso, haciendo es-tallar las campanas, reventar los cohetes al compás de las bandas de música, que en medio de los vivas de los partidarios del gobierno hendian los aires con sus acordes, eran dejados atras por Constancia, que estimulaba á su cochero á que apurase los caballos, pisando ya en la carretera que conducia al campo de batalla, entre las cuchillas, que caracterizan toda la campaña de ese

país, que la naturaleza al hacerlo tan rico no fué seguramente para que el hombre lo regara con su sangre derramada con tanta frecuencia por sus verdugos y opresores.

A la una del día, la valerosa Constanca pisaba el campo de batalla en busca de su querido Cárlos; pero la terrible vista que se ofreció á sus ojos hizo temblar su corazón por la primera vez de su vida, y dudar de su propio coraje para llevar á cabo la mision que la traía. Los miembros desangrantes del hombre y de la bestia se confundian por todas partes donde mirasen sus ojos, formando grupos cuya contemplacion el alma contristaba. La cabeza del soldado que arrancara de los hombros el golpe de metralla, saltado habia, viéndose confundida entre las entrañas del caballo á quien la bala de cañon dejara sin aliento al esparcir sus miembros mutilados!

Brazos y carabinas destrozadas; lanzas rotas y heridas desangrantes; miembros y ropas desgarradas. Sangre y muerte por todas partes! Aquí, el hijo de parte á parte atravesado, allí el padre mutilado horriblemente, mas allá, el anciano, mas acá el jóven, el alférez, el soldado, el capitán, el general, todos en grupo deforme, entremezclados con los caballos muertos!

Constancia que tal vió, llevó las manos á los ojos, abatió la cabeza, y un grito horrible, contra su voluntad, se escapó de sus lábios. Aquello no se podia resistir, helaba la sangre en el corazón, abismaba el pensamiento, estroviaba la vista, paralizando la mirada ante aquello que no se queria ver y que se estaba siempre contemplando!

Mientras tanto, por un lado y por otro á la distancia se veian patidas de soldados dispersos, que robaban á los muertos y degollaban á los heridos, pinchando con la lanza á unos y á otros para asegurarse si se hallaban con vida, dejándolos á los pocos instantes completamente sin ropas: es decir, en vez de concederles algun socorro, los asesinaban, dejándoles al quitarle sus ropas sin el único auxilio que les dispensara la providencia.

Constancia hizo un esfuerzo supremo sobre sí misma, irguió la abatida frente, y se resolvió heroicamente á cumplir la sublime mision que allí la llevaba, y apartándose de los sitios donde se veian patidas de asesinos vencedores, se puso por el lado opuesto á recorrer el campo de batalla en busca de su esposo. Andaba á la aventura y sin mas rumbo y amparo que el de Dios, y donde le parecia que alguno de los caídos tenia semejanza á su marido, hacia detener el carruaje, echaba pié á tierra, cambiando á los muertos do posicion para poder constatar la cara.

Yendo y viniendo, adelantando y retrocediendo, llegó por fin al sitio donde habia tenido

lugar la carga de infanteria lo que conocido por ella pensó acertadamente que solo allí podia hallarse Susviela si hubiera sido muerto, pues el ejército de Aparicio no tenia mas que un solo cuerpo de infanteria en ese último tiempo y él se hallaba bajo sus órdenes de manera que la casualidad le habia conducido donde habia que cerciorarse mas.

Allí por consiguiente hizo sus mas inauditos esfuerzos para hallar á su esposo, pero no se encontraba ni vivo ni muerto. En tal circunstancia el cochero le designó una pequeña poblacion que cerca se veía, aconsejándole que á ella se acercara, á tomar informes de tan grande desastre, y donde podria pasar la noche si se venia encima sin haber tenido resultado. Efectivamente á los pocos momentos llegaron á esos ranchos, y hablando ella con el dueño de casa le manifestó quien era y la triste mision que en aquellos campos venia á cumplir.

—Señora, le respondió el estanciero, seguramente la providencia la conduce á vd á este sitio. Susviela ha sido herido efectivamente en el combate, pero aprovechando el momento de la retirada que hacian del campo los enemigos vencedores, que siempre se engolfan en la persecucion, ha podido como Dios le ha dado á entender subir á su caballo, ó lo han subido mas bien dicho, llegando aquí donde se encuentra, pero despues del combate ha venido el degüello de los heridos, y temiendo por su vida, despues de practicarle á mi manera la primera cura, lo he llevado á aquel pajonal que vé vd. allí, pues si no han venido aquí las partidas buscando á los fujitivos, vendrán despues y si le hallan querrán degollarlo como á otros infelices.

A medida que hablaba el estanciero el asombro crecia y la emocion de Constanca que hasta ese momento lloraba por muerto á su marido; pero una vez que pudo tranquilizarse le respondió.

—Yo nunca, caballero, ni con nada que hiciera en esta vida podria pagarle la salvacion de mi esposo que acaba vd. de hacer: pero ante todo, hay que llevarla á término feliz, sin lo cual no se verá á salvo hasta que no llegue á Montevideo. Asi como vd. tan justamente teme, puede penetrar una partida, revisando el pajonal, y entonces lo degollarian á Susviela. Vamos á traerle, pues cada instante que se pierda lo acercamos á un fin desastroso, y subiendo ambos á la volante se dirigieron al pajonal donde se hallaba el comandante Susviela con el paladar destrozado de un balazo, el cual, ni el combate, ni la herida que en él recibiera, ni la triste situacion en que se hallaba lo sorprendió tan hondamente como ver en tan solemnes circunstancias á su querida esposa Constanca, en el mismo campo de batalla.

El herido fué trasportado en brazos hasta el carruaje, y entonces su heroica esposa, lo colocó en él, corrió las cortinillas, y le dijo al cochero

que escusando caminos se dirigiera á la mayor prisa posible á Montevideo. La heroica argentina colocó en sus faldas la cabeza de su herido esposo, y tomó en cada mano una pistola para volarle los sesos al primer forajido que osara acercarse á la portezuela.

Con la última luz de aquel día fatal, esa heroína y aquel angel esforzado, entraban á la ciudad con la preciosa carga que no hubiera abandonado, sino con el último aliento de vida, y penetrando á su casa, llamó á los primeros médicos de Montevideo los cuales emprendieron una enérgica cura.

Se trataba de una herida casi sin ejemplo en la historia de la cirugía, pues al dar una órden, la bala le habia entrado por la boca, y destrozándole el paladar se habia vuelto hácia arriba saliéndole por la nariz. Ahí está D. Carlos Sua- viola, cuñado del Dr. Navarro Viola, para mas señas, quien debe conocer la fidelidad de nuestro reiato, quien lleva paladar de plata, que le fué colocado por uno de los principales médicos de Montevideo.

Mientras tanto ¿qué habia sido de Carlos Soto?

El se habia hallado en diversos puntos del combate demostrando su valor como nunca, pero comprendiendo que el caudillo Aparicio no tenia cabeza, ni elementos suficientes para luchar contra la infanteria del general Suarez, compuesta de soldados aguerridos, formados en la revolucion del general Flores, y acabados de disciplinar en la guerra del Paraguay, la mas terrible que han conocido estos paises. Esta misma conviccion le habia hecho tomar una resolucion desesperada de morir combatiendo, pues ya en la victoria poco se podia esperar.

Todos los esfuerzos de valor fueron inútiles retirándose uno de los últimos, del campo de batalla, al cargo de los pocos heridos que habian podido salvarse, pues él se hallaba de la misma manera, á consecuencia de habersele abierto la herida de la pierna y llevarla desangrando; pero no cabia ya duda que la guerra tocaba á su fin, pues á poco de allí tuvo lugar la última y espantosa derrota de Aparicio en Manantiales, donde el caudillo acabó de perder los elementos de alguna importancia que le habian quedado, y que podian servirle de base para reorganizar su ejército, quedando desde entonces como un simple montonero reducido á andar recorriendo los campos.

Uno de los muchos disparates que cometió el caudillo fué el encerrar de la artilleria en un alambrado, así es que en el momento de apuro no se pudo sacar de allí y cayó en poder de las fuerzas del gobierno que lo acuchillaban por todas partes. Los jefes todos habian comprendido que

con aquel pobre hombre no se podia hacer nada pues habia malogrado el esfuerzo generoso de diez mil hombres que espontáneamente se le habian reunido, y á los cuales en su mayor parte hizo perecer.

La batalla de Manantiales tuvo pues lugar mas ó menos en las condiciones que llevamos referidas, dando por resultado para Aparicio una de aquellas derrotas de las que pocas se cuentan en los anales de las guerras orientales y en la que no quedó ni herido ni prisionero en el campo de batalla, pues todo fué pasado á filo de cuchillo.

Cárlos, como siempre se distinguió en los encuentros, siendo de los últimos que dejó el campo de batalla en compañía de algunos amigos para embarcarse en el *Coya* para Buenos Aires; pero como no se debe olvidar aquello de que: *bien venjas mal, si lo haces solo*, á poco de haber abandonado el *Coya* en el triste lanchon, el cielo principió á encapotarse, el viento á silbar, y á levantar sus repetidas y encrespadas olas el Rio de la Plata, amagando sepultar en los abismos aquella débil barquilla que á la verdad iba cargada con un número de emigrados mucho mayor que el que le correspondia y podia soportar.

A esta altura del viaje las olas por completo dominaron la embarcacion, que principió á hacer agua por todas partes y que los pasajeros se apuraban á desalojar, perdiendo por último el gobierno y presentándose el naufragio, pues ya no habia poder humano capaz de contrarrestarlo.

Felizmente para los viajeros, el huracan terrible los habia llevado en direccion á la Colonia así es que habiendo perdido el lanchon todo gobierno, derribados sus palos, en brazos de las olas continuaban en direccion á la costa, donde un espantoso golpe de corriente les hizo encallar hallando así salvacion milagrosamente, en la costa de Caballada, frente á la Colonia. Apesar de verse salvos no las tenian todas consigo, pues la accion no habia sido lejos de allí y las fuerzas del gobierno es natural que vijilasen la costa para impedir por ella la salvacion de los derrotados, en vista de lo cual, á la oracion de ese dia abandonaron la embarcacion y se guarnecieron en un montecito de aquella costa, saliendo uno de los compañeros en busca de caballos para continuar su peregrinacion.

Despues de muchos afanes y fatigas pudieron dar con tres escuadillos rocinantes, que les parecieron espléndidos parejeros, emprendiendo la marcha con ellos ayudados, mitad á pié y mitad á caballo alternándose hasta llegar al Rincon del Rosario donde procuraron embarcarse de nuevo con gran dificultad; pero, ó el tiempo no habia descargado del todo, ó una nueva tormenta volvió á dominar el rio, pues

impedidos por esta causa de tomar la costa argentina, fueron azotados por la tempestad al vecino puerto de Montevideo, viéndose así entregados á sus mayores enemigos.

Una vez que se vieron dentro del puerto, á Soto se le ocurrió hacer acercar la embarcación al costado de la fragata de guerra española "Blanca", y pedir en ella auxilio y amparo á su bordo. Los marinos que son hombres de gran generosidad en estos casos, recibieron cariñosamente á los refugiados trasbordándolos á la "Blanca", donde no con poca sorpresa hallaron infinidad de asilados políticos, amigos y conocidos en su mayor parte. Allí pudo repararse de sus largas fatigas y peregrinaciones, durmiendo en una muy regular cama, lo cual hacia muchísimo tiempo que no tenia la satisfaccion de gozar.

Al dia siguiente, y una vez que fué despaachado por la capitania el vapor de la carrera, Carlos con sus otros compañeros fué trasbordado á él, siguiendo viaje para Buenos Aires, donde llegó al dia siguiente. Le parecia mentira, despues de tantas peregrinaciones, despues de tantos peligros y fatigas, verse en esta ciudad agasajado por todos sus amigos y correligionarios que lamentaban vivamente el desgraciado fin de la revolucion; sin embargo, Aparicio se sostenia en las cuchillas; buscando, ya que no la victoria que nunca mas volveria á alcanzar, siquiera un arreglo de paz que en algo les garantizara la existancia en su patria.

Efectivamente, el país se veía con todas sus fuerzas postradas en una lucha estéril, y la revolucion ya no tenia pretexto alguno, pues el general Batlle habia terminado su periodo, entrando á desempeñar el poder ejecutivo el señor don Tomás Gomensoro, que inició algunas medidas conciliatorias.

Los intereses conservadores del país iniciaron trabajos para provocar un arreglo, viéndose coronados por el mejor éxito, pues el 6 de Abril del 72, se firmaba el tratado de paz por el que deponian las armas los revolucionarios, haciéndose propósitos de olvido de todas las luchas pasadas.

Carlos Soto era pariente y amigo del Sr. Gomensoro, así es que cuando éste supo que se hallaba emigrado en Buenos Aires, le escribió una extensa carta pidiéndole que regresara á aquella ciudad donde tenia algo de particular que hablarle y que muy de cerca se referia con su porvenir.

Carlos se trasladó á Montevideo, y allí le ofreció el presidente de la república el nombramiento de cónsul general en Londres, primero para que los aires del mar le devolvieran las preciosas fuerzas perdidas en fatigas sin cuento y segundo para que dedicándose á la diplomacia pudiera formar una carrera distinguida por demas en cualquier país del mundo.

Soto aceptó, y haciendo todos los preparativos que tan larga travesía exijia se resolvió á tomar el primer vapor de la Mala Real que partiera para Europa, donde se prometia realizar valiosos negocios, y estudiar el fundamento en que reposa el órden social admirable de aquellos países donde la libertad individual existe mucho mas y mejor que en nuestras decantadas repúblicas.

Mientras tanto la familia de Reyes se preparaba á despedir á su amigo con un suntuoso baile, que al efecto tendria lugar en la hermosa quinta del Paso del Molino, ya que á pesar de tantas calamidades y peripecias, el destino les volvia á reunir bajo el hermoso cielo de la patria, aunque no como vencedores, pero sí en circunstancias que hacian posible la vida, pues lejos de llevarse á cabo persecucion alguna contra persona determinada, habia empezado una era de tolerancia reciproca para las personas y para las opiniones políticas.

El baile de despedida tuvo lugar y parece que en él, quedó comprometido Carlos á casarse con la jóven Josefa, cuya palabra realizó mas tarde en medio de la mayor alegría de la familia, partiendo á los pocos dias para Londres donde permaneció cuatro años y donde lo pierden de vista nuestros datos; sin embargo, por confianzas de sus amigos que tenemos, parece que allí, ante aquella civilizacion grandiosa y progresiva, se despertaron en él mas que nunca ideas de engrandecimiento para su patria.

—No se han estudiado, decía, las causas verdaderas del retroceso de la República Oriental, que vienen indudablemente de buenas calidades de su raza—del caudillaje y el militarismo. Un país de hombres bravos para combatir, engendra fácilmente caudillos, y esto es lo que nos pasa. Tenemos, pues, necesidad de asimilarnos hombres de otras razas que vayan á ser elementos conservadores y de compensación á un carácter que fácilmente se entrega á todas las luchas.

La naturalizacion de los extranjeros, obligatoria como en los Estados-Unidos, será lo único que engrandecerá verdaderamente nuestro país, mantando las semillas de todas nuestras discordias, y creando ese elemento neutralizador de un carácter que tan fácilmente corre al campo de batalla y que compromete en un solo dia, todo lo que representa el órden y el trabajo de cincuenta años.

Penetrado de aquellas ideas regresó de Europa Soto á Montevideo el año 76, despues de haber entregado el consulado de Londres al señor Real de Azúa, y en circunstancias en que el coronel Latorre se habia hecho cargo del gobierno Oriental, despues del movimiento militar que dió por tierra con la presidencia de Varela. Soto

entonces se hallaba en la plenitud de la vida, contando mas ó menos treinta y dos años, habiéndole dado su permanencia en Europa, ese último toque que caracteriza al hombre de alta sociedad y de severo vestir, dentro de la mas delicada elegancia.

Cárls se estableció definitivamente en Montevideo, alhajando una pequeña casita en la calle del Dayman, completamente á la europea con aquel adorno y compostura que caracteriza á los hombres de buen gusto, que jamás confunden el uso con el abuso, cuando se trata de la agrupación de objetos y de colores. La casa que habia elegido Cárls para su residencia no tenia mas que cinco habitaciones. Una salita empapelada color perla, sobre cuyo fondo se destacaban florecillas doradas, mas como toque que como adorno, todo lo cual se encerraba en el marco formado en los extremos, que los constituía una faja encarnada de seis pulgadas de ancho, en cuyo borde se apoyaba una línea dorada de medio centímetro. Del centro de cada una de las cuatro paredes pendia un magnífico grabado, representando diversas escenas fantásticas, y muy particularmente los dominios de Satanás que tan admirablemente se desenvuelven en el cuarto acto del Fausto.

Las dos ventanas que daban á la calle, la puerta al patio, como la contigua al escritorio que seguía á la sala, se hallaban vestidas de magníficos cortinados, que caían desde las galerías doradas que se apoyaban á una cuarta del techo, del centro del cual pendía una araña de gas de cuatro brazos, de cristal riquísimo traída por él de Londres cuidadadamente. Los cuatro ángulos de la sala se hallaban cruzados por cuatro mesas de jacarandá y mármol, en cada una de las cuales se apoyaba un espejo de tamaño regular. Las silleras de jacarandá eran de damasco de seda encarnado. Tripe de Bruselas cubría el pavimento, á escepcion de dos caprichosas alfombras que se hallaban á los frentes laterales delante de los confidentes que completaban la sillería, y piezas número uno de descanso.

Cárls se paseaba en la sala, la cual como pieza principal de soltero era zahumada por las bocanadas del humo de esos habanos de característico perfume—no trepidamos en llamar perfume al humo del habano, pues hemos oído decir á distinguidísimas damas, que él es agradabilísimo cuando procede de la isla de Cuba—Cárls pues se paseaba reposadamente de un extremo á otro de la sala, lamentándose sobre manera que un hombre de tanto coraje como ilustración no se hubiera visto al frente de aquel bello país para haber hecho su felicidad completa, llamando al goce y ejercicio de la ciudadanía á todos los estrangeros y ahogando así para siempre al caudillaje, vanguardia de la iniquidad y del crimen.

Soto pensó, que era tal vez la ocasion mas

propicia que podia presentarse á un hombre de corazon resuelto, para acercarse uno á uno á todos esos candillos é inocularles sus mismas ideas provocar un cambio de situacion donde fuera fácil llevar por fin sus ideas á la práctica.

En prosecucion de estas ideas se hizo presentar al coronel Latorre por uno de sus mas íntimos amigos, que lo era á la vez del dictador de Montevideo. Preparada con habilidad la entrevista, tuvo por fin lugar.

A Latorre se le habia dicho que Soto era un hombre de grandes calidades, sin vinculaciones en aquella fecha con los partidos políticos. A Soto se le habia manifestado que Latorre era un hombre de una audacia legendaria, que solo se habia precipitado á un cuartel, que solo habia subyugado un batallon; que con este núcleo, ya positivo, habia pasado á otros cuarteles, apoderándose de la situacion del país con un golpe de audacia de la cual no habia ejemplo. ¿Qué resultó pues de aquí? que Latorre tenia deseos de conocer á Soto y Soto tenia gran curiosidad de conocer á Latorre. Bajo tales auspicios tuvo lugar la presentación que fué hecha en la casa particular del coronel Latorre.

Cárls arregló su toilette una noche, como él solo era capaz de hacerlo, y acompañado de su amigo, se dirigió á casa del dictador. Latorre se hallaba en su escritorio, que era su pieza favorita, paseándose y tomando el mate que un negrillo le servía, cuando le fué anunciado Soto á quien hizo pasar adelante inmediatamente, pues con las referencias que del jóven se le habian hecho, tenia muchas ganas de conocerlo.

Una vez hechas las presentaciones del caso le manifestó el mucho gusto que tenia en conocerle, pues en su administracion precisaba gente poco vinculada á los partidos, y sobre todo honrada pues que los pícaros solo servian para trabajar adoquines, y que por consiguiente con mucho gusto le tenderia su mano en el gobierno.

Cárls respondió al dictador, agradeciéndole sobre manera su buena acogida, y que respecto á la suerte del país, mucho habria que hacer efectivamente para fomentar sus fuentes de riqueza y de prosperidad que lo elevaran á la altura de que era acreedor. La República Oriental, agregó Cárls, ha derramado mucha sangre y sacrificios sin cuento: hoy precisa recojer beneficios; es acreedora á una completa felicidad; terminando así la primera entrevista entre estos dos hombres, entre los cuales se pudiera haber creído que nacía una estimacion reciproca.

¿Cuál era la impresion que de Soto habia recibido el coronel Latorre?

Indudablemente la mas favorable, pues veia en el jóven que acababa de serle presentado, un elemento indispensable para desenvolver los resortes de su gobierno, que únicamente no

debía basar en Santos, Courtin y personas de esa clase.

Necesitaba hombres de ilustración y de corazón, que pudieran ayudarle á pensar, á desenvolver sus planes y á ejecutarlos á la vez con estática resolución.

El fuego de la mirada de Cárlos no podía, pues, engañar á un hombre á quien el ejercicio del poder empezaba á enseñar á distinguir los grandes espíritus de los grandes bribones, y los instrumentos abyectos y serviles de los hombres de corazón y de pensamiento.

Cárlos, mientras dejaba la casa en que acababa de ser presentado, se interrogaba respecto de la impresión que en su ánimo causara el coronel Latorre. Aquella honda palidez de su semblante, aquella mirada en que ardía á la vez el fuego, la luz y la electricidad del rayo, y que desmayaba el frío, la sombra, y el pavor de la tumba, penetrante, interrogadora, muda é impenetrable, lo mismo se entreabría á la franqueza, que se cerraba como la coraza muda.

Nieva, fuego, muerte, vida; todo se fundía en ella y se reflejaba, desde el cristal del tranquilo lago hasta las honéas breñas del abismo!

Nunca he visto, continuaba Cárlos, nada que tenga la fuerza de aquellos ojos ni el poder irresistible de aquella mirada. Pretender contrarrestarla sería lo mismo que oponer el desnudo pecho á la hoja del puñal, ó la débil muralla á los embates del mar embravecido que sepulta pueblos hasta ahoga la montaña estremecida. El negro rizo que de su frente cae, destaca mas la honda palidez de su semblante que acentúa una nariz afilada, algo abultada en los costados de su extremo que se pierde en el negro bigote que termina en el principio de la barba, ocultando completamente la boca. Su talla, elevada y corpulenta le parecia á Cárlos talvez no proporcionada entre la caja y el resto de su cuerpo, predominando en estension este último; pero lo que si llamó su atención, fué la manera, de accionar del coronel Latorre.

La acción en el hombre es el colorido que añade su persona á su palabra, tratando por ella de completar el pensamiento ó de acompañarlo en su significación; pero generalmente accionamos de izquierda á derecha y de derecha á izquierda, entreabriendo los brazos cuando significamos sentimientos de expansión, acercamos cuando nos reconcentramos, é indicamos al cielo ó á la tierra cuando á ellos nos referimos en nuestro discurso ó animado diálogo indistintamente. La acción del coronel Latorre se acentúa por un movimiento de avance y retroceso de sus manos que se revuelven y de sus codos que se apartan se acercan al cuerpo que causa indudablemente

estraneza al observador por no ser común á la generalidad de los hombres.

Tales eran las observaciones que se hacía Cárlos respecto del hombre que acababa de conocer, en cuyo tipo veía un carácter de una energía sin límites obrando en él mas la pasión que la razón y susceptible por consiguiente de afectos ardientes como de odios verdaderamente terribles.

—¿Qué juicio ha formado Vd. del coronel Latorre? dijo á Cárlos el amigo, que lo había presentado y con el que junto se retiraba hasta ese momento.

—Juzgo, respondió el interpelado, que es un hombre en el cual las pasiones imperan absolutamente; por consiguiente, si él se rodeara de hombres que moderaran su carácter sería de provecho, pero si no sabe elegir el círculo que lo ha de rodear, sus consejeros pueden llevarlo á cometer errores irreparables para él y para el país.

—Hombre! no lo hace Vd. tan mal para haber llegado recién de Europa; juzgo que hay mucho de cierto en cuanto dice Vd. pero también algo de exajerado.

—No lo dudo, mi amigo, respondió vivamente Soto, pues todas estas congeturas, son puramente tiempo perdido. La profecía respecto á la misión de los hombres de Estado, ellos la escriben con sus obras, lo demás son habladerías. Razonando de esta manera fueron los dos amigos hasta la calle del Dayman, donde vivía Cárlos, separándose á la puerta de la casa, donde éste último penetró, pues era hora avanzada de la noche.

Como el coronel Latorre le había pedido á Soto que cultivara su amistad, las visitas que el segundo hacia al primero, con frecuencia venían á establecer entre ambos una completa familiaridad que se hizo extensiva á los jefes del ejército. Fué así que cultivando Cárlos la amistad del coronel Latorre, conoció á Máximo Santos, comandante en aquella época del batallón 5^o de cazadores, donde mas tarde y como lo hemos narrado, se perpetraron los mas bárbaros y nefandos crímenes que en otra ocasión hemos hecho conocer á nuestros lectores. Santos, bajo la burda corteza de un hombre nacido en el campo y formado en los campamentos, cuyo espíritu grosero no fué jamás fecundado por la semilla del bien ni la luz de la ciencia y la verdad, lo que basta cierto punto disculpa la ausencia absoluta de cultura de su lenguaje completamente chavacano y maneras mas cerca de los bajos centros sociales que de los salones de la alta sociedad, no carecía sin embargo de una apariencia de franqueza con que sabia atraer á su amistad á los que necesitaba ó á sus victimas á la hoja de su puñal. Hizo á Cárlos Soto, una vez que lo hubo conocido, las demostraciones mas francas de simpatía que por hombre alguno había manifestado en el mundo.

Le abrazó con efusion, protestándole que si algun dia las opiniones políticas de él le habian podido separar en el campo de batalla, aquello mismo seria un título eterno de amistad y cariño para el porvenir.

—Amigo, agregó Santos en medio del mayor trasporte, dirigiéndose á Cárlos y dando un grosero golpe de pié en el pavimento, que levantó bastante polvo en el salon de la casa de gobierno donde hablaban. Vd. viene de vivir cuatro años entre gringos donde todo es el negocio pues, diande se van á encontrar por alli relaciones. Ya verá Vd. lo que es Máximo y como sabe morir por sus amigos. Mañana, amigo Soto, agregó, lo espero á comer en el 5º para que conozca Vd. mis soldados y mi cuartel que es el verdadero baluarte de la situacion.

Soto se demostraba profundamente agradecido á tales demostraciones, creyéndolas sinceras y disculpando ciertas faltas de buena forma en el hombre que á él le parecía un jóven paisano que mas adelante podria ser atraído á las buenas formas de la sociedad, á fuerza del trato con los hombres educados.

Cárlos que habia acabado por asimilarse á la exactitud inglesa en sus cuatro años de residencia en Lóndres, al dia siguiente y al dar el primer campanazo de la hora indicada se presentó en el cuartel del 5º de cazadores.

En la época á que nos referimos el Coronel Latorre principiaba á implantar el dominio del militarismo en la república vecina, así es que los habitantes de los cuarteles, como base principal en que comenzaba á cimentar la situacion se daban una vida de Bernardos. Por primera vez en el Rio de la Plata se veian soldados haciendo la vida de sibaritas, llenos de comodidades, y hasta cierto punto de lujo, así es que el salon

de la mayoría destinada á comedor reunia un verdadero confort y el menor detalle en sus mas insignificantes comodidades.

La larga mesa que cubria un mantel blanquísimo, sobre cuyas copas se apoyaban formando graciosos lazos las servilletas, se veía cubierta de un completo servicio que nada tenia que envidiar al mejor hotel de Montevideo, la cual, en toda su larga estension se veía circundada de sillas que momentos despues se veian ocupadas por toda la oficialidad del batallon.

Apesar de todos estos menesteres, los que conocian íntimamente los entretelones del cuartel, notaban la diferencia sensible entre el boquete que se preparaba al desconocido y la escena que habia tenido lugar en las primeras horas de la mañana y en la que habia tomado parte todo el batallon.

El jefe político de Montevideo habia capturado la noche anterior al soldado Lacochoa del 5º de cazadores, infraganti en el robo de unas gallinas, por cuyo delito le fué remitido á su jefe con la correspondiente nota de acusacion y comprobacion del delito.

Santos condenó á este desgraciado soldado á sufrir la pena de la aplicacion de cinco mil azotes.

Al efecto el batallon se formó en cuadro, siendo colocada la victima en un tablon, amarrado de piés y manos.

La banda principió á ejecutar el toque de ordenanza, y el soldado á recibir los azotes que le aplicaban los cabos, apoyando el cojo sobre la rodilla y descargando cada uno de ellos veinte azotes sobre las nalgas desnudas del soldado.

A los mil quinientos azotes se desmayó la victima, quedando al cabo de los doce mil completamente inútil para toda la vida!

XXIV

De aquella terrible manera había saludado el militarismo la primera luz de ese día á la faz de la naturaleza, mutilando un hombre maniatado y reduciendo á *picadillo* por medio del azote de las varas sus carnes vivas! Tal había sido el desayuno del comandante Santos por la mañana; pero, los baldes de agua lanzados por las manos vigorosas de los cabos de cuarto, habían borrado el rastro, en la plaza de armas del cuartel del ancho reguero de sangre que brotaran las arterias despedazadas del infeliz. Nadie hubiera sospechado que breves momentos antes al gemido lastimero y el afijido sollozar del llanto, se apercibía apenas entre el estruendo de los tambores, los horribles pitos y los instrumentos de cobre mal tocados.

La escena había cambiado por completo: no se trataba ya de azotes ni de pedazos de carne humana que saltaban, se trataba como lo hemos dicho mas arriba del recibimiento gastronómico que haría Santos á su nuevo amigo Carlos y para el cual la mesa completamente preparada solo aguardaba el animado vocerío de los invitados.

Soto, como lo decíamos, llegó al cuartel del 5^o penetrando á la mayoría donde le aguardaba Santos. Acompañado de sus ayudantes se hallaba este y sentado junto á una mesa donde se veían algunos papeles esparcidos, dos tinteros semejantes, una carpeta de hule, algo deteriorada, sobre todo; en las puntas donde se veía blanquear el algodón, y unos cuantos cabos de amohosadas plumas que seguramente acusaban un escaso uso epistolar.

El polvo que cubría aquella mesa que de escritorio dragodeaba, manifestaba á las claras que se hallaba con el plumero divorciada; sin embargo, dominando los objetos que sustentaba se veía una botella de Martell, que podría contener las dos terceras partes de aquel líquido sobre el que boyaba un no pequeño pedazo de corcho que se conoce se cayera al destapar, y unas cuantas copas que rodeaban la bandeja en cuyo centro se hallaba la mencionada botella de coñac.

Santos conversaba con sus ayudantes que de pie se hallaban á su derecha, cuando repenti-

namente se presentó allí Carlos, saludando con la mayor urbanidad.

—Buenas tardes, señores, dijo, colocando el sombrero sobre una silla y tendiendo la mano al comandante del 5^o, agregó: ya vé Vd. caballero que nunca el hombre es tan puntual como para dar cumplimiento á aquello que verdaderamente se desea. Deseaba cumplir el amable pedido de Vd.; saludarle y conocer el afamado batallón de cazadores en cuya mayoría tengo el gusto de hallarme.

Santos, que pertenecía á una clase social completamente destituida de cultura, se vió apurado para retribuir la galantería del jóven y resolviéndose á adoptar una francachela que muchas veces es artificial en esa clase de gentes á que él pertenecía, estrechó hasta hacer doler entre sus callosas manos la angustada que Carlos le tendía y entre risas inmotivadas respondió á su manera, que era con la mayor alegría que vela en el 5^o un hombre distinguido de quien, no iba á ser, sino que ya era su mejor y mas leal amigo, y sirviendo varias copas de coñac para que de su invitación participaran sus ayudantes, propuso un brindis á la futura amistad que desde ya los ligaba, despues de lo cual se dirijieron al comedor y tomaron asiento en la siguiente forma: Santos ocupaba la cabecera, y á su derecha había hecho sentar á Carlos, despues del cual seguía la oficialidad hasta el otro frente de la mesa, donde tomaba asiento el mayor del cuerpo, siguiendo despues de este el resto de los oficiales hasta llegar á la izquierda de D. Máximo.

Soto que al momento comprendió que poco había allí que esperar de una conversacion amena, se resolvió á entretener á sus futuros amigos, á cuyo fin principió á referir sucintamente la admirable organizacion y disciplina del ejército inglés, que ocasion había tenido de estudiar en su residencia en Londres.

—Por allá, caballeros, dijo Soto, se dá mucha mas importancia al soldado que entre nosotros, pues lo que aquí llamamos la cuadra en los corrales, allí sería indigno de los mismos caballos. Los cuarteles son edificios expuestos para habitar el soldado, con todas las comodidades que la civilizacion hace indispensables en la vida.

El soldado tiene allí una pieza para habitar

con su cama respectiva, su pequeño laboratorio con su correspondiente mesita, sillas cómodas y demás objetos que se pueda necesitar. Si es casado puede llevar allí á habitar á su esposa á la que se le concede racion, lo mismo que á cada hijo que nace.

El Estado no ha conocido el deshonor todavia de dejar de pagar al soldado los haberes que trabajosamente adquiere á costa de su sangre.

Santos que tal oia, abria desmesuradamente la boca entre cucharada y cucharada de excelente menestron que habia sido servido, soliendo con frecuencia detener un momento la cuchara antes de llevarla á la boca, permaneciendo con esta última abierta mas de lo que fuese regular.

Carlos que era en gran manera socarron, sin salir de su mucha cultura, y mas listo que una centella como se suele decir, notó inmediatamente la cosa y seguramente á haber tenido mayor confianza le suelta alguna de las suyas recomendándole que no se fuera á tragar algun plato; pero dando la cosa por no vista y no pudiendo hacer uso de la palabra que en la punta de la lengua causábale comezon, agregó:

—Estas pequeñeces, caballeros, que veo que en gran manera les admira, es cosa de poquísima monta en comparacion de la organizacion del ejército inglés. Allí no existe esa lepra de comisarios pagadores, que no son otra cosa que prestamistas disfrazados de tales, sinó simple y sencillamente, la administracion militar, que tiene su reparticion en cada cuerpo, dependiente de la general, é independiente del cuerpo, que lleva la caja y la contabilidad, y paga al soldado y lo provee de cuanto necesita, pues en sus dependencias cuenta con saates, zapateros y todo lo que ha menester para vestirse el hombre, desde el calzado hasta la gorra, y confeccionado ya, se lo entrega al soldado, como el alimento que le sirve en el comedor.

Santos abrió tan desmesuradamente la boca por segunda vez, que ya de ello principiaron á aperibirse los oficiales, apesar del mucho interés que les inspiraba el relato de Carlos.

—El cuerpo de sanidad, continuó, no es menos importante que el de administracion, pues el personal de camilleros ha sido formado por personas elegidas al efecto, que preparan, bajo la voz de mando, arman y conducen las camillas, esparciéndolas en toda la línea de batalla, y cada uno de esos individuos puede efectuar por sí, con los elementos que lleva, una primera cura.

El cuerpo de telegrafistas, continuó el caballero, es tal vez el mas importante en los ejércitos modernos, pues ellos, tendiendo el admirable cable que pone en comunicacion á todos los combatientes, pone en manos del general un elemento de rapidez en las maniobras que las vuelve instantáneas y las hace irresistibles para el enemigo.

—Entónces, replicó Santos, los despachos telegráficos pueden ser aplicados á las operaciones militares y maniobras de los ejércitos? ¡Qué barbaridad! sinó fuera mi amigo el que lo dice, seguramente que negaría que eso fuera cierto.

—Tan cierto, respondió Soto, como que es excelente ese magnifico lechon asado que acaban de colocar sobre la mesa.

Efectivamente, el respetuoso sarjento que la servia acababa de colocar un soberbio lechon asado que aventajaba al mejor cordero gordo.

Santos hacia los honores á su propia mesa, mucho mejor que ninguno de los que se hallaban allí; y apesar de la blanca servilleta que tenia cerca de sí, solia pasar entre sus poblados bigotes el negruzco reverso de su mano, descarnada y temblorosa, mas bien semejante á la garra de una ave de rapña; sin embargo podia observarse que sus dedos se ceñian de una manera admirable al mango del cuchillo que le servia para dividir el alimento.

—Y diga Vd., amigo Soto, cómo aplican los ingleses el cepo colombiano? Seguramente que hombres tan primorosos para todo lo que nos ha mentado Vd. deben ser maestros en el asunto.

—No hombre, se apresuró á responder Carlos, la Inglaterra es un país civilizado, eminentemente humano, y si por desgracia existe allí la miseria que se conoce, es uno de los pueblos mas caritativos del mundo, y por consiguiente, un pueblo tan noble no puede usar semejantes tormentos dignos tan solo de nuestros países bárbaros. El cepo colombiano es el mayor martirio que pueda mutilar los miembros del hombre. Su invencion se debe á dos feroces caudillos de Colombia, los cuales pareciéndoles escasos los castigos de diez, doce, y quince mil azotes, dieron en usar esta máquina horrible de tormento que consiste en poner en cuclillas al soldado, y haciéndole colocar un fusil por las corvas y otro por la nuca, les ligaban los extremos de ambos, una contra el otro, por cuerdas vigorosas y entónces el paciente quedaba reducido á una pelota informe que sus verdugos hacian rodar á punta pié, y muchas veces á garrotazos, y á punta de espada otras.

—Pues no acierto, respondió el comandante del 50, á quien el vino le principiaba á poner elocuente, como un tan grande ejército sin estos medios puede conservar su disciplina.

—Por la educacion del soldado, por la prédica y por el ejemplo que le enseña que la subordinacion á sus superiores, es una necesidad fatal, siendo la disciplina una máquina de acero que acaba por obrar sola y sin necesidad de impulso alguno. Allí se corrigen las faltas por la reclusion y ciertos delitos hasta se penan con la vida, pero no se afronta al hombre por el inútil castigo de sus miembros, que solo sirve para matar es

él los sentimientos de honor y de vergüenza á la vez que destruyen la salud del soldado que es lo que mas importa á las naciones conservar.

—Esas son teologías, amigo Soto, dijo Santos, quien apesar de todo, sobre manera le agradaba la fogosidad con que se expresaba Carlos. Sin castigo no hay soldado posible y el cepo colombiano ha sido, es y será un elemento eminentemente moralizador en nuestros ejércitos. Es la base de la disciplina del 5^o y con él he obtenido soldados excelentes á quienes no habia poder humano capaz de hacer entrar por vereda; pero despues de aplicarles un colombiano se han convertido en los militares obedientes y respetuosos.

Dialogando así; los platos se fueron sucediendo los unos á los otros, los postres y muy pronto el vapor del fragantísimo café que se levantaba de las tazas, mezclándose al humo de los habanos, formaba esa atmósfera confortable que el vocero daba vida en medio de la confusion.

Los oficiales hablaban entre sí, sin cuidarse ya ni de su jefe ni del invitado; pero todos estaban de acuerdo, en que Carlos era un hombre grandemente simpático pues tal sentimiento habia sabido inspirar en el corazon de todos.

Santos declaró que habiendo terminado la comida el que quisiera podria hacer lo que fuese de su mayor agrado, de modo que cada cual tomó el camino que le convino, quedando al último solos en el comedor el comandante del 5^o y Carlos.

Una vez solos en el comedor, y sin testigos de ninguna clase, Santos le manifestó á Soto cual era á su entender la situacion de Montevideo bajo el dominio del coronel Latorre y que, tal situacion podria ser mucho mas próspera para el

pais si las cosas se llevaran de una manera mejor para todos.

Tales palabras en boca de Santos casi importaban una confesion que mas adelante podia ser mayor aun en sus alcances, así es que Soto se preparó á escuchar las confidencias de aquel hombre que recién conocia, tratando de sacar todo el beneficio posible para la suerte futura del país; sin embargo le pareció acertado no manifestar interés de ninguna clase por los sucesos políticos que pudieran desenvolverse, y mas bien inspirar el mayor grado de fé posible al comandante del 5^o, respondiéndole que la situacion del país dejaba mucho que desear, y que, talvez no fuera el coronel Latorre el designado por la providencia para cumplir sus grandes destinos, sino, talvez, con el andar del tiempo, algun otro gefedel ejército lleno de méritos pero que hasta la fecha pasaba desapercibido probablemente.

Santos, algo templadillo, sirvió á su amigo la última copa de coñac, pidiéndole que sellaran con un juramento de ser fieles en todo tiempo á aquella amistad espontánea que sin que nadie la hubiese buscado, venia á unirlos tan espontaneamente.

Carlos no tuvo inconveniente en prestarse á jurar aquel pacto de amistad que le ofrecia el comandante del 5^o; —que diablo, se decia alla en su conciencia, estos hombres son siempre valientes y leales de manera que en cualquier tiempo estoy seguro que este juramento se puede cumplir; y como eran ya las once pasadas de la noche, Soto pidió permiso para retirarse, ofreciendo al comandante del 5^o, su casa y sus servicios; sin reserva alguna, separandose así aquellos dos hombres.

Después que se hubo retirado Soto del 5º de cazadores, Santos encendió el último de los cigarros habanos que habían traído, y que se hallaban sobre la mesa y principió á pasearse agitado por el comedor.

Yo escalaré el poder se decía; haré entender al Coronel que conspira contra su vida, cualquier individuo que me incomode, y así, iré disminuyendo el número de los que se puedan oponer á mis designios. Frenadoso, Mayada Bergara, Ledesma, iban poco á poco desapareciendo y entonces ya no faltará mas que uno solo, y ese ni siquiera habrá necesidad de suprimirlo.

Poder y dinero yo necesito sin límites. Poder para amonadar á mis enemigos; dinero para levantar palacios á cuya sombra parezca un grano de arena la ciudad de Montevideo.

Una vez que mis crímenes y piraterías se conozcan, la prensa chillará, pero yo sabré encadenar la prensa, lo que me será muy fácil—cuestión de un decreto. Tan solo quedarán los imbéciles de los diarios porteños, pero eso es poca cosa. Toda la cuestión se reducirá, primero, á hacerlos hacer pedazos en el correo, y si insatisferen, cerrarles las puertas del país.

Para la prosecución de mis propósitos, no faltarán miserables que me secunden; escritores sin conciencia, asesines de espada, doctorcitos que entre el hambre y la deshonra, optarán por la última. El primer abogado de Montevideo, podría jurarlo, será mi servil instrumento siempre que le arroje por la cara la cartera de un descreditado ministerio.

Al llegar á esta exaltación dramática de sus ambiciones, el comandante del 5º, se detuvo delante de la mesa, sirvió una copa de coñac y la apuró hasta la última gota.

En esa circunstancia acertó á pasar un soldado y mirando por la rendija exclamó de una manera perceptible: hasta verte cristo mío, después de cuya exclamación su pesada planta fué perdiéndose en la arena dejando tan solo á la distancia el ruido apenas perceptible del pasado caminar del soldado.

Después de echarse al pecho la copa, el comandante del 5º pensó que para la realización

de todos sus designios, un instrumento irremplazable podía ser su nuevo amigo Cárlos.

Yo le iré á visitar, se decía, yo frecuentaré su amistad, y una vez que me halle seguro de su energía como de su reserva, le revelaré mis planes, á los que estoy seguro, sabrá con toda energía secundar.

Los alertas de los centinelas venían á dar de cuando en cuando, ese aspecto característico al cuartel que recuerda los grandes tiempos caballerescos militares, y con la campanada de la una de la mañana, el comandante del 5º se echó al buche otra copa, dejó el comedor y se dirigió á sus habitaciones, donde se desvestió, tiró la ropa en las sillas, los botines al suelo que causaron un ruido estruendoso, se metió en la cama y se quedó dormido.

Roncaba de una manera bronca y estridente como un encomulgado.

Al siguiente día de la escena que acabamos de referir, un lujoso tilbury, tirado por un brioso caballo, se detenía á la puerta de la casa de Cárlos Soto. Escusado es decir que el que con tanto garbo le conducía, era Santos, que venía á devolverle la visita que su amigo le había hecho el día anterior; pero indudablemente, este mismo hecho venía á descubrir un interés extraordinario en el ánimo del comandante del 5º acerca de Cárlos. ¿Y cuál podía ser este interés que tan descubiertamente se manifestaba? Indudablemente no podía ser otro que el de estrechar una amistad verdadera con el joven, el de inspi-rarla así, pues aunque Santos recién conocía á Soto personalmente, sabía perfectamente quien era, el temple del alma de Cárlos, episodios de su vida que le retrataban y lo mostraban de todo lo que era capaz, de modo, pues, que Santos se decía: este hombre es verdaderamente irremplazable.

Descendió del tilbury y penetró á la casa donde momentos antes había llamado al sirviente que le acompañaba, anunciándole en ella, de manera que ya Cárlos le esperaba en la sala que conocía nuestros lectores y donde penetró.

—Buenos días, Cárlos, dijo Santos tendiendo la mano á su amigo.

—Buenos días, comandante, ¿se ha desocurrado?

—Ya lo creo; los que estamos habituados á las continuas fatigas de las armas, no precisamos de muchas horas para descansar.

—Pero, siéntese usted, dijo Cárlos con aquella franqueza que le caracterizaba: que diablos! cualquiera creería que viene usted á hacer cumplimientos en esta casa.

—Nada de eso, respondió el jefe del 5º, tomando asiento al lado de Cárlos, y continuó: ¿estamos solos?

—Perfectamente solos. No existe en casa sino un fiel negro, mi sirviente, que me acompaña desde que residí en la campaña de Buenos Aires.

—Entonces se puede hablar con toda confianza hasta de cosas en que le vaya á uno la cabeza.

—Con toda confianza, comandante. Aquí yo respondo de la menor palabra que se diga, y probablemente para asegurar Cárlos mas aún á Santos de lo que le decía, se levantó serciorándose por sí mismo de que todas las puertas se hallaban cerradas, y regresando le dijo: puede vd. decir lo que guste.

Pues bien, dijo Santos con tono de solemnidad: es cierto que le debo mi carrera y todo cuanto soy al coronel Latorre, pero segun voy viendo sus designios recónditos son los de perpetuarse en el poder, de modo que si se le pudiera jugar alguna zancadilla. . . .

Pero, dijo Soto ¿vd. tendrá los medios para ello?

No los tengo aún, pero es muy fácil que los tenga: escuche vd. mi plan. El batallón 5º está formado por mí desde el primer grupo de soldados, desde la primera compañía que se organizó. Los soldados son hechura mía, los cabos, los sargentos, los oficiales. El 5º es Santos como perfectamente lo sabe el coronel la prueba es que éste cuerpo es el de su mayor confianza. Esta es la base, pero como con un cuerpo no podría hacerse nada, yo he buscado al amistad del comandante Tajés jefe del 3º con el que cuento en cuerpo y alma.

Tajés, es un guapo y no siendo amigo de Latorre, apesar de todas las apariencias, me ha jurado secundar mis planes y morir por ellos. Dentro del 3º, es como Santos dentro del 5º así es que no se puede poner en duda que allí se muere ó se mata por él. No queda pues en la guarnición mas que el regimiento de artillería que no me pertenece, y puedo asegurar á vd. que sobre él hago hoy todos mis trabajos.

Casariego no es hombre para estas empresas y á la verdad es amigo del Coronel; pero yo estoy intrigando para quitarle el regimiento y hacer nombrar en su reemplazo á Martínez que es tigre de garras afiliadas. Es capitán mio ya vé vd. que puedo conocerlo y cuando yo lo elevo es porque puedo contar con él. Ahora, amigo Soto ¿que le parece á vd. el plan?

—Veo Comandante Santos que no es vd. tan tonto como parece: el plan es bueno, pero es prematuro. Es necesario esperar á que el país, se canse de la dictadura, para que un motín militar pueda contar con una base de opinion que afiance su triunfo. Sin la opinion se domina pero no se gobierna; mientras tanto recién vd. trata de producir el cambio en la dirección del cuerpo de artillería. Hasta no contar con aquel cuerpo no sería prudente lanzarse á una aventura de esta clase. No es tiempo todavía, comandante Santos.

A pesar de ir Santos decidido á llevar á cabo su empresa, una vez contando con Soto, la palabra de Cárlos influyó sobre él de tal manera que se resolvió á esperar una época mas propicia para llevar á cabo sus designios.

Renovados de parte á parte los juramentos de reserva absoluta, sobre aquella confianza y respecto de cualquier cosa que pudiera ocurrir, los dos amigos se separaron, subiendo Santos á su tilbury y regresando al cuartel del 5º. Cárlos quedó en su casa sumamente pensativo.

Nunca pensé, se dijo Cárlos, que la podredumbre de este país fuera tan grande, ni tan profunda. Los mismos instrumentos abyectos, los mismos sicarios de una situación de fuerza, ligándose contra sus amos. Sería curioso el dominio de un Santos en un país de hombres valientes. Aquí no hay mas que estudiar todos los resortes en que se mueve esta descomposición social y convertirlos en móviles de una completa regeneración social, y con la última reflexión que se hiciera, se puso el sombrero y se fué á la casa de gobierno á visitar al coronel Latorre.

Latorre, como de costumbre, se paseaba en su despacho, tomando el mate que su negrilla le servía.

—Mucho me alegro de ver á usted, dijo al tender á Cárlos su mano, que aquel estrecho: mucho me alegro, porque hace pocos instantes me ha presentado su renuncia el ministro de hacienda doctor Juan Andrés Vazquez. ¿Entiende usted algo de finanzas?

—Sí, señor, respondió Soto. Entiendo de finanzas, no solo por haberme hallado alguna vez en mi vida al frente de un establecimiento bancario, sino porque mi larga residencia en Londres, me ha hecho meditar algunas veces muy seriamente en las combinaciones económicas que casi siempre deciden de la suerte y de la prosperidad de una nación.

Pues, bien, replicó Latorre, voy á nombrar á vd. Ministro de Hacienda. En nuestro país no hay que andar haciendo muchas combinaciones económicas, lo que se necesita es honradez, celo, buen tino, ¿acepta vd. lo que le propongo?

—De ninguna manera, señor, respondió Soto. Yo no me encuentro todavía con las suficientes aptitudes como para tanto—me parecía que vd. se

refería á otro órden de responsabilidades cuando dirigió la pregunta. La hacienda de un país es algo mas difícil de llevarla que lo que á primera vista parece, además ¿que dirían de mi que no he desempeñado ningun cargo publico en mi país si me atreviese á afrontar tan grandes responsabilidades? Gracias, Coronel, agradezco intimamente este elocuente testimonio de amistad con que vd. me favorece, pero es invocando los mismos títulos en que su favor se apoya, en que yo me fundo para rechazarlo.

No sea vd. niño, respondió Latorre, vd. debe ayudarme; se trata de servir al país, y él que trata de servir á su patria poco debe preocuparse de lo que digan los demás.

Precisamente yo quiero rearme de hombres jóvenes que no tengan viejos compromisos de partido, que no se hallen vinculados ni á grandes errores ni á negras perfidias. Necesito hombres inteligentes y resueltos que me pertenezcan en cuerpo y alma—los cuales no retrocedan ante las responsabilidades ni ante los actos mas supremos de mi gobierno. Por esa razon me habia fijado en vd. y mucho me sorprende que rechace un jóven lo que tantos hombres formados y de posicion social solicitan. Les doy pues veinticuatro horas para pensar y resolver respecto de esta proposicion que con todo mi corazon le hago.

Muy bien señor, respondió Cárlos, y estrechando la mano del coronel se retiró. Me extraña, pensó el coronel Latorre tal negativa. Misterio de las circunstancias y de los hombres!

Llegado que hubo á su casa, Cárlos reflexionó profundamente respecto de la proposicion que le habia hecho el coronel Latorre; de lo que ella significaba como compromiso político y como distincion personal.

—No, se dijo, yo no puedo aceptar un ministerio en una situacion que algun dia derribaré ó ayudaré á derribar: no. Un ministerio, aceptado por mí, significaría una claudicacion de mi bandera, una traicion al credo político por el que combatí desde que brilló la primera luz de mi inteligencia y el primer acero que esgrimí mi mano. Para servir á la dictadura no he comido cigüeñas en el Uruguay ni he caído en sus esterros rendido por el hambre y el cansancio. Para servir á la dictadura no he puesto mi corazon de blanco á la metralla, ni he rasgado mis carnes atravesadas por las balas!

Cárlos Soto no sirve á la dictadura, exclamó, irguiendo la altiya frente, y sentándose á su mesa escribió al coronel Latorre confirmando su negativa de aceptar la cartera de hacienda. Lo he pensado, le decía en su carta, y no me encuentro con fuerzas suficientes como para sustentar tan pesada carga. No faltará quien con ventaja me reemplace, y cerrando la carta escribió la direccion y se la envió al coronel.

Latorre se sorprendió en gran manera al recibir la confirmacion de la renuncia de Cárlos. No estaba acostumbrado ni creía que hubiera en Montevideo hombre alguno capaz de rechazar un ministerio; y conforme le hubiera desagradado la negativa, pensó que tal rasgo era muestra de un evidente desinterés y que el hombre que lo producía tenia bien puesto el corazon, y en vez de enfriarse con Cárlos le tomó un verdadero cariño que desde ese momento no trató de ocultar.

Juntos salian á paseo, juntos iban al teatro, donde á vista y paciencia de la concurrencia se ponian en el palco á tomar mate! y mientras tenian lugar las escenas mas patéticas de un drama, ó la ejecucion de la pieza; musical de mas sobrehumano conjunto. El Paso del Molino les veía á los dos pasar en el mas suntuoso carruaje, participando á la vez del mas sencillo goce privado, desde la mesa hasta la improvisada reunion familiar.

Latorre pensaba vencer con el tiempo la resistencia de Soto á acompañarlo en el gobierno, pues pensaba que Cárlos al frente de un destino semejante era un hombre incontrarrestable, que sería al fin en lo futuro la piedra angular de su poder.

A la vez que Soto habia estrechado así sus relaciones con el coronel, lo mismo lo hacia con los demas jefes del ejército, compartiendo su tiempo ya en el 5º de cazadores donde con frecuencia comía, como en el 3º, haciéndose tambien íntimo amigo de Tajes.

Llegó momento en que Soto era la primera influencia en Montevideo y que su interposicion hubiera decidido de la suerte de un hombre.

Cuando principiaron á tener lugar los primeros actos de violencia de la dictadura, Soto compró un cuaderno y escribió en la primera página: "Historia de las violencias y delitos llevados á cabo por los opresores de Montevideo" y cada noche al retirarse á su casa se encerraba en su escritorio y escribía suscita y circunstaniciadamente todo lo que importara un hecho llevado á cabo contra la justicia y el derecho.

Indudablemente esto demuestra que la idea que dominaba á Soto en absoluto era cambiar radicalmente la situacion de su país, cuando llevaba un balance diario de los hechos cometidos por la dictadura.

¿Sería para imponerse como dictador? No es creible, pues él se habia batido siempre por una causa donde figuraban hombres á los cuales no era fácil eclipsar, ni al absolutismo y la opresion tenia tendencia el menor acto de su vida; por el contrario era generoso y abnegado y de ello habia dado infinitas pruebas á su partido y á sus amigos.

Es mucho mas probable que el pensamiento recóndito de Soto era asestar un golpe de muerte

la militarismo para llevar al poder á los hombres de principios de su partido y abatir el patibulo que se levantaba en los cuarteles donde Santos principiaba á esgrimir sin piedad su puñal alevoso y á convertir en asesinos sus desgraciados soldados á quienes con mucha frecuencia mandaba aplicar, ocho, diez, doce y quince mil azotes dándoles á la vez los horribles tormentos del cepo colombiano.

Los horrores que ya en esa fecha principiaron á tener lugar en el 5^o, no tienen ejemplo. Aquel miserable asesino que pisando gargantas ensangrentadas ha logrado escalar el primer puesto en un país cuyas tradiciones son tal vez las mas gloriosas de la América, no ya en las luchas internacionales que por su corta edad no ha podido tener, pero si por su historia política en la lucha propia por la independencia y por la libertad; aquel miserable asesino, decíamos, empezó á usar dentro de los muros del cuartel infinitos instrumentos de tortura para subyugar la victima de quien desconfiaba y hacerla confesar á su voluntad.

Un día la América y el mundo se vieron sorprendidos por la revelacion de las torturas aplicadas á Volpi y á Patroni. Nadie sabia que tales medios se usaran en rincon alguno de la tierra para arrancar una confesion á los labios del hombre; pues bien, aquello no era la revelacion de un atentado consumado contra la humanidad en el acto primo del hombre gobernante; era la revelacion de un sistema perfeccionado en muchos años de práctica y de siniestra aplicacion dentro de los muros de los cuarteles.

Aquellos anillos que se habian ceñido á los dedos de los desgracia los italianos, no eran los primeros huesos que habian triturado en su cinta de acero! Aquel bracero, no eran los primeros piés desnudos que habian abrasado, ni el tormento de la sed á la vista del agua, no era tampoco la primera garganta que habia agarrotado!

La inquisicion del militarismo oriental, lo mismo que el tribunal del Santo Oficio, habia perfeccionado sus medios de tortura sobre la carne viva de las víctimas!

Santos, pues, azotando, aplicando las hor-

ribles torturas que nemos mencionado, acabó por hacerse el instrumento terrible de la dictadura. Las victimas penetraban al cuartel del 5^o, pero del cuartel del 5^o no volvian á salir jamás.

Una vez llegó de Buenos Aires un individuo á quien se acusaba de querer asesinar al coronel Latorre. El individuo desapareció á los pocos dias, y no se volvió de él á saber jamás.

Un dia se produjo un gran bajamar en Montevideo, y los moradores de los alrededores del puerto vieron con no poco espanto que la bajante del mar descubria el cadáver de un desgraciado que habia sido, sin duda, asesinado y enchalecado despues en una lona que le cubria de la cabeza hasta los piés, y de un extremo de ella la punta de la cadena que sujetaba la piedra que se hallaba anclada en el fondo del mar. El pavor de los moradores de la ribera fué estendiéndose por todas partes y de todas direcciones de la ciudad venian á ver el cuerpo de aquel Hamlet que sargia de las aguas, como una protesta muda y pavorosa para acusar á los asesinos y dejar un rastro evidente del crimen á la justicia humana, si allí hubiera existido.

La noticia esparcida por toda la ciudad llegó por consiguiente hasta el fuerte donde de ella se hacian los mas estraños comentarios, pero ninguno decia que el asesinato y anclamiento hubiera tenido lugar por individuos del 5^o.

Entre las muchas personas á quien se refirió el suceso una de ellas fué al comandante Santos. Este cuando tal oyó exclamó pegándose una horrible palmada en la frente.

—¡Qué animal de Courtin! no se le puede encomendar ninguna comision laboriosa.

Si yo hubiera sido el de la comision juro por la luz que me alumbrá que aquel belitre no hubiera vuelto á reaparecer jamás de entre las aguas.

¿Alguien oyó decir que Ladesma levantara la cabeza desde el fondo del Uruguay? Tal era el comandante Santos!

A mediados del año de 1878, Santos que había hecho una prédica incansable en el ánimo del coronel Latorre para obtener el nombramiento del capitán Valentín Martínez como 2º jefe del regimiento de artillería, persona de afilada garra é instrumento ciego de sus negros designios, obtuvo por fin el nombramiento anhelado en aquel cuerpo que era en aquella fecha el crédito del ejército oriental. El regimiento de artillería mandado por el comandante don Plácido Casariego, militar pundonoroso, y compuesto de una oficialidad distinguida que jamás se manchó, ni en el crimen ni en la abyección, era como se sabe el objetivo de los trabajos del comandante Santos para apoderarse de la situación.

Santos haciendo nombrar á Martínez como segundo jefe, introducía en el cuerpo un instrumento ciego de sus ambiciones, y un cisma á la vez, por que pondría en jaque al segundo jefe con el primero, y lo haría saltar, pues el comandante Casariego presentaría su renuncia al verse de cerca hostigado, como lo hizo despues, y así el comandante del 5º quedaba apoderado del último elemento que le faltaba para realizar la conspiración contra el coronel Latorre.

Una vez que Santos obtuvo el nombramiento, hizo enganchar su tilbury y se dirigió á escape á casa de Soto.

—Hé obtenido, le dijo, lo único que me faltaba para poder contar con todo el ejército de Montevideo: el nombramiento de Valentín Martínez para el regimiento de artillería. Valentín me pertenece en cuerpo y alma y además lo tengo juramentado. Obedecerá mis ordenes ciegamente así es que á los quince días le puedo á Vd. asegurar que Casariego habrá saltado del cuerpo.

—Perfectamente dijo Soto. Entonces vd. dispone del 5º, del 3º de cazadores y de la artillería ¿no es eso?

—Exactamente, respondió Santos, y con tales elementos ¿vd. duda del éxito de la revolución?

—No dudo del éxito de la revolución, por el contrario, la acepto, me afilio á ella, creo que ahora recién es el momento de llevarla á cabo sin tregua ni descanso, pero en medio del mas profundo sigilo, pues todos jugamos la cabeza en la parada. Vá vd. á jurar como soldado y

como caballero, dijo Soto al comandante del 5º, con aspecto solemne de que raras veces en la vida se revestia, va vd, á jurar afrontar la muerte cincuenta mil veces y toda clase de martirios y torturas antes que revelar á nadie la empresa que vamos á llevar adelante.

—Lo juro como caballero y como soldado; respondió Santos, tendiendo á Cárlos aquella negra mano manchada tantas veces en sangre y que al poco tiempo de la fecha había de estripar el puñal alevoso contra el noble pecho del hombre cuya mano estrechaba.

—Pues yo, respondió Cárlos, juro tambien morir en la demanda, garantiendo bajo la sagrada fé del caballero y del soldado que no habrá poder capaz en el mundo de arrancarme el secreto de esta conspiración.

Yo sé comandante Santos, cómo se combate y como se muere por la patria, como se lucha y como se vencen opresores, y como se hace ródar por tierra el pedestal del poder cuando él se basa en el terror y en la sangre de sus asesinados! y diciendo así con un timbre de voz que el entusiasmo conmovia y pectico hacia la elocuencia, Cárlos con un movimiento que la grandeza llenaba de magestad llevó entrambas manos á la pechera de la blanca camisa que el negro chaleco destacaba y entreabriéndola descubrió su pecho blanco y terso donde la musculatura acentuaba su forma poderosa y sombreaban las sortijas de un vello que le daban varonil aspecto.

El pecho hermoso de Cárlos presentaba en su region derecha la huella de una profunda herida recibida en los campos de batalla.

—Este es mi bautismo, exclamó, que como se puede ver no ha sido recibido por la espalda. Si su ancha cicatriz se vuelve á reabrir y torna á ser inundada con mi sangre, que ella venga á sellar el sagrado pacto que en este momento terminamos.

El asesino contempló un momento aquel hermoso y noble pecho que la cicatriz de una antigua herida surcaba.

¿Le estudiaba desde ya para elegir el sitio donde sepultaría hasta el cabo la hoja del alevoso puñal?

—Yo respondió Santos, no he recibido nin,

guna herida por la patria: las balas me han respetado en algunos encuentros donde me hallé; pero ya que no puedo jurar por las que he recibido juraré por las que he dado en defensa de los amigos, y puede estar seguro amigo Soto que no solamente yo cumpliré la palabra empeñada sino Tajes, Martínez y demás compañeros.

—Muy bien, respondió Carlos, ahora es indispensable que todos nos pongamos al habla para convenir el día, el sitio y la hora en que la conspiración se ha de llevar adelante y los medios que para ella se habrán de usar resolviéndose por consiguiente si el coronel Latorre será muerto ó secuestrado.

La mayoría de los conjurados resolverá el punto para lo cual será conveniente que nos reunamos en el cuartel del 5^o, mientras tanto yo iré redactando el manifiesto que se dará al público una vez consumada.

Santos le pidió á Soto que le permitiese darle un abrazo en prueba de aquella acción que tal vez sellaran con la muerte, y el noble joven estrechó entre sus brazos al asesino, cuyo rostro había sido salpicado ya por la sangre de Ledesma, Frenedoso y millares de víctimas inmoladas bajo el filo de su alevoso puñal. Se separaron y Santos volvió á subir á su tilbury tomando el camino del cuartel.

Mientras tanto las mas estrañas reflexiones principiaran á asaltar su imaginación durante la travesía. ¿No estaré trabajando para Soto? se decía. Un plan madurado desde tantos años ¿no vendrá á ser el beneficio de un hombre que recién ha llegado entre nosotros y que no ha tenido ninguna participación en los hechos que verdaderamente han arraigado nuestro poder? Todo hombre que podía hacerme sombra, no solo lo aparté de la amistad del coronel, sino que lo denuncié y murió á mis manos en el 5^o. ¿Y todo esto para que lo aproveche Soto?

—No hay duda, he procedido de lijero haciendo á Carlos poseedor de mis secretos y poniéndolo casi se puede decir, á la cabeza del movimiento. El manifiesta calidades insuperables, que recién ha demostrado en todo su vigor. Es un hombre que, lejos de ser dominado es fácil que

domine cuanto le rodea. No me conviene: he obrado de lijero! Y aquel miserable que acababa de sellar un pacto solemne principiaba á traicionarlo con el arrepentimiento de su consumación poniéndose en el camino de delatarlo.

Y pensando así llegó al cuartel del 5^o, bajó del carruaje y penetró á su habitación en la cual permaneció un momento meditando el plan que le convenia seguir para lo sucesivo, resolviendo esperar y observar profundamente las tendencias de Carlos y sus recónditas afinidades políticas.

Mientras tanto Carlos Soto se paseaba agitado en la sala que le conocemos esclamando:

—Ah! difícilmente el destino ó la combinación de los sucesos me presentará jamás una ocasión como la presente para hacer la regeneración completa de mi patria. El 5^o! la artillería! el 3^o de cazadores! con mucho menos se aplasta al militarismo y se sienta en el gobierno hombres que hagan la verdadera felicidad del país, basada en el sufragio libre, en el progreso, en la mas absoluta libertad.

Se dirá que á la amistad he sido ingrato. Qué me importa si á la patria he sido fiel!

Al mismo comandante Santos que sin saberlo á esta obra coopera, sus infamias le podrán ser perdonadas y al frente de su cuerpo hacer una figura en la nueva administración; pero me parece que aquellas palabras mías en que arrebatado en un momento de entusiasmo me espresé contra el militarismo no le han de haber agradaído. No importa, yo no puedo mentir y por otra parte la fé de su palabra tengo empeñada.

Mientras esto pasaba, el coronel Latorre mandó llamar á Soto y le dijo que ya que no había aceptado un ministerio se pusiera siquiera al frente de una de las gefaturas de campaña donde podia servir al país y á la situación con su rara energía.

—No puedo coronel, respondió, tengo la resolución inquebrantable de no aceptar puestos públicos hasta dentro de algun tiempo.

—Vamos, replicó el coronel Latorre, que habia Vd. tenido la cabeza algo dura, como un aragones!

XXVII

Cuatro ó cinco dias habian pasado de la escena que acabamos de referir á nuestros lectores, cuando nuevamente se hallaban reunidos en el comedor del cuartel del 5^o de cazadores, Cárlos Soto, Máximo Santos y dos jefes mas de los conjurados para lo cual fueran hablados y juramentados por Santos.

La comida fué sumamente abundante y el vino y la alegría, participando de todo ello no solamente los invitados sino tambien la oficialidad del cuerpo que á grandes risas celebraba las muchas ocurrencias de Cárlos, acontecidas durante sus largos viages y que aquél les referia con pelos y señales; pero una vez tomados los postres y el café, la oficialidad se retiró y quedaron completamente solos los cuatro conjurados.

—He hablado con el comandante Tajés, dijo Santos, y estoy autorizado por él para representarlo aqui esta noche, y una vez que ya contamos con la artilleria él es tambien de opinion que se debe dar el golpe cuanto antes.

—¿Y han pensado vds., dijo Cárlos, si debe ser secuestrado ó muerto el coronel Latorre?

—Debe ser muerto, respondió Santos, y sus ojos brillaron de una manera siniestra.

—Efectivamente, el secuestro del coronel es muy difícil, casi completamente imposible: matarlo es mucho mas fácil y entonces, la presidencia de la república será ocupada por vd., el ministerio de la guerra por Tajés y el de gobierno por mi.

Al escuchar Santos la proposicion que Soto le hacia de ocupar la presidencia de la república, se desvanecieron en él completamente las desconfianzas que respecto de Soto habia abrigado por un momento, tomando su fisonomía una expresion completamente indefinible. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su nariz se dilató en su extremo inferior abriéndose sus ventanas; empalideciendo repentinamente y dejando escuchar la respiracion fatigosa.

En el corazon de aquella fiera, la ambicion se anidaba como una serpiente, de donde sacaba su afilada lanceta para herir de muerte á los que á ella se opusieran.

—¿Yo seré presidente? bueno! ya verá el país entonces mis sentimientos magnánimos. En

cuanto á que Tajés desempeñe la cartera de guerra, no tengo inconveniente, y la de gobierno Soto. ¿Quién mejor que Cárlos Soto para desempeñar la cartera de gobierno?

—Pues bien, dijo Soto; una vez que está aceptado el plan general, soy de opinion que todos los conjurados deben tener una reunion general, para ponerse por última vez de acuerdo respecto de la ejecución del plan y del rol que en ella cada cual debe desempeñar.

—Me parece perfectamente, dijo Santos, y esta reunion se puede hacer en el cuartel del 3^o, presidida por el mismo Tajés.

Los dos jefes que se hallaban esa noche presentes y de cuyo nombre no tenemos seguridad, se limitaron á prestar su aprobacion á todo lo que allí se resolvió; pero parece indudable que uno de ellos era el hermano de Santos, héroe de la hecatombe del Paso Hondo.

Se convino pues, en definitiva, que la reunion tendria lugar en el 3^o, para lo cual Santos pasaria el aviso una vez que fuese fijada la noche de la cita, y Cárlos se retiró del cuartel, así como los dos jefes quedando Santos completamente solo en la mayoría.

Conviene advertir, para mayor inteligencia de nuestros lectores, que el golpe lo debian dar los conspiradores en los últimos quince dias del mes de Febrero, pues el 15 de ese mes coincidía el nombramiento de presidente del Senado con la resignacion del mando que en él haria, como efectivamente lo hizo el coronel Latorre del mando de la república hasta el 1^o de Marzo que el presidente del Senado entregaria el poder al nuevo presidente electo.

Durante esos quince dias, el presidente del Senado desempeñaba el poder y el coronel Latorre tenia que permanecer sin ejercerlo, así es que para los conjurados era efectivamente la mejor ocasion para dar el golpe, pues la reeleccion del dictador era irremediable y volveria á ejercer el poder desde el 1^o del mes próximo á la fecha en que se desenvolvian los sucesos.

Dueños de la situacion y de la fuerza por los medios que pensaban emplear en los momentos del nombramiento de presidente de la república, ejercerian presion sobre la asamblea, que

tendria que renunciar ó nombrar á Santos presidente.

En caso contrario Santos se declararia dictador hasta que convocándose á nueva eleccion, es decir á un simulacro de eleccion como se hace aquí con registros falsos, para salvar las apariencias y llenar las fórmulas, se elejirian nuevas cámaras que tendrian la única y esclusiva mision de nombrar á Santos presidente.

Aquí era donde se suscitaban las dudas y los temores de Santos que se veia asaltado por las desconfianzas mas terribles, pues desaparecido de la escena politica el coronel Latorre, ¿cual seria la verdadera influencia que dominaria al parlamento y al ejército?

¿La de Carlos Soto ó la de Máximo Santos?

Tales eran las dudas que atormentaban con frecuencia á Santos hasta el extremo de quitarle el sueño completamente. Una noche que absolutamente podia conciliarlo vió eminente el peligro de que Latorre se pudiera penetrar de los trabajos que tenian entre manos contra su vida, y resolvió hacerle de ellos la revelacion, consumando así la mas negra y páfida traicion de que se tenga ejemplo en estos paises.

Santos, se decia: haciendo la declaracion al coronel de todo lo que se trama, atribuyendo los trabajos esclusivamente á Carlos, yo gano absolutamente su confianza, acabo por descuidarlo mas, porque así vivirá completamente entregado á mi, y respecto de las órdenes que reciba para sofocar la conspiracion, las cumpliré ó no, segun me convenga.

Yo le diré á Latorre, continuaba, que Soto

me ha venido á seducir á mi y á Tajos, y que hemos simulado estar de acuerdo con él para que nos comunique por consiguiente y nos tenga al corriente de todos sus planes, de todos sus trabajos, del menor de sus pasos. El coronel seguramente creerá cuanto yo le diga y estoy seguro que me confiará la direccion del asunto.

Quedo pues á cubierto de toda sospecha y domino así los dos campos; el de Soto y el de Latorre y qué diablo, en el último instante mataré al que me convenga de los dos.

Esa mañana Santos salió del cuartel mas temprano que lo que tenia de costumbre y se dirigió al 3^o para hacer tambien á Tajos instrumento ciego de su infame plan.

Le manifestó allí que tenia los mas fundados motivos para creer que el coronel Latorre se hallaba al cabo dello que se pasaba, y que no habia mas escapatoria que salir al encuentro de la dificultad colgándole el muerto á Soto, diciendo que el los habia venido á invitar para entrar en el complot, en fin, toda la infamia que tenia ya tramada contra su desgraciado amigo: que siempre se hallaria á tiempo de dar cumplimiento ó nó á lo que ordenara el coronel y que en último caso podrian dar el golpe con mas seguridad.

Tajos respondió que no le parecia malo el plan y al dia siguiente Maximo Santos, iniciador de la conspiracion para matar al coronel Latorre, se girigia á casa del coronel para hacer la delacion del mismo amigo á quien habia comprometido, y consumir así la mas negra infamia de que se tenga memoria.

XXVIII

El coronel Latorre como de costumbre y siempre que no tenía la necesidad imprescindible de despachar á su mesa, con las manos entrelazadas hacía atrás y apoyadas en la cintura, se paseaba de un extremo á otro del salon de su despacho, donde hacia un momento acababa de estar uno de los miembros de la asamblea á darle cuenta de los trabajos de su reeleccion. De cuando en cuando se presentaba el moreno con un reluciente y bien cebado mate en la mano, tan caliente, que se veia subir de la verdosa espuma que rebosaba en su boca un humito apenas perceptible pero que no se escapaba á los aficionados del americano néctar. El coronel debia hallarse preocupado de las noticias que le comunicára el diputado de linea, pues no advertia que sonaba el mate, una dos y tres veces, sin que por ello lo devolviera á la ordenanza, cuando de su abstraccion lo vino á sacar la presencia siniestra de Santos que pisaba el dintel de la puerta.

—Hola, Máximo, dijo el coronel, entregando el vacío mate á la ordenanza ¿cómo te va Máximo y que de muy bueno te trae por aquí, continuó sin aguardar á que le respondiera: qué noticias me das del 5^o? se hicieron las últimas promociones que acordé?

—Coronel, no me vá tan mal que digamos, dijo Santos cubriendo la verdadera expresion de su cara siniestra, con la sonrisa que de máscara le servia: el 5^o desea quemar hasta el último cartucho en defensa de su presidente, y los oficiales recién promovidos están ya en posesion de sus puestos.

—Eso está bueno, Máximo, ya sabes que para mí el ejército es todo y la mas segura base de mi poder.

—Señor, replicó Santos, el verdadero objeto de esta visita es mucho mas grave de lo que pudiera parecer. Se trata de la revelacion de un secreto de terrible alcance.

—Qué diablo de Santos, respondió sonriéndose Latorre, siempre tú con tus revelaciones y acusaciones contra todo el mundo. Primero Ledesma, despues Frenedoso, en seguida Mayada, Coronado, Ibarra, todo el mundo segun tú complotado para asesinarne! Ya te lo he dicho, hasta que yo no vea, y oiga por mis propios oidos no

tomo mas determinacion sobre estos asuntos.

—Es cierto coronel que así me lo ha dicho Vd. pero ahora es otra cosa, ahora se trata de la mas negra de las traiciones, de la seduccion de los principales gefes del ejército, de elementos tal vez aglomerados desde mucho tiempo atrás para arrebatrar la vida preciosa del presidente de la república.

A medida que hablaba el terrible asesino de la dictadura iba palideciendo hondamente, su voz se habia vuelto cavernosa, sus manos se agitaban temblorosas en medio de su accion. Un hombre conocedor profundo del corazon humano, hubiera visto en aquel malvado la siniestra estampa de Cain.

Ahora se trata, continuó, de mi mismo que han venido á seducirme para asesinar al coronel Latorre, de Tajes visto para entrar en el complot, de mi hermano Joaquin á quien se ha tratado de seducir con igual objeto.

—Bueno Santos, respondió ya con mas gravedad Latorre, ¿y quien es el traidor?

—Carlos Soto, respondió Cain, pero acercándose al oído del dictador, así es que éste no pudo ver que al pronunciar aquel nombre se habia puesto lívido.

—Carlos Soto, repitió Latorre con un acento de profunda interrogacion, Carlos Soto, volvió á decir: no puede ser Vd. se equivoca comandante Santos. Soto, continuó, es un caballero, y es el amigo mas fiel tal vez de todos los que me rodean. Es un bravero que se ha batido cincuenta mil veces por sus amigos; es un hombre de honor y un hombre de honor no traiciona jamás! Vd. se equivoca comandante Santos.

—Es que vd. está equivocado, coronel Latorre. Carlos Soto jamás hasido amigo de vd. Ha rechazado un ministerio; ha rechazado una jefatura política, no ha querido tener la menor participacion en acto alguno de su gobierno. Es un hombre que en el campo de batalla como al lado de vd. jugando la cabeza, vá trás la prosecucion de una idea política: la restauracion de su partido.

El bandido se habia transformado en un hombre elocuente, pues pensaba que estaba perdido si Latorre hablada con Soto sobre el particular y le daba tiempo á responderle, que si él

(Soto) era conspirador, Santos era su cómplice.
—Comandante Santos, dijo Latorre, á quien la denuncia principiaba á hacer su afecto. sin las pruebas en la mano yo no puedo creer lo que vd. me dice.

—Pues tendrá vd. las pruebas, coronel.

—Pruebas como las de Frenedoso, que fué muerto y jamas se me presentaron. Pruebas como las de Bergara, el cual segun vd debía asesinarme, pero lo cierto del caso fué que las onzas de oro de su cinto manchado en sangre pasaron al bolsillo de su asesino.

Vamos comandante Santos ¡hasta que yo por mis propios ojos no vea, y no oiga con mis propios oidos, no creo nada de lo que se me diga respecto de Cárlos.

Santos se puso livido. La duda del coronel Latorre lo ponía en el caso de una prueba terrible, casi imposible, y mientras tanto la delacion podia llegar á oidos de Cárlos y entónces estaba perdido.

Cárlos era hombre que no necesitaba de nadie para vengarse de semejante traicion. Si él hubiera podido penetrarla, cuando menos, habria arrancado la lengua al comandante Santos, ó le habria obligado á un duelo á muerte y sin testigos.

Santos exigió del coronel Latorre su palabra de honor de que á nadie, absolutamente á nadie transmitiría una sola palabra de cuanto habia hablado, pues si algo decia de ello no solo se esterilizarian los trabajos de Santos, siné que los sucesos se precipitarian y el coronel seria asesinado.

Por este medio se aseguró el bandido de la mas absoluta impunidad para envolver en la red que le preparaba al mismo hombre de quien amigo se llamaba, al que habia hecho entrar en la conspiracion y á quien en esos momentos estendia la celada mas infame y mas alevosa de que presente ejemplo la nefanda historia del crimen.

El gefe del 5^o pidió al coronel Latorre unos

pocos dias de espera para presentarle las pruebas irrecusables que le exijia y tendiéndole su mano que estrechó el coronel, se retiró al cuartel encerrándose en su habitacion.

Pavor de las tumbas cuando las sombras las envuelven en sus hondas tinieblas!

Patíbulo que te levantas en la plaza aterrada!

Cabeza que ruedas, alma que te hundes en la eternidad, ¿qué sombras pavorosas cruzaron en ese instante la imaginacion del malvado cuando preparaba la inmolation de su noble amigo?

Ah! tan solo podria decirlo la cortante hoja de su daga hundida tantas veces en el corazon palpitante de Frenedoso y en el inerme pecho de Mayada!

Las horas principiaron á trascurrir, cayó la noche, pero en la habitacion del comandante Santos no habia otra luz que el siniestro reflejo de sus ojos.

Mudo, permanecía en una silla; mudo como las tinieblas que reinaban en su alrededor.

Repentinamente se incorporó, encendió una luz y abandonó precipitadamente su habitacion.

Le habia parecido que se hallaba rodeado de espectros!

Toda la oficialidad se hallaba de pié rodeando la mesa y esperando á su gefe, cuando Santos se presentó en el comedor, ocupó como de costumbre la cabecera y dijo á sus oficiales que podian sentarse.

Ya era hora. Todos aquellos muchachos tenían un apetito de tres mil demonios; pero no dejaron de notar que el comandante del 5^o se hallaba profundamente conmovido.

Sus ojos miraban tristemente y de una manera ostraña y su cabeza se hallaba con el cabello revuelto, en relacion á su fisonomía agitada y casi livida.

Durante toda la comida, el comandante del 5^o de cazadores permanecía profundamente silencioso. Las fuentes iban y venían, él les hacíalos honores como cualquiera de los otros jóvenes, pero su cabeza no se erguía como otras veces ni sus ojos se apartaban del plato. Sus manos no tenían la vivacidad en la acción, que otras veces y solo hacían los movimientos indispensables para las funciones de la comida; sin embargo, la derecha se dirigía con frecuencia al cuello de la botella que llenaba el vaso al cual, hasta verte cristo mio, era empuinado por el comandante que llevaba á cabo esta operación silenciosa sin apartar la mirada de la inclinación con que la tenía fija desde tanto tiempo.

Repentinamente la fisonomía de Santos se iluminó, pero no con aquella animación de vida que vá marcando en el rostro del hombre el surco de los grandes y nobles pensamientos; la fisonomía de Santos se iluminó como la luz del relámpago que rompe las entrañas de la tempestad para resplandecer entre el pavor de las sombras y lanzar el rayo con el incendio y la muerte.

¿Habria encontrado ya el medio seguro para entregar al desgraciado Carlos como si fuera un Criato atado de piés y manos?

¿Habria resuelto en su imaginación siniestra el problema que le habia puesto delante el coronel Latorre y que consistía en hacer oír á sus oídos y mirar á sus ojos?

La cuestión era á la verdad sobrado difícil, pues Carlos no era hombre de caer en lazos tendidos por manos groseras, ni de soltar prenda que lo comprometiera de buenas á primera; sin embargo, Santos acababa de resolver el problema, de una manera inerrable y por eso su fisonomía se iba iluminando de aquella manera siniestra.

Servían ya el café cuando la ordenanza del comandante se presentó y le dijo:

—Comandante, el Sr. D. Carlos Soto se halla en la mayoría y dice que quiere hablar con V. S.

Santos levantó la cabeza y sin responder palabra miró por un instante á su ordenanza de una manera tal que el soldado involuntariamente dió dos pasos atrás y se cuadró.

Aquellos ojos, cuya pupila por un momento habia perdido el brillo, tenían el siniestro mi-

rar de la demencia; sin embargo, Santos reaccionó preparándose á escuchar su fisonomía sombría con la sonrisa que le servía de máscara, y dijo al soldado:

—Dígame á Carlos Soto que pase adelante.

Momentos despues se presentaba Carlos, franco, sencillo, jugueton, saludando á todos y á todos estrechando la mano, hasta que llegó al bandido y se la alargó. Santos con mas efusión que nunca la estrechó entre las dos suyas, esclamando:

—¡Hola! tantos dias sin verte! y qué diablos te hiciste en tanto tiempo.

—Ya verás, dijo Soto, tenia que escribir algo en que queria echar el resto y he estado trabajando en ello dos dias consecutivos.

Traigan café y cognac á Carlos, dijo Santos á su ordenanza, y acercándole una silla le hizo que tomara asiento á su lado.

Apesar de la mayor naturalidad que afectaban sus movimientos y la sonrisa que permanentemente encubría la verdadera expresión de su fisonomía, un ligero temblo: podia haber notado en sus manos la mirada penetrante de un observador.

La conversacion se hizo general entre Santos, Soto y los oficiales del cuerpo hasta que éstos últimos terminando su café y su cigarro saludaron respetuosamente y se fueron poco á poco retirando hasta que dejaron solos en el comedor á Santos y á Soto.

—Tengo ya redactado el manifiesto, dijo Soto, explicando al pueblo los rumbos de la nueva situación que tomamos nosotros bajo nuestra responsabilidad, una vez que, como es público, ha desaparecido el coronel Latorre.

—Perfectamente, respondió Santos, y ya, según noticias particulares que tengo, no debemos perder un solo instante. Esta misma noche veré al comandante Tajés, para que nos reunamos á la brevedad posible en el 3^o y con todo sigilo para proceder á la lectura de ese documento, acordar las últimas combinaciones del plan, y juramentar á Varela, que creo llegará de un momento á otro de San José.

No cabía duda, Santos habia ya urdido el plan para asesinar á Soto. Tan solo le faltaba po-

nerlo en ejecucion, y esto es lo que estaba preparando.

—Pues, nada, continuó el bandido, veré á Tajés para que allí con todo sigilo tenga lugar la reunion, á mi hermano Joaquin, á otros compañeros y hago entrar á Varela en la conspiracion, se lee el manifiesto, se suscribe y damos inmediatamente el golpe.

Difícilmente se puede elegir una coyuntura mejor, continuó con afectada verborosidad el comandante, Latorre vá á entregar el mando á la asamblea. Ya no es presidente de la república sinó un simple particular. Su muerte por consiguiente es un hecho individual, que puede aparecer como una venganza pero que nada tiene que ver con la política. Inmediatamente que haya arreglado la reunion con Tajés, te mando aviso.

Cárlos Soto estrechó la mano de Santos, y se retiró á dar la última mano á su manifiesto.

Santos mandó enganchar su tilbury y se dirigió al cuartel del 3^o donde se hizo anunciar á Tajés.

Eran las once dadas de la noche, y á escepcion del centinela que se paseaba de extremo á extremo de la ancha puerta de entrada del 3^o, nada acusaba en los alrededores de su barrio solitario que existieran por allí habitantes en Montevideo.

El centinela que vió al jefe del 5^o, llamó al cabo de guardia para que le hiciera franquear la entrada, como sucedió efectivamente.

Já Tajés se hallaba en su dormitorio con ideas de acostarse, pero lo que le anunciaron á Santos lo hizo pasar inmediatamente.

—Diantre! dijo Tajés en tono familiar, ¿y qué novedad te trae por aquí á esta hora?

—Hermano, dijo Santos, estuve con el coronel que como te dije habia olfateado la cosa, así es que no habia otro remedio para salvarse que en vez de morir todos, tan solo hacer morir á Soto. Le dije que éste á todos nos queria seducir para hacer una revolucion y asesinarlo; pero que nosotros solo visabamos para salvarlo.

El coronel, continuó Santos, primero lo puso en duda, pero como mis palabras no dejaban lugar á ella, fué arisguando poco á poco hasta que empezó á morder el freno y me pidió las pruebas. Aquí es donde el asunto principió á endiablarse.

—¿Y qué clase de pruebas quiere el coronel fuera de tu palabra?

—Pues ahí está el intringulis hermano, quiere pruebas que le entren por los oídos y que vean sus ojos. Para hablar con mas claridad: quiere ver á Soto hablando del asunto y escuchar él mismo sus palabras, sinó estamos completamente perdidos.

—¿Y que se te ocurre, hermano, para salir de tal atolladero?

—Lo siguiente: tener aquí mañana á la noche una reunion, á la cual asistirá Joaquin, y lo invitaré á Varela que ya estará prevenido de lo que se trata. Antes de venir aquí con Soto, lo invitaré á comer al 5^o, para dar tiempo á que caiga la noche. Mientras tanto vendrá el coronel acompañado de algunos amigos, les esconden, hermano, en la pieza contigua á la que tenga lugar la reunion y por su mismo lado hago pasar á Cárlos, que leerá en alta voz el manifiesto, y así oye de sus propios lábios el coronel Latorre su sentencia de muerte! Qué te parece el plan?

—Hombre, á decirte verdad diabólicamente tramado, pero, tú dices que la cosa está descubierta y mas vale que muera uno que todos y allá veremos.

Ah! respondió el bandido con una sonrisa helada como la muerte: mi plan es tan excelente, que hará rodar la discusion hasta el punto de quien matará al coronel. Todos nos iremos negando, aparentando temor y como Cárlos no es hombre de retroceder ante las mas grandes dificultades dirá: si no hay quien mate al coronel Latorre, yo le mataré.

De esta manera agregó Santos, riendo estrepitosamente de un modo que helaba la sangre, no tendrá duda el coronel Latorre, que Soto nos ha querido seducir para matarle, que hacemos el papel de prestarnos á ello, para que él pueda cerciorarse de la tralcion de su amigo y de nuestra fidelidad, y así nos salvamos todos para otra ocasion mas propicia que no tardará en presentarse, y solo Cárlos perecerá. Pues lo dicho, termino, es preciso que todo esté listo y el coronel oculto en la pieza contigua para el instante, que serán las nueve en punto de la noche, yo me presentaré con Cárlos y veremos la conclusion de esta tragedia.

—Buenas noches, hermano, dijo Santos, oprimiendo la mano de Tajés.

—Buenas noches, respondió Tajés que por lo visto se prestaba dócil á las siniestras maquinaciones del comandante del 5^o.

Como se vé, la filosofía de estos hechos sangrientos, demuestra de una manera inequívoca que Santos hacia y deshacia conspiraciones, para asegurarse de elementos ciegos que no le fallarían en su golpe último y decisivo, haciendo sa-crificar, usando para ello de la delacion, á los hombres, que como Soto algun dia podian hacerle sombra. Y lo mas curioso de todo es que al mismo Latorre lo manejaba como instrumento ciego de su negra ambicion poniéndole al servicio de sus planes recónditos, y descargando la ira del dictador contra quien él (Santos) queria sacrificar.

No creemos que la historia de estos países ni la de otro alguno de la tierra presente un ejemplo de maquinacion mas páfida ni siniestra.

El comandante Santos, se retiraba pues en este instante del 3^o de cazadores saboreando los de-

talles de un plan que en manera alguna le podia fallar en la ejecucion, preparándose para al dia siguiente ir á casa del coronel Latorre y decirle: señor Vd. puede ver y escuchar, Soto irá al cuartel del 3^o, leerá su manifiesto, indicará la manera de matarlo á Vd: él mismo dirá talvez que lo hará; y Latorre concurrirá á la cita como magnetizado, y así suprimo á Soto que seria un hombre

para lo futuro incontrarrestable, y le doy el golpe al coronel el dia que él lo piense menos y cuando haya depositado en mí su mayor confianza.

Al! exclamó al entrar al cuartel y pisar el dintel de la puerta de su alcoba: algun dia Máximo Santos será brigadier general y presidente de la república!

Al siguiente día, los soldados del 5^o así como los oficiales, notaban en el comandante una alegría tan grande como hacia muchísimo tiempo no habían visto en él otra igual. Dirijia bromas á los oficiales y accedia como nunca á las licencias que le solicitaban los soldados, recomendándoles con grande afabilidad que no fueran á incurrir en alguna falta que se viera en el caso de castigar.

—Siento, algunas veces, decia á uno de sus ayudantes, tener que ser severo con estos pobres diablos, pero, ya ven ustedes: . . . la disciplina . . . la ley militar obliga á uno contra su voluntad á aplicar castigos dolorosos. Ustedes saben, yo no soy capaz de actos de crueldad ni de violencias. Mayada, Frenedoso, Ledesma, Ibarra Coronado, Sanchez Caballero, siempre me andaban rompiendo los oídos con que mi noble, mi inocente bondad, habían de ser causa de mi perdicion algun día pero así mismo no escarmiento.

—Ustedes lo saben, continuó el comandante del 5^o que toda aquella tropa lo andaba propagando por aquí. Lo han oido ustedes: le han visto.

—Así es la verdad, respondió el ayudante. Infinitas veces escuché de los lábios de Frenedoso hacer los mas grandes elogios de nuestro comandante y de la nobleza y lealtad que le caracterizaba no solo para con sus amigos sino hasta con los desconocidos. Esa fama de bondad no es tan solo en Montevideo donde es bendecida. A los mercachifles Volpi y Patroni les oí decir igual cosa en el Salto.

—Bueno, muchachos, replicó Santos, que sirvan el almuerzo pues tengo que ir inmediatamente á casa del coronel.

Santos almorzó opíparamente continuando en la mesa el mismo buen humor de que daba muestras por la mañana, y apenas hubo concluido de almorzar, hizo enganchar el tilbury y se dirijió á la casa particular del coronel Latorre.

—Coronel, le dijo al penetrar en la habitacion donde éste se hallaba. Esta noche á las nueve en punto podré hacer á Vd. ver y oír lo que desea. Los que hemos hecho creer á Soto que entraremos en la conspiracion para poder conocer perfectamente su plan y revelárselo á Vd. como lo hice, le hemos dado cita para el cuartel del 3^o

donde él concurrirá, leerá su manifiesto y explicará los medios de que se valdrá para dar á Vd. muerte.

Allí podrá Vd. oír de sus mismos lábios su plan terrible, y entonces sabrá valorar hasta donde vá por Vd. mi amistad y todo lo que soy capaz de hacer.

—Está bien, respondió el coronel Latorre, á esa hora me encontraré en el sitio indicado con eso puedo oír desde la pieza inmediata cuanto de mi se diga.

—A ese respeto, respondió el bandido, todas las precauciones están tomadas. En la primera pieza de la entrada, Vd. podrá ocultarse perfectamente hasta que Soto penetre y dé principio á la lectura. Nosotros le haremos pasar á Cárlos á la habitacion contigua, donde habrá poca luz apenas la que se necesite para leer—se trata de una conspiracion y él no extrañará que se usen tan grandes precauciones.

Una idea de desconfianza terrible cruzó por la mente del dictador que se dijo: ¿y este miserable seria capaz de tenderme á mi mismo un lazo? Tomaré toda clase de precauciones.

El bandido estrechó la mano del dictador y saltando sobre su tilbury se dirijió á escape á casa de Cárlos.

Latorre, como de costumbre empezó á pasearse pensativamente de un extremo al otro del salon.

—¿Será posible, se decia, que Cárlos á quien tanto estimé hubiera sido mi mas formidable enemigo?

A veces pienso, continuó que todo ello no es mas que el lazo que me tienden los mismos miserables que lo denunciaron; pero yo tomaré todas mis precauciones para concurrir. Me acompañará Courtin, Sanchez, algun otro mas, y mi puñal y mi revólver. De todas maneras trataré de dominar el campo que tenga delante y los tendré á todos bajo la boca de mi revólver.

Mientras tanto, Santos llegaba á la casa de Cárlos y penetraba al escritorio, donde éste se hallaba sentado á su mesa á cuyo lado habia una caja de fierro.

—Cárlos, dijo Santos penetrando. Todo está listo para esta noche: á las nueve en punto se hallarán en el 3^o, mi hermano Joaquin, Tajes y

Varela á quien ya he visto y toman parte en la cosa, así es que á las seis en punto te espero á comer en el 5^o, con eso á la hora indicada nos dirijimos otra vez aquí, tomamos los papeles y con la primera campanada de las nueve nos hallamos entre los compañeros.

— Perfectamente respondió Cárlos, cuya mano aún oprimía el bandido entre las suyas. A las seis en punto estaré en el 5^o, comeremos juntos y despues haremos lo demás.

La fisonomía de Cárlos resplandecía animada por un fuego extraño.

Se veía por fin al término de una obra que venia preparando, dia por dia desde hacian tres años, y llegaba para el despues de tanto tiempo y de tanta perseverancia el último momento en que todos con él acometerian la empresa.

Santos que notó la alegría de Cárlos, lo dijo: ¿que contento estás Cárlos?

Ya lo creo, respondió Soto con rapidez. Estoy contento porque al fin despues de tanto sacrificio inútil por mi patria la veré feliz y libre completamente, viendo realizada la idea por la que he trabajado tres años consecutivos.

El bandido se recreaba en la ingenuidad con que hablaba Soto manifestando con ello de una manera inequivoca que lo mas distante que tenia de su imaginacion era que contra él se tramase la negra traicion que habia consumado aquel mismo hombre que tenia delante.

Se despidieron afectuosamente reiterando el compromiso de asistir á comer con Santos á las seis en punto de la tarde, y el comandante del 5^o se dirigió apresuradamente á su cuartel donde comería por última vez con el desgraciado Soto.

Una vez que hubo llegado allí, Santos llamó al mayordomo, y le dijo que se esmerase ese dia con la comida y que pusiera en la mesa vinos exelentes; que habia recibido un servicio de Soto y que queria obsequiarlo lucidamente.

Mientras tanto el pobrecillo Cárlos, una vez que hubo salido de su habitacion el comandante del 5^o se entregó á las mas ardientes reflexiones.

— Veré por fin, se decia, mi patria libre de opresores y de bayonetas, y despues de derumbado un órden de cosas tan sangriento, Montevideo volverá á su antigua grandeza y prosperidad y al reinado de las leyes y de las instituciones.

En ese momento llamaron á la puerta. Era el moreno, sirviente de confianza del coronel Latorre que le llevaba á Soto mil patacones de regalo acompañados de una carta afectuosa.

Profunda impresion causó el presente en el ánimo de Cárlos y la lectura de la carta de remision. Aquella demostracion le producía, sin saberlo la impresion dolorosa de uno de los mas terribles presajios.

¿Los aceptaré? se decia. No! no debo aceptarlos por que ello seria una absoluta falta de lealtad. Pero, continuaba, si se los devuelvo indudablemente el coronel lo recibirá como un serio desaire ó como un aviso para ponerse en guardia respecto de mi.

Maldita sea la miserable bolsa de dinero y hábersele ocurrido á ese hombre semejante presente tan luego en estas circunstancias!

En la disyuntiva de descubrirse rechazando el presente, Cárlos optó por aceptarlo contra toda su voluntad.

— Todo sacrificio, se dijo, debe hacer el hombre por su patria! Y colocando sobre su mesa la bolsa de dinero, se la mandó agradecer sentidamente.

Despues de este incidente, Cárlos dió su última mano á su toilette y con todo reposo se dirigió al cuartel del 5^o de cazadores donde lo esperaba su entrañable amigo Santos. Al salir de su casa, vió su reloj: eran las cinco y tres cuartos de la tarde.

La servidumbre del comandante del 5º de cazadores había echado ese día el resto. El mantel que cubría la mesa era blanco como la nieve y destacábase de cada extremo de esta, cerca á las cabeceras principales, dos magníficos ramos de flores que perfumaban el comedor, los cuales, seguramente procedían de uno de lasuntuosas quintas del Paso del Molino. Los cubiertos formando grupo triangular en el pequeño cristal que les servía de apoyo en sus extremos, brillaban tanto en la parte del marfil de sus cabos como en el bruído acero de sus hojas.

La cristalería que toda llevaba en su centro las armas del quinto, pues ya en esa fecha el militarismo se hallaba en su mayor auge, hacia juego por su distintivo con la riquísima porcelana de que se formaban las fuentes y adornos de la mesa, como todos los juegos de platos.

Las sillas, á igual distancia colocadas rodeaban los asientos, esperando tan solo á los invitados que habían de ocuparlas. Repentinamente se abrieron de par en par las puertas del comedor, pisando en su dintel el comandante Santos del brazo de Soto, seguidos por el largo séquito de toda la oficialidad del cuerpo.

Fuera por motivo ageno al asunto que reservadamente trataba entre manos el comandante, ó por otro cualquiera, lo cierto del caso es que la oficialidad se hallaba perfectamente ataviada, casi como de parada.

Santos se hallaba también mejor arreglado que otras veces y seguramente su sombría cabeza no presentaba como la última vez que allí lo vimos, esa siniestra expresión en el semblante y completa confusión en sus cabellos.

Santos dió el ejemplo, y todos tomaron asiento al rededor de esa mesa que parecía admirablemente preparada para celebrar algun particular acontecimiento.

¡Todos misterios de la existencia y de aquel abismo impenetrable que se llama el hambre! ¿Quién pudiera pensar que entre la espuma de aquel champagne que corría en todas las copas, y el humo de aquellos habanos esquisitos que su espiral levantaban envolviéndolo todo en su perfume, el crimen se cernía, mudo, impassible, frio, impenetrable como la honda eternidad?

¿Quién pudiera pensar; quién pudiera suponer en aquel momento que como el calor de aquellos manjares, á poco de allí, y como la nube roja *vox por de sangre* se levantaría; polvo de tierra que entreabre su seno para enseñar la tumba?

Pero, allí estaba, como la roca muda: á la derecha tenía á su víctima! á la izquierda á otro de los verdugos: mas allá á todos sus oficiales, y como la noche caía y la hora se acercaba, también se extendía en su rostro el manto de la profunda palidez como máscara de muerto!

Su frente se contraía, y sus ojos que nadie podía observar porque caía su mirada sobre la mesa, vagaban de derecha á izquierda y giraban otra vez como adelantaba y retrocedía Cain huyendo de su propia conciencia!

Mientras tanto, se llegaba á los postres y de los postres al café; pero si todo lo descrito anteriormente acusaba la fisonomía de Santos, la de Soto era alegre, tranquila límpida; no pasaba por ella una sola nube que pudiera empañarla, continuando, ocurrente como siempre, á distraer á todos con su conversacion entretenida.

Santos, sin que nadie lo notara, llamó al mayordomo y le dijo que apurase, así es que á los pocos momentos la comida había terminado y se hallaban los dos solos en el comedor. Eran las ocho de la noche, y como se recordará á las nuevas debían hallarse en la cita.

En vista de ser ya esa hora, Santos le recordó que era bueno ponerse en camino, pues tenía que ir á su casa por los documentos que se referían á la conspiración, á consecuencia de lo cual dejaron el comedor, subieron al tilbury, Soto acompañado de Santos, y se dirijieron á casa del primero. Llegaron allí, y descendiendo del carruaje Cárlos, penetró á su escritorio tomando de una pequeña y elegante caja de fierro varios manuscritos que colocó en su cartera. De uno de los cajones de su escritorio sacó un magnífico puñal que sujetó á su cintura, tomando despues de arriba del confidente un pequeño lío que al efecto se conoce tenía preparado con lo cual se dirigió á la puerta subió al carruaje y dijo á Santos: Vamos!

Mientras tenía lugar lo que llevamos referido ¿qué acontecía en casa del coronel Latorre?

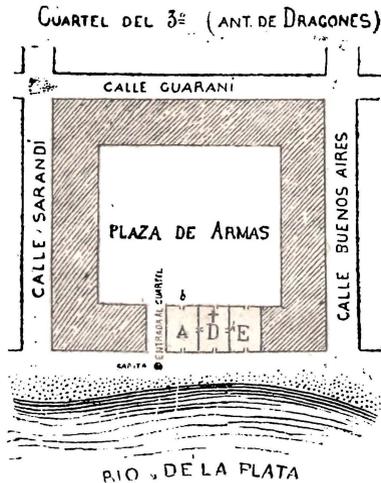
El coronel, ese día, había comido un poco más temprano que la hora de costumbre, para dar lugar descansadamente á los preparativos que al efecto tenía que realizar. Al dar las ocho en punto de la noche un carruaje se detuvo á su puerta, del que descendieron el comandante Courtin y el escribano Sanchez. Venían á buscarle, pues estaba convenido que ellos dos le acompañarían. Descendieron del carruaje y penetraron al escritorio, donde los esperaba el coronel Latorre, ya listo para dirigirse al cuartel del 3^o.

Latorre se hallaba vestido de negro y un som-

brero chambergo, del mismo color, cubría su frente, hasta las cejas. Al ver á Courtin y al escribano Sanchez, tomó de sobre la mesa del escritorio un magnífico revólver que colocó en su bolsillo, y un afilado puñal que sugetó á su cintura. Vamos, les dijo.

Los tres subieron al carruaje y se dirigieron al cuartel del 3^o, donde les aguardaba á la puerta el comandante Tajés, y descendieron.

Para mejor inteligencia de nuestros lectores, colocamos aquí un plano completo del cuartel, en el cual nos apoyaremos para hacer todas nuestras esplicaciones de este suceso, el más dramático tal vez, que presenta la historia de estos países en sus anales políticos.



—Por aquí, coronel, dijo Tajés, con un tono de voz apenas perceptible, é indicando la entrada del cuartel introdujo á los tres misteriosos visitantes, haciéndoles penetrar á la habitación

marcada con la letra A, por la puerta B, que daba á la plaza de armas.

El coronel Latorre, el comandante Courtin, el escribano Sanchez, se vieron en esa habitación

caasi completamente en tinieblas, pues apenas recibia un pálido reflejo que penetraba por la puerta de paso de la pieza contigua, que se halla marcada en el centro entre la A y la D.

Una vez que estuvieron dentro de la pieza, Tajés encendió una gruesa cerilla que apropió traia en la mano y entónces pudo verse un biombo formado de cortinas oscuras que expreso se habia colocado próximo á la puerta de comunicacion, para que en cualquier accidente imprevisto pudiera permanecer oculto el coronel y sus acompañantes, pudiendo desde allí escucharlo todo y mirarlo, con solo dar unos pasos.

—Está todo bien preparado, por lo que veo, dijo el coronel á Tajés.

—Ya lo vé vd., señor, respondió este. Desde aquí, sin moverse, puede vd. escucharlo todo, mirar hasta el mas mínimo de los movimientos.

—Y ¿no han venido aún?

—No señor, respondió el comandante, y sacando su reloj del bolsillo del chaleco, lo miró diciendo: son las nueve menos cinco, faltan aún unos pocos minutos.

—Tomaremos pues posiciones, dijo el coronel, entreabriendo las cortinas y pasando tras ellas seguido de sus acompañantes.

En ese mismo instante se oyó por la ventana que daba á la ribera el ruido que indicaba la proximidad de un carruaje.

—Ya estan ahí, dijo Tajés: me voy con ellos, y

soplando la cerilla, salió á la habitacion contigua por la puerta marcada entre la A y la D, y de allí á la plaza de armas, por la otra puerta que se halla indicada á la derecha del extremo superior de la cruz y cruzando la salida tambien indicada muy pronto se vió en la calle al lado de la garita del centinela.

No se engañaba el comandante Tajés. Era Santos que habia detenido su tilbury á la puerta del cuartel, el cual se adelantó á decir: ¿está aquí el coronel?

—Ya lo creo, respondió Tajés: llegó á las ocho y media en punto y lo he colocado en la pieza anterior á la que tendrá lugar la cosa, segun lo convenido, y desde donde podrá ver y escuchar á su satisfaccion.

—Perfectamente, hermano, respondió Santos con precipitacion.

—Pero no veo á Soto, replicó Tajés.

—Ahora vendrá; le dije que era bueno para evitar sospechas que descendiera del tilbury, á la vuelta, que esperara un momento y que una vez que calculara que ya estaria yo dentro, que se presentara en seguida con la primera campañada de las nueve.

—Está bien, penetremos, concluyó el jefe del tercero.

Santos y Tajés penetraron á la plaza de armas y por ella á la habitacion por la puerta marcada al extremo de la cruz, teatro donde tuvo lugar la escena del crimen.

XXXIII

Efectivamente y como lo había dicho á Tajés el comandante Santos, Soto con su pequeño lio había descendido del tiburý á la vuelta del cuartel. Allí lo deshizo sacando de él una espesa y larga barba que colocó en su cara, sujetándola por sus arqueados alambres detras de las orejas. La arregló con ambas manos y echando hácia los ojos las anchas alas del chambergo con que se cubría, se puso en marcha hácia la puerta del cuartel mientras daban las nueve de la noche en el reloj de la mayoría, el viernes 31 de Enero de 1878, y apesar de no brillar la luna en el límpido firmamento, la noche era clara por lo que Cárlos distinguía perfectamente su camino en la ribera que cruzaba.

El mar, á cuyo frente dá el edificio del cuartel, quebraba su mansa corriente entre las rocas, causando ese ruido misterioso que semeja un clamoreo lejano de apartados mundos, ó una exclamacion pavorosa que en la noche lanzara la naturaleza por la voz inesplicable del mar que murmura entre sus ondas.

En aquel sitio y á esa hora era hermoso indudablemente y grande el aspecto del cielo y del mar en el que se reflejaban las infinitas lucecillas de los buques; pero á pocas varas de la puerta del cuartel un negro mestin ahullaba de una manera lastimera lo que era extraño porque no había luna, y el siniestro graznido de la lechuza, se oyó á la vez, lo que oído por Cárlos, se dijo: un hombre del pueblo tomaria el ahullido del perro y el graznido de la lechuza por un doble y terrible presagio.

¿Está franca la puerta, centinela? dijo Cárlos dirigiéndose al guardian.

—Está franca, contestó lacónicamente éste, pues era la órden que acababa de recibir y que fué cambiada una vez que se halló dentro Cárlos

Soto salvó la entrada del cuartel y al llegar á la plaza de armas dobló á la derecha pasando como es consiguiente unto á la puerta de la habitacion donde se hallaba el coronel Latorre. Segun éste lo ha manifestado á algunos de sus amigos á quienes ha referido estos sucesos, la seriedad de Soto era espantosa: cuando pasó por allí cantaba á media voz el coro de los conjurados en el "baile de máscaras".

Cárlos pasó como decimos, por delante de la

puerta de la habitacion A, y penetró á la pieza D, directamente de la plaza de armas.

La pieza á que Soto penetró, marcada con la letra D, se halla en el mismo centro del cuerpo principal, del edificio, teniendo á su izquierda la habitacion A, donde se hallaba oculto el coronel Latorre, y á su derecha la marcada por la letra E, por donde únicamente recibia el reflejo de la luz del gas de un pico colocado muy próximo á la puerta marcada entre la D y la E, de manera que en la habitacion reinaba una media luz, siendo mas fuerte el reflejo mientras mas aproximacion habia á la puerta.

En el centro de aquel sombrío escenario habia una mesa á cuya izquierda se hallaban sentados Joaquin Santos, el comandante Varela, el comandante D. Americo Fernandez y á la derecha Santos y Tajés en el instante en que allí se presentó Soto y saludó con la franqueza usada entre amigos de intimidad tomando asiento á la cabecera de la mesa para hallarse mas próximo á la luz.

Al sentir los pasos, al escuchar el coro de los conjurados del "baile de máscaras", al oír el acento inequívoco de Cárlos, el coronel Latorre sintió con el vertigo de la ira afluir toda su sangre á la cabeza, y apartando con entrambas manos los pliegues del ancho cortinado que le ocultaba, dió dos pasos hácia la puerta desde donde podia dominar sin ser visto toda la escena, y mirarlo todo; pues los vidrios, tal vez de expreso, se hallaban completamente rotos.

No cabia duda: allí estaba Cárlos y su aire, su aspecto, la ancha barba que cubria sus facciones mostraban á las claras los designios de que se hallaba poseído.

El coronel Latorre creia soñar; pero no, era imposible. La realidad estaba allí delante de sus ojos asombrados, fria, serena, amenazante, como el abismo profundo que repentinamente se abre á nuestro paso y hácia el cual una fuerza extraña nos derrumba.

Su voz, tembló sordamente espirando al querer salir de sus labios, y maquinamente su mano izquierda subió rápidamente hasta la cabeza donde se asió á sus propios cabellos queriendo arrancarlos, mientras que con la derecha ceñia convulsivamente el cabo de su puñal;

pero Sanchez y Courtin, que indudablemente comprendieron que difícilmente sería posible dominar su primer arranque, lo habian seguido y tomándole por entrambos brazos, con acento de voz imperceptible le exortaron á tener calma.

Cárlos habia tomado asiento en la cabecera de la mesa, donde colocó la barba postiza con que iba disfrazado, y llevando la mano al bolsillo interior de su levita sacó una riquísima cartera de piel de Rusia que contenia una gran cantidad de papeles, á juzgar por lo voluminoso de ella y por los bordes de estos que asomaban por ambas estremidades. Todos los conjurados permanecian mudos, á escepcion de Santos que dijo:

—Hermano, he hablado con el comandante Varela que aquí está presente, sin reserva alguna, pues como vd. sabe es amigo de mi mayor confianza; pero él me ha respondido que antes de ocuparnos de la conspiracion, desea conocer su programa, y los medios decisivos que se habrán de emplear para llevarla efectivamente á cabo.

—Está bien, dijo Soto, pero como al comandante Varela se le vá á poner al cabo de un secreto que envuelve todas nuestras cabezas, creo un deber de justicia que el comandante Varela jure como militar y como hombre de honor, que ni á su mismo confesor en caso de muerte revelará lo que aquí ha pasado.

—No tengo inconveniente dijo el comandante Varela, y juro como caballero y como soldado no revelar ni á mi propio confesor en la hora de la muerte lo que aquí ha pasado.

—Y yo, agregó Santos, reitero el juramento que hice á Cárlos, que estoy dispuesto á sellar con mi sangre; y aquel espíritu malvado, mezcla de Satanás y de Cain, estendió su negra y siniestra mano con la que hizo la señal de la cruz. . . .

El coronel Latorre por la primera vez de su vida se estremeció de piés á cabeza: aquello le parecia una pesadilla espantosa, un extravío de su propia imaginacion que desvariaba, habiendo convertido la inteligencia en escena espantosa de espectros y géminos infernales que maquinaban en el avern.

Si se espantaba de la conducta de Cárlos para con él, no menos lo dejaba suspenso el cinismo increíble de Santos que juraba lealtad en los instantes mismos que se preparaba á asesinar á su amigo á quien habia vendido miserablemente y á quien en aquel momento iba á abrir la tumba con la hoja de su alevea daga.

Ah! se dijo el coronel Latorre, esto no tiene igual ni en el mismo reino de Satanás, pues conforme hoy se preparan á sacrificar aquel, mañana me asesinarán á mi. Lo pensaré una vez que me vea libre y tomaré una resolucion inquebrantable.

Todo esto pasaba en su pensamiento con la rapidez del rayo y mientras Santos estendia la perjurá mano, despues de cuyo juramento dijo Cárlos:

—Pues bien, escuchen ustedes la lectura del manifiesto, en el cual, despues de explicar la causa que nos obliga á asumir una actitud de mando, aunque provisoriamente, creo consignar los verdaderos principios en que debe basarse el gobierno moderno de nuestro pais; en seguida de lo cual cabdremos de discutir los medios de que nos valdremos para consumir el plan, pues espero que el comandante Varela estará con nosotros; y Soto tomó de su cartera un pliego grande que en ella traia y desdoblándole con ambas manos, retiró enseguida su silla hacia la luz y con voz severa, aunque suavemente, principió la lectura del manifiesto.

En él se declaraba que habiendo sido muerto el coronel Latorre por sus adversarios politicos, el comandante Santos asumia provisoriamente el mando del pais, mientras él se reorganizaba definitivamente en camino de progreso y de libertad, responsabilizándose todos los que suscribian el documento del cumplimiento, fiel de la promesa, que daria por resultado el gobierno del pueblo para el pueblo y no en mauera alguna él de las armas cuya única mision en las naciones no era otra que la de velar por la independencia y la integridad de la patria y el sostenimiento del orden social existente, pero nunca jamás el de perpetuar tiranos, ni imponer usurpadores, con lo cual se deshonraban, produciendo además males sin cuento que era largo y difícil repasar.

Que el pueblo oriental que tantos años tan estérilmente habia combatido contra sus opresores, necesitaba progreso, paz y libertad, para alcanzar lo cual debia imitar al noble ejemplo de sus hermanos los americanos del norte, que asimilaban á su suelo á los súbditos de todas las naciones y al adoptarlos por hijos les concedian todos los derechos generosos que bajo una libertad política absoluta puede gozar el hombre.

Que el extranjero asimilado á la patria, no era otra cosa que semilla de experiencia y de riqueza con que la propia tierra se fecundaba, convirtiéndose en elemento eminentemente conservador que neutralizaria en mucho el ardor de las luchas políticas orientales propendiendo al progreso y á la felicidad comun por la profesion de que eran poseedores, la cual los habilitaba para el desarrollo de todas las industrias; de las ciencias, de las artes y del comercio, fuera de lo cual no era posible la independencia del hombre en la sociedad, su bienestar y su felicidad, en lo cual se basaba el crecimiento y la riqueza, verdadero poder de las naciones.

A medida que Cárlos iba desenvolviendo todos estos principios, de suyo grandes y generosos, Santos miraba á Varela de una manera significativa. Para el bandido, el gobierno no existia sino basado en la aplicacion del cepto colombiano, en la contemplacion obligada al residente del

agua cristalina, en la cremación en vida de los miembros humanos, en el martirio, en el patíbulo; en la sangre de sus asesinados!

—Libertad política, continuó Carlos, libertad literaria, libertad científica, libertad religiosa, libertad absoluta: tal es nuestro programa.

La mayoría ha resuelto, continuó, para bien de la patria, que muera el coronel Latorre, y ese es el punto importante que nos falta acordar.

—Todo está muy bien, replicó Varela; pero, francamente, matar al coronel Latorre, que diablitos! me parece una ingratitud que no podríamos justificar jamás, pues se trata nada menos que de nuestro protector, del hombre á quien todo lo debemos.

—Ante el bien de la patria, replicó Carlos cuyo ardor como el mar principiaba á agitarse, no existe el hombre, porque es un gusano, y muchas veces cuando ese gusano es el verdugo de un pueblo!

Ante el progreso, ante el tiempo, ante la libertad, la vida no existe, comandante Varela, por que el hombre no es otra cosa que la incubación de la verdad que sirve á la perfectibilidad hacia donde la humanidad camina: pero cuando aquella máquina de bien es refractaria, cuando en vez de ser vida se convierte en muerte, en sombras, en tinieblas; la humanidad la aplasta y sigue su camino; por eso los opresores, comandante Varela, de bayonetas se rodean, de buques de coraza y de ametralladoras. Ellos presienten que pesan contra la vida, contra el progreso contra la libertad. Palpan la podredumbre de su cráneo; se sienten muertos. Necesitan la fuerza para existir y la vida y los derechos de los demás!

—Pero, volvió á insistir el comandante Varela, todo está muy bueno, pero no transijo con que maten al coronel Latorre.

—Y, para eso ha venido vd. aquí, dijo Soto perdiendo toda serenidad, para defender un malvado?

Un ruido sordo se produjo en la habitación contigua, que Soto no oyó en el vértigo de su agitación, como de una respiración sofocada en vano por un esfuerzo inútil; como de alguien que silenciosamente luchara en las tinieblas sin poder desasirse de un poder invencible que domina las propias fuerzas.

Era el coronel Latorre á quien en vano trataban de sujetar Sanchez y Courtin para que no se lanzara cambiando su rol de espectador por el de actor en aquella sombría tragedia. Él era, terrible, amenazante, que al oírse apostrofar quería puñal en mano pedir de la injuria cuenta.

Mientras tanto, Santos y Varela, cambiaban miradas significativas, debiendo oír sin duda la lucha sorda que tenia lugar en la pieza contigua.

El comandante Tajés rompió su silencio, exclamando: ¿y quien mata al coronel, quien le pone el cascabel al gato?

—Ya veo, dijo solemnemente Soto, que en el momento supremo de una conjuración que todos hemos preparado, se vacila y se evade el hecho de mayor responsabilidad; pues bien: si el brazo de todos ustedes tiembla ante el pecho del coronel Latorre, no se estremecerá el mio que no temió en los campos de batalla ni en trance alguno de la vida.

La puerta del muro izquierdo, produciendo un ruido siniestro al girar sobre sus empuñados goznes, se abrió, y como una sombra fantástica que las mismas tinieblas destacaba, apareció en su dintel la figura del coronel Latorre, muda, interrogadora, como un espectro que surgiera de la tumba.

La lucha que consigo mismo sostuviera para acallar la ira de su corazón, para apagar la voz de su garganta, para abatir hacia la tierra su brazo amenazante que se levantaba, cediendo á la presión de las potentes manos de sus dos amigos, que le impedían la acción; toda aquella lucha en el silencio y la desesperación daban á su persona un aspecto verdaderamente terrible.

Su sombrero que había rodado por el suelo, dejaba libre el cabello que en desordenados risos caía sobre su frente pálida que contrastaba el relámpago de una mirada estraviada, luz postrera de combate y de muerte!

—Miserable, dijo, traidor á la sagrada fé de la amistad, zarmando tu brazo en las tinieblas, pagabas la estimación generosa de aquel que con su corazón te abrió las nobles puertas de su hogar?

Y la ira que le cegaba, temblar hacia por la primera vez su frenética mano que convulsiva se dirigió á su cintura de donde sacó una pistola que amarilló apuntando hacia el pecho de Carlos.

Otro hombre que no hubiera sido Soto, se habría anonadado ante aquella aparición que surja de entre las tinieblas, que tomaba la forma de Latorre, que levantaba su brazo armado de un revólver, que le apostrofaba y que estrecha cuenta le pedía de sus acciones, en aquel mismo teatro que creía sus dominios, entre aquellos mismos hombres conjurados con igual propósito.

Otro hombre que no hubiera sido Soto, habría sentido desplomarse el cielo sobre su cabeza, hundirse la tierra bajo sus plantas, helarse de espanto el corazón, apagarse la luz de la razón en el estravio de la propia conciencia. Efectivamente, él había sido invitado por esos mismos bandidos á la conspiración, él había sido estimulado varios años para perseverar en ella, él miraba en ellos amigos leales, hombres

valientes incapaces de la mas negra de las villanías, y aquellos mismos hombres lo cercaban sigilosamente como una fiera para ponerlo fria y premeditadamente delante del cazador, que su corazon atravesaria. Aquella perfidia sin ejemplo en la tierra, indudablemente no podia ser resistida por el corazon de un hombre que no hubiera sido Carlos, para el cual todo aquello fué una revelacion dándose cuenta del horrible lazo en que habia caido, así es que lanzando una espantosa exclamacion y dándose con la palma de la mano un terrible golpe en la frente, dijo, con un acento de grandeza que hubiera conmovido á otros hombres que no fueran los que le rodeaban.

— Coronel Latorre, es cierto que el amor á la patria me hizo olvidar los deberes sagrados de la amistad—y á medida que hablaba se erguia gallardamente hasta ponerse de pié— y arrancando las ropas que cubrian su pecho, agregó— herid aquí, coronel Latorre! pero sabed que estos son los verdaderos autores de la conspiracion.

Hoy á mi me delatan y mañana os asesinarán! Al oír estas palabras el coronel Latorre cedió á la presion de la mano de Sanchez, que le pedía no se manchara haciendo fuego, que no faltaria quien obrara por él, y bajando la pistola que dirigía contra el pecho de Carlos, exclamó.

—No maten á ese hombre, préndanlo.

Ya era tarde, Máximo Santos queria sepultar su negra y doble perfidia en la tumba de Carlos Soto, y aprovechando aquel momento en que al terminar sus palabras el jóven descubria su pecho, desnudó la daga disimuladamente, se incorporó con la rapidéz del tigre y se la hundió hasta la empuñadura, á la vez que su hermano Joaquin, el héroe de Paso Hondo, agitaba en el aire una macana que por la espalda descargó contra la cabeza.

Al sacar Santos la daga para volver á herir, un chorro hirviendo de sangre saltó del pecho de la víctima, que inundó el rostro malvado del asesino, cuyo calor, sin duda sentirá en la mejilla hasta la tumba.

A pesar de que Santos repetía los golpes con horrible zaña para sellar cuanto ante los lábios de Soto, éste al caer agonizante exclamó con palabras entrecortadas:

—A . . se . . si . . no . . el . . que . . á . . hier . . ro . . ma . . ta . . á . . hier . . ro . . mo . . ri . . rá . .

Mientras esto sucedia, el coronel Latorre, se habia vuelto á la pieza contigua y abandonaba el cuartel.

Carlos fué ultimado de una manera espantosa. Los golpes de daga, en el suelo mismo le habian acribillado el pecho, y triturado el cráneo á mazazos.

Una inmundada lona preparada á designio, fué traída de las habitaciones interiores donde los

bandidos colocaron el cadáver del jóven, no sin antes haberse apoderado de su cartera, de todas las llaves que llevaba consigo, de su reloj y cadena como de otras cosas.

Lo envolvieron en ella y despues de haberle pasado una cuerda ceñida mil veces por el centro y las estremidades, dos soldados cargaron con el cuerpo, y con uno de los bandidos á la cabeza se pusieron en marcha dirijiéndose con el cadáver á la ribera.

Allí subieron á una lancha que apostada se hallaba entre las rocas, en la cual se pusieron en camino buscando el fondo que necesitaban para consumir su piadosa operacion.

—Aquí hay bastante agua, dijo el marinero que la gobernaba, y atendo á los piés del desgraciado una pesada piedra que sujetaba una cuerda, el cuerpo fué lanzado al mar en cuyas profundidades se perdió para no volver á aparecer jamás.

Tal fué el fin doloroso del desgraciado jóven, una de tantas victimas del puñal alevoso del actual opresor de Montevideo, cuyos secretos designios no eran otro, sin duda, que hacer desaparecer á todo el que le podia hacer sombra, para apoderarse del poder el día que haria rodar á su última víctima: el coronel Latorre.

Pero, como nuestra mision en este caso es la de combatir á los opresores, declaramos, para acallar pérdidas sugestiones y voces esparcidas por el asesino Santos, que el coronel Latorre jamás prodrá justificarse ante la historia, de la responsabilidad como gobernante que le ha cabido en estos bárbaros crímenes perpetrados por la mano de Santos.

Momentos despues de consumado el crimen, dos soldados disfrazados pasaban por la casa de Carlos en circunstancias que su fiel moreno se hallaba á la puerta. Le aplicaron una espantosa bofetada, á lo cual acudió la policia llevando preso al negro y quedando la casa abandonada.

Ello debió ser intencional para despejar el campo, pues apenas salia el moreno, se detenía allí el tilbury de Santos que venia en compañía de otro bandido con el que penetró á las habitaciones interiores.

Como llevaban las llaves que de sobre el cuerpo de la víctima habian sustraído, la caja de Carlos fué abierta, de donde tomaron todos sus documentos reservados entre los que se hallaba una lista detallada de todos los crímenes perpetrados bajo la dictadura, y algun otro escrito que comprometeria talvez á Santos tan empeñoso en apoderarse de los documentos de Soto, desapareciendo además papel y sobres timbrados con sus iniciales que indudablemente sirvieron para la consumacion de sus planes siniestros, pues á los dos dias del suceso, un desconocido llamaba á la puerta de la familia de Soto, y entregaba

una carta que decia así, acompañada de unas llaves.

Montevideo, Febrero 2 de 1879.

Querido padre:

No puedo ni debo permanecer mas en el seno de esta sociedad que me es adversa y que tantos desengaños me ha dado.

Que sea un secreto para todos mi partida! Si despues de tres ó cuatro meses no sabe nada de mi, disponga de todo lo que tengo que es bien poco.

Le adjunto la llave de mi casa.

Adios á usted y á todos.

Cárlos Soto.

Se trataba pues de hacer aparecer á la victima como suicida ó como prófugo. Efectivamente habia fugado á las entrañas del mar!

Per.: La letra era una falsificacion deleznable y además jamás Cárlos trató de vd. sinó de tú al hoy anciano y desgraciado autor de sus dias.

Pocos dias despues la providencia como siempre se encargaba de descorrer el negro

velo que ocultaba un cadáver y todo Montevideo supo que Cárlos Soto habia sido traidora y cobardemente asesinado por Santos.

Al terminar este trabajo nos cabe el honor de declarar que combatimos y que combatiremos los tiranos en nuestro país y en todos los países de la tierra con mas calor mientras sus hechos sean mas nefandos, y que nosotros nos reputaremos felices el dia que la daga de uno de sus asesinos cruzara nuestro pecho que desnudo á sus golpes presentaríamos, rindiendo la vida por el santo apostolado de la libertad: y que la responsabilidad de este escrito fácilmente se podrá encontrar en el nombre que representa la propiedad de este diario.

Verdugos, asesinos de los pueblos y de la humanidad!

Semata al cuerpo pero el pensamiento es inmortal y cuando cae una pluma que el deber y el honor han sustentado, cincuenta mil manos la levantan para hacer maldita la memoria de los despotas, en el pasado, en el presente, en la consumacion de las generaciones, de los siglos y de la posteridad.



